

244
DAD A
CIÓN G

PQ2244

.F9

U6

c.1

U

853

F



1080079108



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Urania

UANL

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAMILO FLAMMARIÓN

Urania

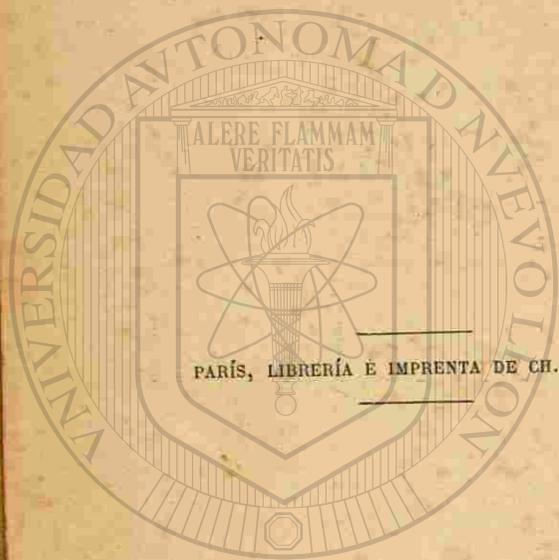
Ilustraciones

DE BIELER, GAMBARD Y MYRBACH

VERSIÓN CASTELLANA

DE

FRANCISCO GUTIERREZ BRITO



PARÍS, LIBRERÍA E IMPRENTA DE CH. BOURET

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO

14, CINCO DE MAYO, 14

1890

Propiedad del editor.

31070

853
9



Urania

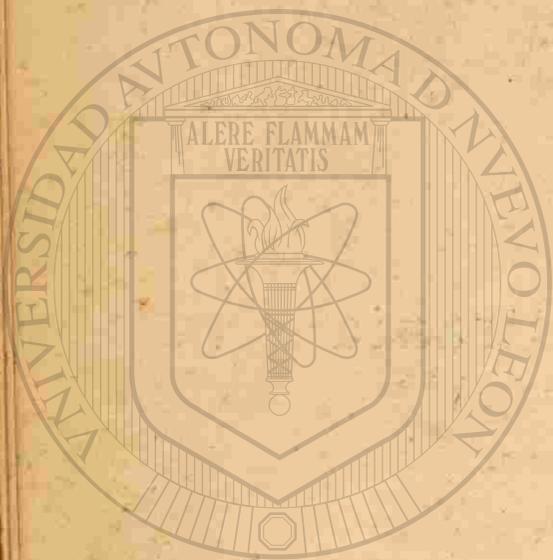
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

07018

5741A

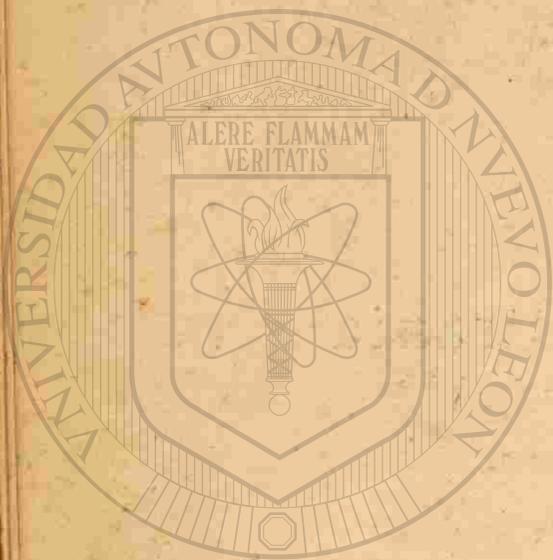


PRIMERA PARTE

La Musa del Cielo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

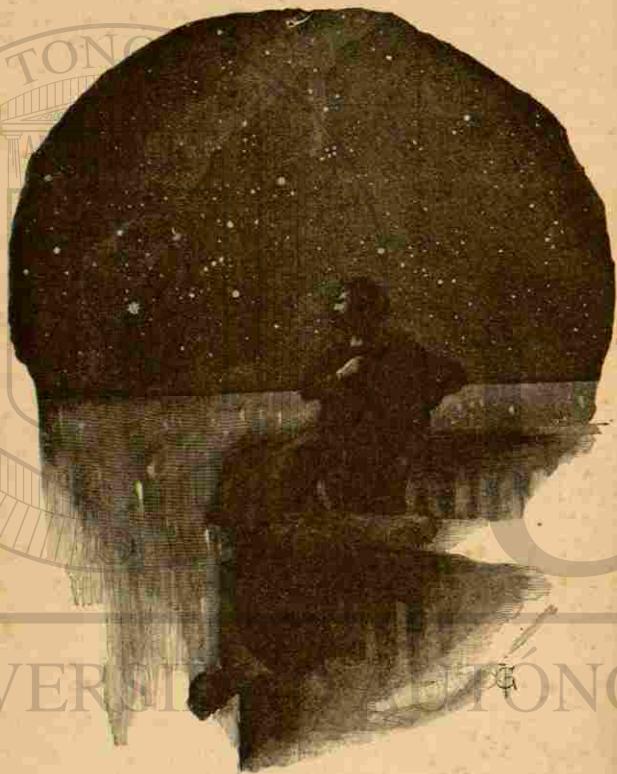


PRIMERA PARTE

La Musa del Cielo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Yo tenía diez y siete años. Ella se llamaba Urania. ¿Era acaso una joven, rubia y de ojos azules, un ensueño de primavera, una inocente pero curiosa hija de Eva? No, era sencillamente, lo mismo que en otro tiempo, una de las nueve Musas, la que presidía los destinos de la Astronomía, la que animaba y dirigía el coro de las esferas con su celeste mirada; era la idea angélica que se cernía sobre las bajezas terrestres; y si bien no tenía las carnes deslumbrantes, ni el corazón cuyos latidos se comu-

nican á distancia, ni el tibio calor de la vida humana, existía no obstante, en una especie de mundo ideal y siempre puro, siendo á pesar de ello bastante humana, por su nombre y su forma, para producir en el alma de un adolescente impresión viva y profunda; para hacer surgir en esta alma un sentimiento no definido, indefinible, de admiración y casi de amor.

El joven cuya mano no ha tocado aún al fruto divino del árbol del Paraíso, aquel cuyos labios han permanecido ignorantes, cuyo corazón no ha hablado todavía, cuyos sentidos se despiertan en medio de la vaguedad de aspiraciones antes desconocidas, ése, presente en las horas de soledad, y aun en las de los trabajos intelectuales con que la educación contemporánea recarga su cerebro, ese joven, decimos, presente el culto á que habrá de hacer muy pronto sacrificios, y personifica de antemano bajo formas diversas el ser encantador que flota en la atmósfera de sus ensueños. Entonces quiere, desea llegar hasta aquel ser desconocido, pero quizás no se atrevería nunca á efectuarlo en su candorosa admiración, si no vinieran á hacerle fácil la empresa. Siendo Cloe ignorante, precisa que la curiosa é indiscreta Licénion se encargue de instruir á Dafnis.

Cuanto nos habla de la atracción todavía desconocida puede encantarnos, excitar nuestro interés,

seducirnos. Un dibujo glacial que representa el óvalo de un rostro agraciado, una pintura, aun si la ha ajado el tiempo, una escultura — y sobre todo ésta — despiertan en nuestros corazones un movimiento nuevo; la sangre se precipita ó se detiene; la idea atraviesa como un relámpago nuestra frente llena de rubor, y permanece flotando en los ensueños de nuestro espíritu. Este es el principio de los deseos, el comienzo de la vida, la aurora de un hermosa día de verano, que anuncia la salida del sol.

Por lo que á mi toca, mi primer amor, mi pasión de adolescente tuvo, no diré de seguro por objeto, pero sí por causa determinante..... ¡un reloj de sobremesa!..... La cosa es singular; pero así pasó. Unos cálculos muy insípidos ocupaban todas mis tardes, de dos á cuatro : tratábase de corregir las observaciones de estrellas ó de planetas efectuadas la noche antes, aplicándoles las reducciones debidas á la refracción atmosférica, la cual depende á su vez de la altura del barómetro y de la temperatura. Estos cálculos son tan sencillos como fastidiosos; se les efectúa maquinalmente, con ayuda de tablas ya preparadas, y pensando en otra cosa.

Entonces era director del Observatorio de París el ilustre Le Verrier, quien, no obstante su carencia absoluta de sentido artístico, poseía en su gabinete de trabajo un reloj de sobremesa de bronce

dorado, de hermoso estilo, procedente de las primitivas del primer imperio, y debido al cincel de Pradier. El zócalo de este reloj representaba, en bajo relieve, el nacimiento de la Astronomía en las llanuras de Egipto. Una esfera celeste maciza, ceñida por el círculo zodiacal, y sostenida por esfin-



ges, se elevaba encima de la muestra. Los lados tenían como adorno dioses egipcios. Pero la belleza de esta obra artística consistía sobre todo en una encantadora estatuilla de Urania, noble, elegante, casi diría majestuosa. La celeste Musa estaba en pie; con la mano derecha media, sirviéndose de un compás, los grados de la esfera estrellada; la izquierda,

que colgaba á lo largo del cuerpo, sostenía un pequeño antejo astronómico. Envuelta de manera admirable en su túnica, erguíase en la actitud de la nobleza y de la majestad. Yo no había visto nunca



rostro más hermoso. Cuando se le iluminaba de frente, aquel óvalo purísimo parecía grave y austero. Si la luz le llegaba oblicuamente, hubiérase dicho que meditaba. Mas, cuando venía desde lo alto, la cara encantadora de Urania se iluminaba con mis-

teriosa sonrisa, su mirada parecía acariciarme, y la exquisita serenidad se convertía en una especie de alegría, de benevolencia y de dicha que causaba deleite contemplar. Era como un canto interior, como una poética melodía. Estos cambios de expresión comunicaban por decirlo así vida á la estatua. Musa y diosa al mismo tiempo, era bella, era encantadora y admirable.

Siempre que el eminente director me llamaba, lo que mayor impresión me causaba no era su gloria universal. Olvidábame entonces de las fórmulas de logaritmos y hasta del inmortal descubrimiento del planeta Neptuno, para experimentar el encanto que me producía la obra de Pradier. Aquel hermoso cuerpo, tan admirablemente modelado bajo su túnica antigua, el cuello lleno de gracia, y lo expresivo del rostro atraían mis miradas y cautivaban mi pensamiento. Muchas veces, cuando á eso de las cuatro dejábamos el Observatorio para volver á París, miraba por la puerta á medio cerrar si no estaba allí Le Verrier. Los días mejores eran los lunes y los miércoles, aquél por causa de las sesiones de la Academia de Ciencias, á que el sabio no faltaba nunca, y éste por los de la Oficina de longitudes, de que huía con el más profundo desdén y que le hacían marcharse del Observatorio para que su desprecio fuera más significativo. En esos momentos me

colocaba yo frente á mi querida Urania, mirándola á satisfacción, extasiándome ante la belleza de sus formas, y luego me iba más satisfecho, aunque no más feliz. La estatua me encantaba, pero sentía separarme de ella.

Una tarde — la misma en que descubrí los cambios de fisonomía que la dirección de la luz le comunicaba — encontré el gabinete de Le Verrier completamente abierto, y encima de la chimenea, una lámpara, cuya luz iluminaba á la Musa dándole uno de sus más seductores aspectos. Los rayos oblicuos acariciaban suavemente la frente, las mejillas, los labios y la garganta. La expresión era maravillosa. Acerquémeme y la contemplé inmóvil durante un rato; pero luego se me ocurrió mudar la lámpara de sitio y hacer que la luz recorriera los hombros, el brazo, el cuello y la cabellera. La estatua parecía vivir, pensar, animarse y hasta sonreír. Sin duda era singular la sensación que yo experimentaba y extraño mi sentimiento; pero debo declarar que estaba verdaderamente loco; de admirador me había convertido en enamorado. Si alguien me hubiera dicho entonces que aquello no era verdadero amor y que semejante platonismo se reducía á un ensueño infantil, mi sorpresa habría sido grande. En esto llegó el Director, quien no pareció tan sorprendido de mi presencia como hubiera podido temerlo, tal

vez porque para ir á las salas de observación se pasaba por aquel despacho. Sin embargo, en el momento de poner yo la lámpara sobre la chimenea, me dijo: — Va á llegar V. tarde para Júpiter. Y luego, cuando ya casi había salido yo del despacho, oí que añadió, recalando la frase con profundo desdén, y pronunciándola con la boca enteramente abierta: — ¿Acaso es V. poeta?

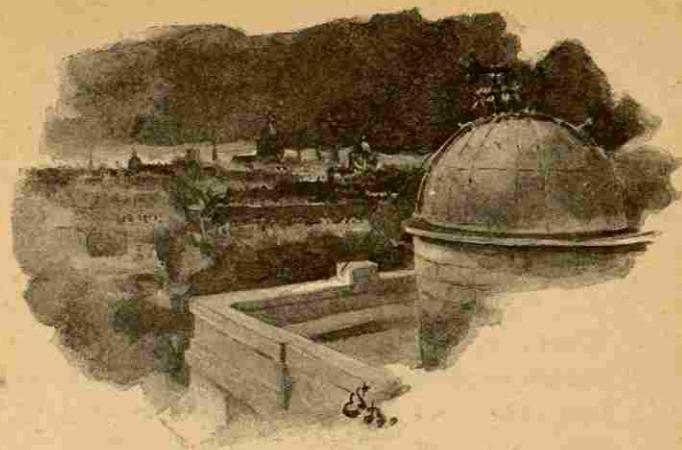
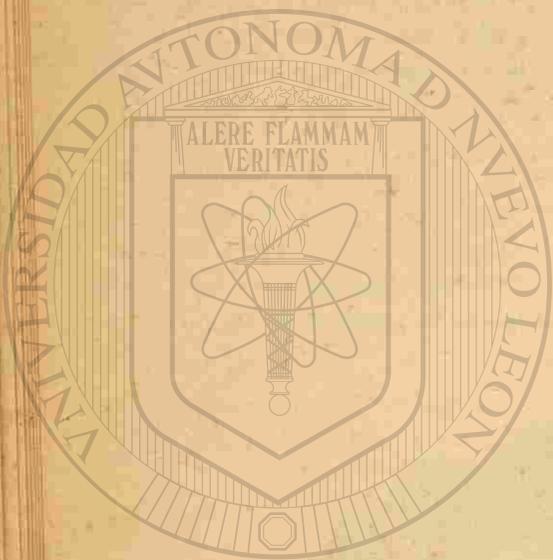
Hubiese podido contestarle, citándole los ejemplos de Képler, de Galileo, de D'Alembert y los dos Herschel, así como de otros sabios ilustres, que al mismo tiempo que astrónomos fueron poetas; hubiese podido recordarle el nombre del primer Director del Observatorio, Juan Domingo Cassini, que cantó á Urania en versos latinos, italianos y franceses; pero los discípulos de aquella casa no teníamos la costumbre de replicar nunca al senador-director. Los senadores eran entonces personajes, y el Director del Observatorio inamovible. Además, nuestro gran geómetra habría mirado el poema más bello de Dante, de Ariosto ó de Hugo con el mismo aire de profundo desdén que un hermoso perro de Terranova toma para contemplar un vaso de vino que le acercan á la boca. Por otra parte, yo merecía la reprimenda.

¡Cómo me perseguía aquella encantadora figura de Urania, con todas sus deliciosas expresiones de

fisonomía! ¡Era tan graciosa su sonrisa! ¡Y sus ojos de bronce miraban, veían verdaderamente en ocasiones! Sólo le faltaba la palabra. Pues bien, á la noche siguiente, cuando acababa apenas de dormirme, se me apareció la sublime diosa, y esta vez me habló.

¡Oh, qué animación la de su rostro! ¡Qué boca tan bella! Hubiese besado cada una de sus palabras... « Ven, me dijo, ven al cielo, allá arriba, lejos de la Tierra; desde allí dominarás este bajo mundo y contemplarás en su grandeza el inmenso universo. ¡Mira! »





II

Entonces vi la Tierra que caía en las anchurosas profundidades de la inmensidad; las cúpulas del Observatorio y París iluminado, bajaban rápidamente; á la vez que yo me sentía inmóvil, experimenté una impresión análoga á la que se siente en globo, cuando al elevarse en los aires, se ve que la Tierra desciende. Subí y subí mucho tiempo, arrebatado por mágico impulso hacia el zenit. Urania estaba junto á mi, algo más elevada, mirándome con dulzura y señalándome los pueblos que quedaban á nuestros pies. El día nos alumbraba de nuevo y pude reconocer la Francia, el Rhin, Alemania, Austria, Italia, el Mediterráneo, España, el Océano Atlántico, la Mancha, Inglaterra; pero esta geografía liliputiense se hacia más pequeña con

gran rapidez. No tardó el globo terrestre en reducirse á las dimensiones aparentes de la luna en su cuarto menguante, y luego al de una diminuta luna llena.

— Ahí tienes, me dijo la Musa, ese famoso globo terrestre en que se agitan tantas pasiones, y que encierra en su estrecho círculo el pensamiento de tantos millones de seres cuya vista no se extiende allende sus límites. Observa cómo toda su grandeza aparente disminuye á medida que se ensancha nuestro horizonte. Ya no distinguimos á Europa de Asia. Hlé aquí el Canadá y la América del Norte. ¡Cuán minúsculo es todo eso!

Al pasar cerca de la Luna, había observado los paisajes montañosos de nuestro satélite, las cimas radiantes de luz, los profundos valles llenos de sombra, y hubiese querido detenerme allí para estudiar esa morada cercana á la nuestra; pero Urania no se dignó ni siquiera mirarla, y me arrastró con rápido vuelo hacia las regiones siderales.

Seguíamos subiendo. La Tierra, que disminuía cada vez más á medida que nos alejábamos de ella, llegó á verse reducida al aspecto de una simple estrella, que brillaba por efecto de la iluminación solar en el seno de la vacía y negra inmensidad. Nos dirigíamos hacia el Sol, que resplandecía en el

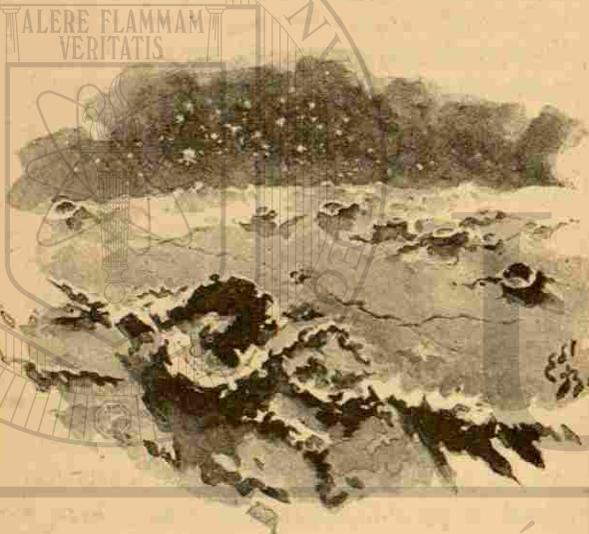
espacio sin alumbrar, y al mismo tiempo que este astro, veíamos las estrellas y los planetas, que su luz no eclipsaba ahora, porque no podía iluminar el éter invisible. La angélica diosa me señaló Mercurio, en las cercanías del Sol, Venus, que brillaba por la parte opuesta, la Tierra, igual á Venus en su aspecto y su brillo, Marte, cuyos mares mediterráneos y cuyos canales reconocí, Júpiter con sus cuatro lunas enormes, Saturno, Urano. « Todos estos mundos, me dijo, están sostenidos en el vacío por la atracción del Sol, alrededor del cual circulan velozmente. Es un coro armonioso que gravita en torno del centro. La Tierra no es más que una isla flotante, un caserío de esta gran patria solar, y este imperio no es á su vez sino una provincia en el seno de la inmensidad astral. »

Cada vez nos elevábamos más. El sol y su sistema se alejaban rápidamente; la Tierra no era ya sino un punto, y hasta Júpiter, este mundo tan colosal, se presentó empuñecido como Marte y Venus, reduciéndose á un punto insignificante, superior apenas al de la Tierra.

Pasamos á la vista de Saturno, ceñido por sus gigantescos anillos, y cuyo testimonio bastaría por sí solo para probar la inmensa é inimaginable variedad que reina en el universo. Saturno, con sus anillos formados de corpúsculos arrastrados

en una rotación vertiginosa, y con sus ocho satélites, que lo acompañan como un celeste cortejo, es por sí todo un sistema.

A medida que íbamos subiendo, nuestro sol disminuía de magnitud. Pronto quedó reducido á la



categoría de estrella, para perder luego toda majestad, toda superioridad respecto de la población sideral, y quedarse reducido á un punto, apenas más brillante que los otros. Yo contemplaba esta inmensidad estrellada en cuyo seno nos elevábamos constantemente, y procuré reconocer

las constelaciones; pero éstas empezaban á cambiar de formas, por causa de la diferencia de perspectiva debida á nuestro viaje. Parecióme que nuestro sol, reducido según he dicho á una estrella diminuta, se reunió con la constelación



del Centauro, mientras que una nueva luz, pálida, azulada, bastante singular, venía de la región hacia que Urania me arrastraba. Esta claridad no tenía nada de terrestre, y no me recordaba ninguno de los efectos que había admirado en los paisajes de la Tierra, ni en los tonos tan mudables de los

crepúsculos después de la tempestad, ni en las brumas indecisas de la mañana, ni durante las horas tranquilas y silenciosas pasadas contemplando la reverberación de la luna en el mar. Sin embargo, este efecto último es el que se le parecía más tal vez: la nueva luz iba aumentando constantemente de tono, no sólo por un reflejo celeste ó por un contraste análogo al que produce una lámpara eléctrica cuando se la compara con un mechero de gas, sino porque su color era real y verdaderamente azul, como si éste fuera el del sol de que procedía.

¡Cuál no sería mi sorpresa al notar que, en efecto, nos acercábamos á un sol absolutamente azul, parecido á un disco brillante que hubiese sido recortado en uno de nuestros días más hermosos, y que se destacaba luminosamente sobre un fondo negro, sembrado de estrellas! Este sol zafiro era el centro de un sistema de planetas iluminados por su luz. Íbamos á pasar al lado de uno de estos planetas.

El sol azul crecía y crecía por instantes; pero, y esta novedad me extrañó tanto como la primera, la luz que iluminaba á aquel planeta parecía tomar en ciertas partes tonos verdes. Miré de nuevo al cielo y distinguí otro sol, de hermoso color verde de esmeralda. No podía creer á mis ojos.

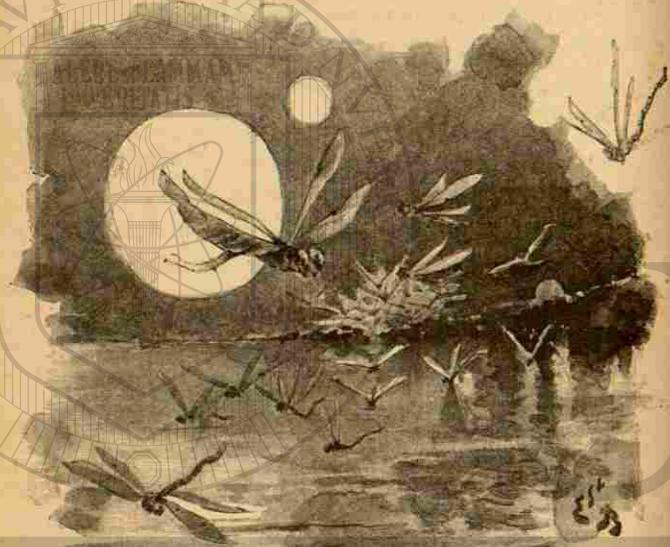
— Atravesamos, en este momento, me dijo Urania, el sistema solar de Gamma de Andrómeda, del cual

no ves todavía más que una parte, pues en realidad se compone, no de dos soles, sino de tres, uno azul, otro verde y el tercero amarillo anaranjado. El sol azul, que es el más pequeño, gira alrededor del verde, y éste gravita con su compañero en torno del gran sol anaranjado que vas á ver dentro de un instante.

En efecto, casi inmediatamente vi surgir otro sol, del mencionado vivísimo color, cuyo contraste con sus dos compañeros daba origen á la más extraña de las luces. Yo conocía ese curioso sistema sideral, por haberlo observado muchas veces con el telescopio; pero nunca había podido imaginarme su real esplendor. ¡Qué focos de calor, qué raudales de luz! ¡Qué vivacidad de colores en aquel extraño manantial de luz azul, en aquella iluminación verde del segundo sol, y en las radiaciones de oro nativo del tercero!

Pero, según ya he dicho, nos habíamos acercado á uno de los mundos pertenecientes al sistema del sol zafiro. Paisajes, aguas, plantas, rocas, todo era azul allí; sin embargo, por la parte que alumbraba el segundo sol las cosas tomaban tonos verdosos, y los rayos del sol anaranjado, que aparecía en el horizonte, tocaban apenas los objetos con su luz. Á medida que penetrábamos en la atmósfera de este mundo, se elevaba en los aires

una música suave y deliciosa, parecida á un perfume y un ensueño. Yo no había oído nunca nada



semejante. La dulce melodía, profunda, lejana, parecía proceder de un coro de arpas y de violines, sostenido por un acompañamiento de

órganos. Era un himno exquisito, que desde el primer instante encantaba, que no se necesitaba analizar para comprenderlo, y que llenaba de deleite el alma. Sin dificultad habría estado oyéndolo una eternidad, y ni siquiera me atrevía



á hablar á la Musa, por miedo á perder una simple nota. Urania lo notó, y extendiendo la mano hacia un lago, me señaló con el dedo un grupo de seres alados que se cernían sobre las azules aguas.

No tenían la forma humana terrestre, y estaban evidentemente organizados para vivir en el aire. Parecían tejidos de luz. De lejos me parecieron

libélulas ¹, cuyas esbeltas y elegantes formas revestían; pero examinándolos desde más cerca, observé su tamaño, que no era inferior al nuestro, y reconocí en la expresión de su mirada que no eran animales. Sus cabezas se parecían también á las de las libélulas, y carecían de piernas, como estos seres aéreos. La deliciosa música que yo escuchaba no era más que el ruido de su vuelo. Había muchos, varios miles quizás.

En las cimas de las montañas se divisaban unas plantas que no eran ni árboles ni flores, que elevaban delicados tallos á enormes alturas, y estos tallos al ramificarse sostenían, como tendiendo los brazos, anchas copas de forma de tulipanes. Aquellas plantas estaban animadas; por lo menos manifestaban con distintos movimientos sus impresiones interiores, según lo hacen nuestras sensitivas, y más aún la desmodia de movibles hojas. Dichos bosquecillos eran verdaderas ciudades vegetales. Los habitantes de aquel mundo no poseían otras moradas, y cuando no flotaban en los aires, descansaban en aquellas perfumadas sensitivas.

— Este mundo te parece fantástico, me dijo Urania, y te preguntas sin duda qué ideas pueden te-

1. No sé por qué llamamos también en español caballito del diablo á este poético insecto.

ner esos seres, qué costumbres, qué historia, qué especies de artes, de literatura y de ciencias. Sería demasiado largo contestar á todas las preguntas que podrías hacer. Conténtate con saber que sus ojos son superiores á vuestros telescopios más potentes, que su sistema nervioso vibra cuando pasa un cometa y descubre eléctricamente hechos que vosotros no conoceréis nunca en la Tierra. Los órganos que ves debajo de las alas, les sirven de manos, más hábiles que las vuestras. Como imprenta, tienen la fotografía directa de los acontecimientos y fijan fonéticamente las palabras mismas. Por lo demás, no se ocupan sino en investigaciones científicas, esto es, en el estudio de la naturaleza. Las tres pasiones que absorben la mayor parte de la vida terrestre, el ardiente desco de fortuna, la ambición política y el amor, les son desconocidas, porque no necesitan nada para vivir, porque aquí no existen las divisiones internacionales, ni hay más gobierno que un consejo de administración, y porque son andróginos.

— ¡Andróginos! repliqué, atreviéndome á añadir: ¿acaso es esto preferible?

— Es otra cosa; son grandes perturbaciones de menos en una humanidad.

Hay que desprenderse enteramente, siguió diciendo la Musa, de las sensaciones y de las ideas

terrestres para poder comprender la diversidad infinita que se manifiesta en las diferentes formas de la creación. Así como en



vuestro planeta han cambiado las especies de edad en edad, desde los seres tan extraños de las primeras épocas geológicas hasta la aparición de la humanidad; así como aun hoy la población animal y vegetal de la Tierra se compone de las formas más variadas, desde el hombre hasta el coral, desde el ave hasta el pez,

desde el elefante hasta la mariposa; así las fuerzas de la naturaleza han producido en las innumerables tierras del cielo una variedad infinita de seres y de cosas, en grado infinitamente más amplio. La forma de los seres es en cada mundo el resultado de los elementos especiales á cada globo. substancias, calor, luz, electri-



cidad, densidad, gravedad.

Las formas, los órganos, el número de los sentidos — vosotros no tenéis más que cinco bastante pobres por cierto — dependen de las condiciones vitales de cada esfera. La vida es terrestre en la

Tierra, marciana en Marte, saturniana en Saturno, neptuniana en Neptuno, esto es, apropiada á cada uno de dichos centros, ó para hablar con mayor precisión todavía, cada mundo la produce y la desarrolla según su estado orgánico y una ley primordial á la cual obedece la naturaleza entera: la ley del progreso.

Mientras Urania me hablaba, seguía yo con la mirada el vuelo de los seres aéreos hacia la ciudad florida, notando con estupefacción que las plantas se movían, ya elevándose, ya bajándose para recibirlos; el sol verde estaba ya en su ocaso y el anaranjado ascendía hacia el zenit; el color del paisaje era digno de un cuento de hadas, y en el cielo se cernía una luna enorme, anaranjada en una mitad y verde en otra. Entonces la inmensa melodía que llenaba la atmósfera cesó y en medio de silencio profundo oí un cántico producido por una voz tan pura, que ninguna de la Tierra podía serle comparada.

— ¡Qué sistema tan maravilloso, exclamé, un mundo alumbrado por tales luminares! Estas son, pues, las estrellas dobles, triples y múltiples, vistas de cerca.

— ¡Estas estrellas, contestó la Musa, son en verdad soles espléndidos! Asociadas gallardamente por los lazos de una atracción mutua, las veis

desde la Tierra mecidas dos á dos en el seno de los cielos, siempre bellas, siempre puras y luminosas. Suspendidas en lo infinito, apóyanse una en otra sin tocarse nunca, como si su unión, más bien moral que material, estuviera regida por un principio invisible y superior; cada cual gravita cadenciosamente en torno de su compañera, siguiendo curvas armoniosas, como esposos celestes que nacieran en la primavera de la creación en los campos estrellados de la inmensidad. Al paso que los soles simples como el vuestro brillan solitarios, fijos, tranquilos, en los desiertos del espacio, los soles dobles y múltiples parecen animar con sus movimientos, su color y su vida las regiones silenciosas del vacío eterno. Estos relojes siderales marcan para vosotros los siglos y las eras de los restantes universos.

Pero continuemos nuestro viaje, acabó diciendo, pues no estamos sino á unos cuantos trillones de leguas de la Tierra.

— ¿Á unos cuantos *trillones*?

— Efectivamente. Si pudierais llegar hasta nosotros los ruidos de vuestro planeta, sus volcanes, sus cañoneos, sus truenos, las vociferaciones de las grandes multitudes en los días de revolución, ó los piadosos cánticos que desde las Iglesias se elevan hasta el Cielo, tardaríamos quince millo-

nes de años en oírlos, aun admitiendo que esta enorme distancia pudiera ser atravesada por esos ruidos con la velocidad del sonido en el aire. Á estas horas oíríamos lo que ocurría en la Tierra hace quince millones de años.

Sin embargo, dada la inmensidad del universo, estamos muy cerca de tu patria.

Aun puedes ver allá abajo vuestro sol, una diminuta estrella. Todavía no hemos salido del universo á que él y su sistema de planetas pertenecen.

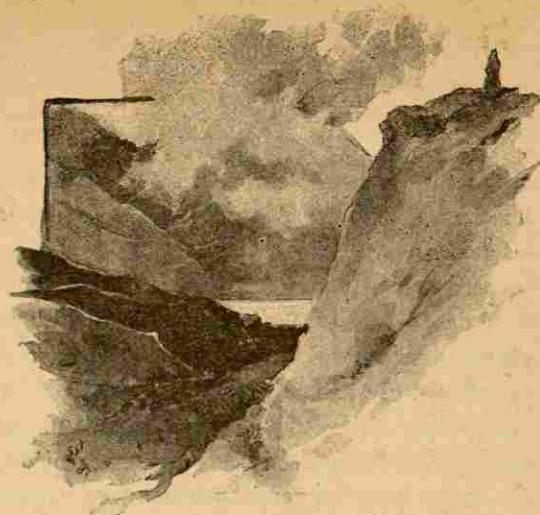
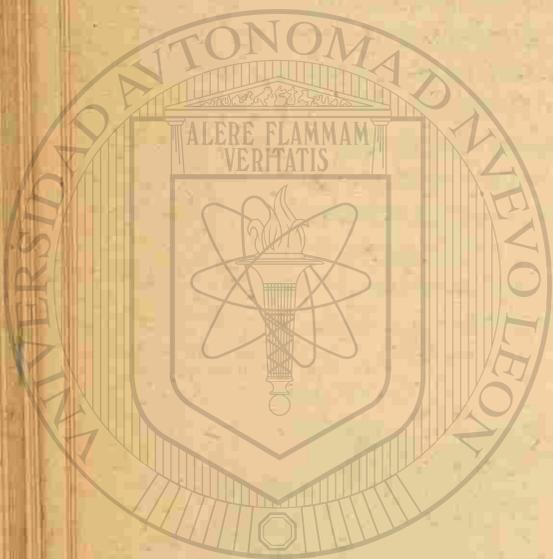
Este universo se compone de varios miles de millones de soles, separados unos de otros por trillones de leguas.

Su extensión es tan grande que un relámpago, cuya velocidad es de trescientos mil kilómetros por segundo, tardaría quince mil años en atravesarlo.

Y por todos lados, por todas partes, dondequiera que dirigimos nuestras miradas, se ven soles y más soles; por todas partes descubrimos focos de luz, de calor y de vida, manantiales de inagotable variedad, astros de todos los brillos, de todas las magnitudes, de todas las edades, sostenidos en el vacío eterno, en el éter luminífero, por la atracción mutua de todos y por el movimiento de cada uno de ellos. Las estrellas, soles enormes, giran sobre sí mismas como esferas de fuego y marchan

hacia un punto. Vuestro sol se dirige y os lleva hacia la constelación de Hércules; éste cuyo sistema acabamos de atravesar, se encamina hacia el sur de las Pléyades. Sirio se precipita hacia la Paloma, Pólux en dirección de la vía láctea, y todos esos millones, todos esos miles de millones de soles corren á través de la inmensidad con velocidades que se elevan á dos, tres y cuatrocientos mil metros por segundo. El Movimiento sostiene el equilibrio del universo, y constituye su organización, su energía y su vida.





III

Hacia ya mucho tiempo que el sistema tricolor había huido detrás de nosotros. Pasamos cerca de gran número de mundos muy diferentes de la patria terrestre. Unos me parecieron enteramente cubiertos de agua y poblados de seres acuáticos, otros únicamente de plantas. La Musa y yo nos detuvimos cerca de algunos. ¡Qué incomprensible variedad!

Los habitantes de uno de esos me parecieron todos particularmente hermosos. Urania me enteró de que allí la organización no se parece en nada a la de los hijos de la Tierra y que el ser humano en aquel mundo percibe las operaciones físico-químicas que se efectúan en la conservación del cuerpo. En nuestro organismo terrestre no vemos cómo se

asimilan los alimentos absorbidos, ni cómo se renuevan la sangre, los huesos y los tejidos; todas las funciones se realizan instintivamente, sin que las perciba el pensamiento. Así es que sufrimos multitud de enfermedades cuyo origen es difícil ó imposible descubrir. Por el contrario en el astro de que hablo, el ser humano siente los actos de su conservación vital, como nosotros sentimos un placer ó un dolor. Por decirlo así, de cada molécula del cuerpo parte un nervio que transmite al cerebro las diversas impresiones que recibe. Si el hombre terrestre poseyera un sistema nervioso semejante, le bastaría con hacer penetrar sus miradas dentro del organismo por medio de sus nervios, para ver cómo el alimento se transforma en quilo, éste en sangre, la sangre en carne, en substancia muscular, nerviosa, etc.: en una palabra, se vería á sí mismo. Pero estamos lejos de esto, pues el centro animico de nuestras percepciones se encuentra embrazado por los nervios múltiples de los lóbulos cerebrales y de las capas ópticas.

En otro globo que atravesamos durante la noche, esto es, por la parte de su hemisferio nocturno, los ojos humanos están organizados de tal modo que son *luminosos*, y alumbran como si de su singular foco se desprendiese una emanación fosforescente. Una reunión nocturna compuesta de gran

número de personas presenta aspecto verdaderamente fantástico, porque la claridad y color de los ojos se modifican según las diversas pasiones que las animan. Además, la potencia de esas miradas es tal, que ejercen influjo *eléctrico* y magnético de intensidad variable, y en ciertos casos pueden herir como el rayo, dando muerte á la victima en quien se fija toda la energía de su voluntad.

Un poco más lejos, mi celeste guía me indicó un mundo en que los organismos disfrutan de una facultad preciosa, cual es la de que el alma puede cambiar de cuerpo sin pasar por la circunstancia de la muerte, que á menudo es desagradable y siempre triste. Un sabio que ha trabajado toda su vida en la instrucción de la humanidad y que ve llegar el fin de sus días sin haber podido terminar sus nobles empresas, puede cambiar de cuerpo con un joven adolescente y empezar una nueva vida, más útil aún que la primera. Para efectuar esta transigración, basta con el consentimiento del joven y la operación magnética de un médico competente. En ocasiones se ven también dos seres, unidos por los lazos tan gratos y fuertes del amor, operar este cambio de cuerpos después de varios años de unión: el alma del esposo va á habitar el cuerpo de la esposa y recíprocamente por lo que les queda de existencia. La experiencia íntima de la vida se hace así in-

comparablemente más completa en cada uno de ellos. Se ven igualmente sabios, historiadores que, deseando vivir dos siglos en lugar de uno, se sumen en sueño ficticio de hibernación artificial, que suspende su vida seis meses y aun más durante años enteros. De esta manera logran algunos superar tres veces la vida normal de los centenarios.

Pocos instantes después, atravesando otro sistema, encontramos un género de organismos completamente distinto, y seguramente superior al nuestro. En los habitantes del planeta que entonces contemplábamos, mundo que un sol hidrogenado alumbraba, el pensamiento no está obligado á pasar por la palabra para manifestarse. ¡Cuántas veces no ocurre, al surgir en nuestro cerebro una idea luminosa ó ingeniosa, y al querer expresarla ó escribirla, que en el tiempo que tardamos en hablar ó escribir, la idea se disipa y huye de la mente, obscurecida ó alterada? Los habitantes de este planeta tienen un sexto sentido, que podríamos llamar autotelegráfico, en virtud del cual el pensamiento se comunica exteriormente, cuando el autor no se opone á ello, siendo entonces posible leerla en un órgano que ocupa poco más ó menos el sitio de vuestra frente. Estas conversaciones silenciosas son á menudo las más profundas y precisas y siempre las más sinceras.

Nosotros nos inclinamos sencillamente á creer

que la organización humana sobre la Tierra no deja nada que desear. Sin embargo, mil veces hemos lamentado vernos obligados á oír á pesar nuestro palabras desagradables, discursos absurdos, sermones huecos y campanudos, música mala, chismes maldicientes y calumnias. Nuestras gramáticas pretenden que podemos en tales casos « taparnos los oídos »; por desgracia no ocurre así. Con los ojos la cosa es mucho más fácil, pues basta cerrarlos. Mucho me sorprendió encontrar un planeta donde la naturaleza ha cuidado de este punto. En efecto, al pararnos en él un instante, Urania llamó mi atención sobre los oídos, que se cerraban á la manera que los párpados. « Ahí, me dijo, hay menos cóleras ocultas que entre vosotros; pero las divisiones políticas son mucho mayores; los adversarios políticos se niegan á oírse unos á otros, y logran su propósito, á pesar de los más locuaces abogados.

En otro mundo, donde el fósforo desempeña importantísimo papel, cuya atmósfera está constantemente electrizada, cuya temperatura es muy alta, y donde los habitantes no han tenido ningún motivo suficiente para inventar el vestido, ciertas pasiones se traducen por la iluminación de una parte del cuerpo. Esto es, en grande, lo mismo que ocurre en pequeño en nuestras praderas terrestres, donde vemos, durante las suaves tardes del verano, con-

sumirse silenciosamente en amorosos ardores los gusanos fosforescentes. El aspecto que los amantes luminosos presentan de noche en las grandes ciudades vale la pena de ser observado. El color de la fosforescencia varía con los sexos, y su intensidad según las edades y los temperamentos. El sexo fuerte se enciende con llamaradas rojas más ó menos ardientes, y el bello con una llama azulada, en ocasiones muy baja de color y muy discreta. Sólo nuestras luciérnagas podrían formarse idea muy rudimentaria de la naturaleza de las impresiones que esos seres especiales experimentan. Apenas podía creer á mis propios ojos cuando atravesamos la atmósfera de este planeta; pero mi sorpresa fué aún mayor en el satélite de ese mundo singular.

Era este satélite una luna solitaria, alumbrada por una especie de sol crepuscular. Ante nuestra mirada se extendía un valle sombrío; de los árboles diseminados en dos vertientes, colgaban, envueltos en sudarios, seres humanos que se habían atado á sí mismos por sus cabelleras y dormían en el más profundo silencio. Lo que tomé al pronto por sudarios, era una tela formada por la prolongación de sus cabellos revueltos y encanecidos. Admiré semejante posición, y entonces Urania me dijo que aquel era el modo acostumbrado para dar sepultura y resucitar. Si, en aquel mundo los seres huma-

nos disfrutaban de la facultad orgánica de los insectos que tienen el don de adormecerse en estado de crisálida para metamorfosearse en mariposas aladas. En esto hay como una doble raza humana, y los aspirantes de la primera fase, los seres más groseros y materiales, no aspiran sino á morir, para resucitar en la más espléndida de las metamorfosis. Cada año de este mundo representa próximamente doscientos terrestres. Dos terceras partes del año se vive en estado inferior, otra (el invierno) en el de crisálidas, y al llegar la primavera siguiente, los colgados sienten que vuelve la vida á sus carnes transformadas: agitanse, despiértanse, dejan en el árbol su melena, y se desprenden, maravillosos seres alados, dirigiéndose hacia las regiones aéreas, para vivir allí un nuevo año *fénico*¹ esto es, doscientos años de nuestro rápido planeta.

Así atravesamos gran número de sistemas; parecíame que la eternidad entera no podría ser bastante larga para permitirme gozar de todas estas creaciones desconocidas por la Tierra; pero mi guía me dejaba apenas tiempo para darme cuenta de dónde estábamos, y cada vez aparecían nuevos soles y nuevos mundos. En nuestra travesía habíamos estado á punto de chocar con cometas transpa-

1. El *fénix*, ave mitológica, vivía de 200 á 600 años.

rentes que vagaban como suspiros, yendo de un sistema á otro, y más de una vez me senti todavía atraído por mundos maravillosos de sonrientes paisajes, cuyas humanidades habrian sido nuevos temas de estudio. Sin embargo, la celeste Musa me llevaba sin esfuerzo cada vez más alto y más lejos, cuando al fin llegamos, á lo que tomé por los confines del Universo. Los soles se hacian más escasos, menos luminosos, más claros de color; la noche era más completa entre los astros, y no tardamos en hallarnos en el seno de un verdadero desierto, pues los miles de millones de estrellas que constituían el universo visible desde la Tierra se habian alejado y no parecian ya más que una pequeña vía láctea aislada en el vacío infinito.

— Al fin hemos llegado, exclamé, á los límites de la creación.

— Mira, me contestó la Musa señalando al zenit.



IV

¡Cómo! ¿Era posible? ¡Otro universo descendia hacia nosotros! Millones y millones de soles formando un grupo se cernian sobre nuestras cabezas á manera de un nuevo archipiélago celeste, é iban extendiéndose como una inmensa nube de estrellas á medida que subiamos. Quise penetrar con la mirada en torno mío las profundidades del espacio y no vi por todas partes más que resplandores análogos, montones de estrellas diseminados á diversas distancias.

El nuevo universo en que penetrábamos se componia sobre todo de soles rojos, de color de rubí y

de granate. Varios de ellos tenían absolutamente el de la sangre.

La travesía de este universo fué una verdadera fulguración. Corriamos rápidamente de sol en sol; pero á cada instante nos alcanzaban incesantes conmociones eléctricas como si hubiesen sido los resplandores de una aurora boreal. ¡Qué singulares moradas eran aquellos mundos, alumbrados nada más que por soles rojos! Más tarde observamos en un punto de este universo un grupo secundario compuesto por gran número de estrellas rosadas y azules. De pronto se precipitó sobre nosotros, envolviéndonos completamente, un enorme cometa cuya cabeza representaba unas fauces enormes. Acerquéme aterrorizado á la diosa, que por un instante desapareció envuelta en aquella neblina luminosa. Mas, no tardamos en hallarnos de nuevo en otro desierto oscuro, pues el segundo universo se había alejado lo mismo que el primero.

— La creación, me dijo la Musa, se compone de un número infinito de universos distintos, separados unos de otros por los abismos de la nada.

— ¿De un número *infinito*?

— Objeción matemática, me replicó. Es induda-

ble que un número, no puede ser actualmente infinito, por grande que lo supongamos, toda vez que siempre cabe añadirle con el pensamiento una unidad, ó bien doblarlo, triplicarlo, centuplicarlo. Pero recuerda que el momento actual no es más que una puerta por la cual se precipita el porvenir hacia el pasado. La eternidad no tiene fin, y el número de los universos no lo tendrá tampoco.

» Mira y verás aún, y verás siempre, y por todas partes, nuevos archipiélagos de islas celestes, nuevos universos.

— Me parece, oh Urania, que hace ya mucho tiempo que subimos con gran velocidad por el cielo sin límites.

— Y podríamos, contestó la Musa, seguir subiendo *siempre* así, sin que alcanzásemos jamás un límite definitivo.

» Podríamos dirigirnos hacia abajo, á la izquierda, á la derecha, hacia adelante, hacia atrás, y fuera cual fuera el sentido en que marchásemos, nunca ni en ninguna parte encontraríamos frontera alguna.

» Nunca, jamás habría fin.

» ¿Sabes dónde estamos? ¿Sabes qué camino hemos recorrido?

» Estamos... en el vestibulo de lo infinito, lo mismo que estábamos sobre la Tierra.

» No hemos dado ni un solo paso. »

MI espíritu era presa de extraordinaria emoción. Las últimas palabras de Urania me habían penetrado hasta la medula de los huesos como un frío glacial. « Nunca un fin, nunca, nunca », me repetía á mi mismo. Y no podía pensar ni decir ninguna otra cosa. Sin embargo, la magnificencia del espectáculo se presentó de nuevo ante mis ojos y mi anonadamiento dió lugar al entusiasmo.

— ¡La Astronomía es todo! exclamé. ¡Saber estas cosas, vivir en lo infinito! Oh Urania ¿qué son sino sombras y fantasmas las restantes ideas humanas cuando se las pone en parangón con la ciencia?

— Vas á despertarte sobre la Tierra, me contestó, donde seguirás admirando, y con motivo, la ciencia de tus maestros; pero sábelo bien, la astronomía actual de vuestras escuelas y de vuestros observatorios, la astronomía matemática, la hermosa ciencia de los Newton, de los Laplace y de los Le Verrier, no es aún la ciencia definitiva.

» Ese no es, hijo mío, el fin que vengo persiguiendo desde los días de Hiparco y de Ptolomeo. Consi-

dera esos millones de soles, análogos al que hace vivir la Tierra y que son, lo mismo que éste, focos de movimiento, de actividad y de esplendor; pues bien, ahí tienes el objeto de la ciencia venidera: el estudio de *la vida universal y eterna*. Hasta hoy no se ha penetrado en el templo. Los números no son un fin sino un medio y no representan el edificio de la naturaleza, sino sólo los métodos y los andamiajes. Tu vas á asistir á la aurora de un nuevo día. La astronomía matemática va á dejar el puesto libre á la astronomía física, al verdadero estudio de la naturaleza.

» Si, añadió; los astrónomos que calculan los movimientos aparentes de los astros en su paso de cada día por el meridiano; los que anuncian la llegada de los eclipses, de los fenómenos celestes, de los cometas periódicos; los que observan con tanto cuidado las posiciones precisas de las estrellas en los diversos grados de la esfera celeste; los que descubren cometas, planetas, satélites, estrellas variables; los que averiguan y determinan las perturbaciones que la atracción de la Luna y de los planetas causan en los movimientos de la Tierra; los que consagran sus vigili-[®]as á descubrir los elementos fundamentales del sistema del mundo; todos ellos, observadores ó calculadores, son precursores de la nueva astronomía. Todos esos trabajos

son inmensos, dignos de admiración tales labores, y trascendentes las obras que ponen de relieve las facultades supremas del espíritu humano. Pero los matemáticos y los geómetras constituyen el ejército del pasado. En adelante, el corazón de los sabios va á latir por una conquista más noble todavía. Esos grandes talentos, al estudiar el cielo, no han salido en realidad de la Tierra.

» El objeto de la Astronomía no es mostrarnos la posición aparente de puntos brillantes ni pesar las piedras que se mueven en el espacio, ni darnos á conocer de antemano los eclipses, las fases de la luna ó las mareas.

» Todo esto es hermoso, pero resulta insuficiente.

» Si la vida no existiera sobre la Tierra, este planeta carecería en absoluto de interés para todos los espíritus, y la misma reflexión puede aplicarse á todos los mundos que gravitan en torno de los miles de millones de soles en las profundidades de la inmensidad. La vida es el objetivo de la creación entera. Si no hubiera vida ni pensamiento, todo eso sería insignificante y nulo.

» Tu estás destinado á asistir á una transformación completa de la ciencia. La materia va á dejar el puesto libre al espíritu.

— ¡La vida universal! exclamé yo. ¿Acaso están habitados todos los planetas de nuestro sistema so-

lar? ¿Acaso se parecen esas humanidades á la nuestra? ¿Acaso las conoceremos algún día?

— La época durante la cual vives en la Tierra, la vida entera de la humanidad terrestre, no es sino un momento en la eternidad. »

No comprendí bien esta contestación á mis preguntas.

— No hay razón ninguna, añadió Urania, para que todos los mundos estén habitados *actualmente*. La época presente no tiene más importancia que las que la han precedido ó las que seguirán.

» La duración de la existencia de la Tierra será mucho mayor — tal vez diez veces mayor — que la de su período vital humano. Tomando al acaso una decena de mundos en la inmensidad, podríamos, según los casos, encontrar apenas uno que esté habitado hoy por una raza inteligente. Parte de lo restantes lo han estado; otros lo serán en lo porvenir: estos se encuentran en preparación, aquellos han recorrido todas sus fases; aquí cunas, allá sepulcros; además en las manifestaciones de las fuerzas naturales se revela infinita variedad, y la vida terrestre no es en manera alguna el tipo de la extraterrestre. Puede haber seres que viven y piensan en organizaciones completamente distintas de las que conocéis en vuestro planeta. Los habitantes

de los demás mundos no tienen vuestra forma ni vuestros sentidos. Son distintos de vosotros.

» Vendrá un día, muy cercano puesto que estas llamadas a verlo en que las condiciones de la vida en las diversas

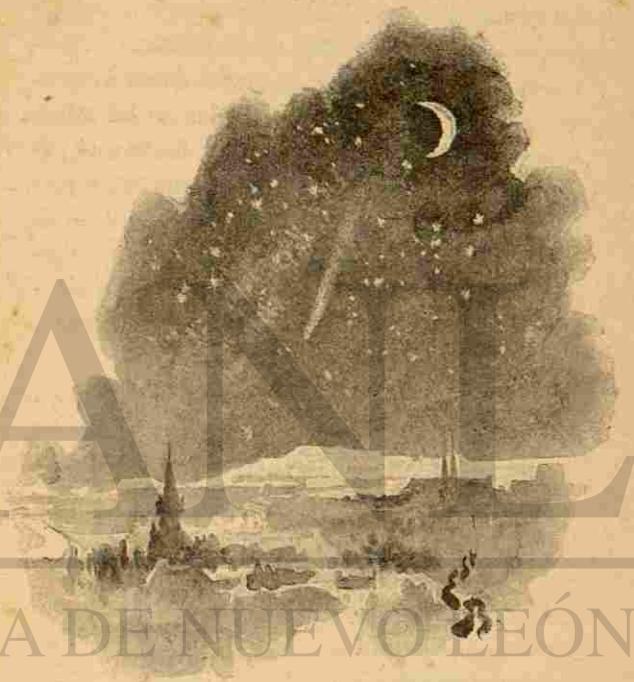


regiones del universo serán el objeto esencial y el

encanto supremo de la Astronomía. Entonces los astrónomos no

se ocuparán simplemente en averiguar la distancia, el movimiento y la masa material de vuestros planetas, sino que estudiarán su constitución física, sus aspectos geográficos, su climatología, su meteorología; profundizarán los misterios de su

organización vital y discutirán acerca de sus habitantes. Así llegarán á sentir que Marte y Venus es-



tán poblados actualmente por seres pensantes; que Júpiter se halla aún en su periodo primario de preparación orgánica; que Saturno existe en con-

diciones completamente distintas de las que han presidido al establecimiento de la vida terrestre, y que sin pasar nunca por evoluciones análogas á las de nuestro planeta, llegará á estar habitado por seres incompatibles con las circunstancias de nuestro mundo. Métodos hoy ignorados darán á conocer la constitución física y química de los astros y la naturaleza de sus atmósferas. Hasta será posible descubrir, por medio de instrumentos perfeccionados, pruebas directas de la existencia de estas humanidades planetarias; y pensar en comunicarnos con ellas. Hé ahí la transformación científica que caracterizará el fin del siglo diez y nueve y que inaugurará el vigésimo. »

Yo oía extasiado las palabras de la celeste Musa, que iluminaban con nuevos é ignorados reflejos los destinos de la Astronomía, haciendo penetrar en mi espíritu ardor más vivo todavía. Ante mi vista contemplaba el panorama de los innumerables mundos que giran en el espacio, y me daba cuenta de que el objeto de la ciencia debía ser permitirnos conocer esos lejanos universos, y hacernos vivir en aquellos inmensos horizontes. La hermosa deidad continuó diciendo.

— La misión de la Astronomía será más elevada aún. Después de haberos hecho sentir y comprender que la Tierra no es sino una ciudad en la patria

celeste y que el hombre es ciudadano del Cielo, irá más allá todavía. Al descubrir el plan con arreglo al que se ha edificado el universo físico, hará ver que el moral obedece á los mismos principios, que los dos mundos forman uno solo, y que el espíritu rige la materia. Así hará, tocante al tiempo, lo que habrá realizado antes respecto del espacio. Después de haber apreciado la inmensidad de éste y de haber comprobado que en todas partes imperan las mismas leyes, haciendo del inmenso universo una sola unidad, sabréis que los siglos del pasado y del porvenir están enlazados con el presente y que las mónadas pensantes vivirán eternamente gracias á sucesivas y progresivas transformaciones; y sabréis además que existen espíritus incomparablemente superiores á los mayores de la humanidad terrestre, que todo progresa en el sentido de la perfección suprema, que el mundo material no es sino apariencia, y que el ser real consiste en una fuerza imponderable, intangible é invisible.

» De manera que la Astronomía será ante todo y sobre todo la directora de la filosofía. Los que razonaren sin tener en cuenta los conocimientos astronómicos, permanecerán fuera de la verdad. Los que siguieren fielmente sus reflejos, se elevarán gradualmente en la solución de los grandes problemas.

» La filosofía astronómica será la religión de los espíritus superiores.

» Asistirás, añadió la Musa, á esta doble transformación de la ciencia. Cuando te llegue la hora de abandonar el mundo terrestre, la Astronomía que ya admiras con tanto motivo, se habrá renovado enteramente; en su forma como en su espíritu.

» Pero esto no basta. La renovación de una ciencia antigua ayudaría poco al progreso general de la humanidad, si esos sublimes conocimientos, que desarrollan el espíritu, iluminan el alma y nos arrancan á la presión de las vilezas sociales, no saliesen del círculo limitado de los astrónomos de profesión. Esa época va á terminar también. Hay que desgarrar los velos que ocultan la luz; hay que tomar la antorcha en la mano, aumentar su resplandor, llevarla á las plazas públicas, á las calles populosas y á las encrucijadas de los caminos. Todo el mundo está llamado á recibir la luz, todos tienen hambre y sed de verdad, todos, y principalmente los humildes, los desheredados de la fortuna, pues éstos piensan más, y se sienten ávidos de ciencia, mientras que los poderosos y los satisfechos del siglo no comprenden su ignorancia y hasta se jactan de seguir en ella.

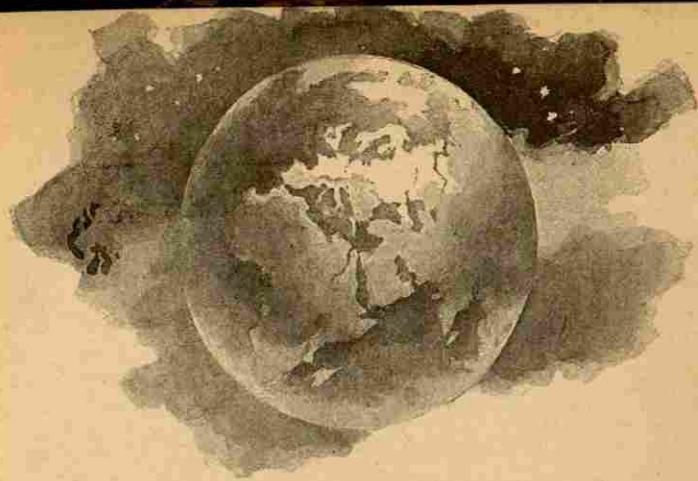
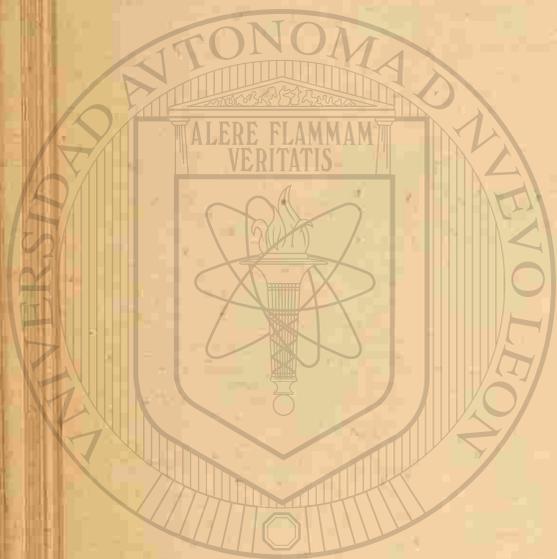
» Si, la luz de la Astronomía debe difundirse por

el mundo, penetrar en las masas populares, iluminar las conciencias y elevar los corazones.

» Esta será su misión más bella; y esta dicha le deberán los hombres. »



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

Así habló mi celeste guía. Su rostro era hermoso como el día, sus ojos brillaban con luminosos resplandores, su voz parecía divina música. Los mundos circulaban en torno nuestro á través del espacio y yo sentía que una inmensa armonía rige la naturaleza.

— Ahora, me dijo Urania, señalando con el dedo al sitio donde había desaparecido nuestro sol terrestre, volvamos á la Tierra. Pero fijate bien; ya has comprendido que el espacio es infinito. Ahora vas á darte cuenta de que el tiempo es eterno. »

Después de atravesar diversas constelaciones, volvimos á nuestro sistema solar. Vi en efecto, reaparecer el sol bajo el aspecto de una diminuta estrella.

— Voy á comunicarte por un instante, me dijo

la Musa, ya que no la visión divina, á lo menos la angélica. Tu alma va á sentir las vibraciones etéreas que constituyen la luz y saber cómo es eterna en Dios la historia de cada mundo. Ver es saber. ¡Pues bien, ve!

Así como un microscopio nos presenta una hormiga del tamaño de un elefante; así como dicho instrumento sabe hacer visible lo invisible, penetrando hasta los infinitamente pequeños; así mi vista, ante la orden de la Musa, adquirió de pronto un poder de percepción inesperado, y distinguió en el espacio, cerca del Sol, que se eclipsó, la Tierra que de invisible se hizo visible.

Reconocila, y á medida que la miraba, su disco iba ensanchándose, presentando el aspecto de la Luna unos cuantos días antes del plenilunio. No tardé en distinguir los principales aspectos geográficos, la mancha helada del polo norte, los contornos de Europa y de Asia, el mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo. Á medida que fijaba más mi atención, veía mejor. Los detalles se iban haciendo cada vez más perceptibles, como si me hubiese servido de oculares microscópicos graduados. Distingui la figura geográfica de la Francia; pero nuestra hermosa patria me pareció enteramente verde, como si desde el Rhin al Océano y desde la Mancha al Mediterráneo hubiera estado cubierta por un solo é in-

menso bosque. Sin embargo, poco á poco logré notar los menores detalles; era fácil reconocer los Alpes y los Pirineos, el Rhin, el Ródano y el Loira.

— Fijate bien, » continuó diciendo mi compañera.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, colocaba sobre mi frente la extremidad de sus finísimos dedos, como si hubiese querido magnetizar mi cerebro y dar á mis facultades de percepción poder todavía mayor.

Entonces sondé, penetré más atentamente todavía los detalles de la visión, y tuve ante mis ojos la Galia del tiempo de Julio César. Era la época de la guerra de la independencia animada por el patriotismo de Vercingétorix.

Todo esto lo veía yo en conjunto, según pasa con los paisajes lunares en el telescopio, y á la manera que se abarca una región entera desde la barquilla de un globo; pero pude reconocer la Galia, la Auvernia, Gergovia, el Puy de Dôme, los volcanes apagados, y mi pensamiento se representó fácilmente la escena gala de que llegaba hasta mí una reducida imagen.

— Estamos á tal distancia de la Tierra, me dijo Urania, que la luz emplea para llegar desde allá hasta nosotros el tiempo que nos separa de la época de Julio César. En este momento recibimos aquí los rayos luminosos que entonces partieron de tu pla-

neta. Sin embargo, la luz recorre el espacio etéreo con la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, cosa rápida, muy rápida, pero que no es instantánea. Los astrónomos de la Tierra que observan ahora las estrellas situadas á la distancia en que nos



encontramos nosotros, no las ven tales como són actualmente, sino como eran en el momento de partir de ellas los rayos luminosos que llegan allá en la actualidad, es decir, tales como eran hace diez y ocho siglos.

» Desde la Tierra, siguió diciendo, y otro tanto ocurre en todos los puntos del espacio, se ven los astros como han sido y no como son. Mientras más lejana es la distancia á que se encuentran los mun-

dos, más retrasados estamos en el conocimiento de su historia.

» Vosotros observáis con el mayor cuidado en el telescopio estrellas que ya no existen. Aun muchas de las que se distinguen á simple vista han desaparecido ya. Varias nebulosas cuya substancia analizáis en el espectroscopio se han convertido en soles.



Alguna de vuestras estrellas encarnadas más hermosas están ahora apagadas y muertas: si pudierais acercaros á ellas, dejaríais de verlas.

» La luz que emana de todos los soles que pueblan la inmensidad, la luz reflejada en el espacio por los mundos que todos esos soles iluminan, lleva consigo á través del cielo infinito las fotografías de todos los siglos, de todos los días y de todos los instantes. Cuando contempláis un astro, lo veis tal

como era en el momento en que salió de él la fotografía que recibís, así como al oír una campana os llega el sonido que antes partiera de ella, y esto tanto más tarde cuanto más lejos de ella os encontráis.

» De ahí resulta que la historia de todos los mundos vuela actualmente por el espacio, sin desaparecer nunca absolutamente, y que todos los acontecimientos pasados son indestructibles y están presentes en el seno de lo infinito.

» La duración del universo no tendrá fin. La Tierra acabará y un día no será más que una tumba. Pero entonces habrá nuevos soles y nuevas tierras, nuevas primaveras y sonrisas, y la vida florecerá siempre en el universo sin límites ni término.

» He querido hacerte ver, continuó diciendo la Musa después de un momento de pausa, cómo es eterno el tiempo. Antes habías comprendido lo infinito del espacio y la grandeza del universo; tu viaje celeste ha terminado ya. Acerquémonos á la Tierra; regresa á tu patria.

» En cuanto á ti, añadió, conserva estos principios en el pensamiento: el estudio es la fuente del valer intelectual; no seas nunca pobre ni rico; guárdate de toda ambición como de toda servidumbre; sé independiente: la independencia es el más raro de los bienes y la primera condición de la dicha.»

Urania hablaba con melodiosa y suave voz; pero

la conmoción producida por todos estos cuadros extraordinarios había quebrantado mi cerebro de tal manera que de pronto fui presa de gran temblor nervioso. Un escalofrío me pasó de la cabeza á los pies, y esto produjo probablemente mi súbito despertar, que se efectuó en medio de viva agitación... ¡ay! el delicioso viaje celeste había terminado.

Busqué en torno mío á Urania; pero no la vi. Un claro rayo de luna, que penetraba por la ventana de mi cuarto, iba á acariciar el fleco de una cortina y parecía dibujar vagamente las formas aéreas de mi celeste guía; pero no era más que un rayo de luna.

Cuando volví al día siguiente al Observatorio, mi primer impulso fué buscar un pretexto cualquiera para entrar en el gabinete del director, y ver la encantadora Musa á quien debía tan magnífico ensueño.

¡El reloj de sobremesa había desaparecido!

En lugar suyo brillaba el busto de mármol blanco del ilustre astrónomo.

Busqué en otros cuartos y con mil pretextos, hasta en las habitaciones particulares del director; pero no pude encontrar nada.

Así pasé varios días y aun semanas, buscándola

siempre y sin encontrarla ni siquiera saber qué había sido de ella.

Tenia yo un amigo, un confidente, de mi misma edad próximamente, aunque al parecer algo más viejo por empezar ya á tener barba; pero enamorado también de lo ideal y quizás más soñador que yo todavía; este joven era la única persona de todo el Observatorio con quien llegué á tener amistad íntima, y nuestras alegrías y penas nos eran comunes. Teníamos los mismos gustos, las mismas ideas, los mismos sentimientos. Mi amigo comprendía mi admiración de adolescente por una estatua, la personificación que ésta había tomado en mi mente, y mi melancolía por haber perdido súbitamente mi querida Urania, en el momento mismo en que más apasionado de ella estaba. Más de una vez habíamos admirado juntos los efectos de la luz sobre su celeste fisonomía; él sonreía al presenciar mis éxtasis, como hubiera podido hacerlo un hermano mayor, y me daba broma, en ocasiones con gran vivacidad, sobre mi amor por un idolo. Llamábame por esto Camilo Pigmalión; pero en el fondo tan apasionado de la estatua estaba él como yo.

Este amigo que ¡ay! debía morir unos años más tarde en pleno florecimiento de la juventud, aquel buen JORGE SPERO, talento eminente y gran corazón, cuyo recuerdo me será eternamente querido, era

entonces secretario particular del director; en esta ocasión me dió una muestra de sincero cariño, de manera tan delicada como imprevista.

Al volver cierto día á mi casa, vi con estupefacción incrédula, que el famoso reloj estaba encima de mi mesa, precisamente ante mis propios ojos.

Era ella en efecto; mas; ¿cómo había llegado hasta allí? ¿De dónde y por dónde había venido?

No tardé en saber que el ilustre autor del descubrimiento de Neptuno, la había mandado á componer en casa de uno de los principales relojeros de Paris, y que habiendo recibido éste de China otro reloj astronómico de gran interés, propuso un cambio, que fué aceptado; encargado Jorge Spero de arreglar este asunto, compró la obra de Pradier, para regalármela en recuerdo de las lecciones de matemáticas que yo le había dado.

¡Con qué alegría volví á ver á mi Urania! ¡Con qué dicha sacié mi vista en su contemplación! Desde entonces no me ha abandonado nunca esta encantadora personificación de la Musa del Cielo. En mis horas de estudio permanecía ante mí la hermosa estatua, pareciendo recordarme el discurso de la diosa, anunciarme los destinos de la astronomía, y dirigirme en mis adolescentes aspiraciones científicas. De entonces acá han podido seducirme, cautivar y turbar mis sentidos otras

emociones más ardientes; pero nunca olvidaré el sentimiento ideal que la Musa de las Estrellas me había inspirado, ni el celeste viaje que con ella hice, ni los inesperados panoramas que desplegó ante mis miradas, ni las verdades que me reveló respecto de la extensión y la constitución del universo, ni la dicha de que le soy deudor, por haber inclinado definitivamente y para siempre mi espíritu hacia las tranquilas contemplaciones de la naturaleza y de la ciencia.



SEGUNDA PARTE

Jorge Spero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

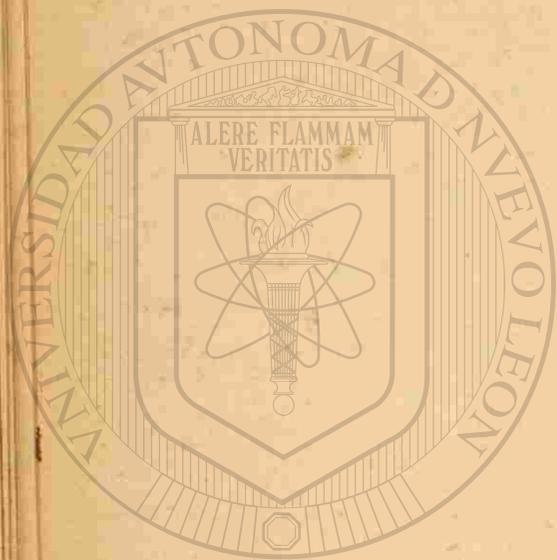
emociones más ardientes; pero nunca olvidaré el sentimiento ideal que la Musa de las Estrellas me había inspirado, ni el celeste viaje que con ella hice, ni los inesperados panoramas que desplegó ante mis miradas, ni las verdades que me reveló respecto de la extensión y la constitución del universo, ni la dicha de que le soy deudor, por haber inclinado definitivamente y para siempre mi espíritu hacia las tranquilas contemplaciones de la naturaleza y de la ciencia.



SEGUNDA PARTE

Jorge Spero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA VIDA.

La ardiente luz de la tarde flotaba en la atmósfera como un prodigioso reflejo de oro. Desde las alturas de Passy se extendía la vista sobre la inmensa ciudad, que entonces merecía, con más motivo que nunca, ser denominada un mundo. La Exposición Universal de 1867 había reunido en el París imperial todos los atractivos y seducciones del siglo. Las flores de la civilización brillaban allí con los más vivos colores, y se consumían en el ardor mismo de sus perfumes, moribundas en plena fiebre de adolescencia. Los soberanos de Europa acababan de oír en la gran ciudad una marcha triunfal arrebatadora, la última de la monarquía; las ciencias, las

artes, la industria sembraban con inagotable prodigalidad sus nuevas creaciones. Era aquello como un desvanecimiento, como una embriaguez general de los seres y de las cosas. Los regimientos marchaban con sus músicas al frente; por todas partes iban y venían rápidos carruajes; millones de hombres se agilaban en el polvo de las avenidas, de los muelles y de los *boulevards*; pero aquel polvo, dorado por los rayos del sol poniente, parecía una aureola que coronaba la espléndida ciudad. Los altos edificios, las cúpulas, las torres, los campanarios se encendían con los reflejos del astro inflamado; á lo lejos se oían sonidos de orquestas mezclados con un confuso murmullo de voces y de ruidos diversos, y aquella luminosa tarde, que terminaba un deslumbrador día de verano, dejaba en el alma un sentimiento de alegría, de satisfacción y de dicha. Había en todo aquello como una especie de resumen simbólico de las manifestaciones de la vitalidad de un gran pueblo, llegado al apogeo de su vida y de su fortuna.

Desde las alturas de Passy donde nos encontramos, desde el mirador de un jardín suspendido, á la manera de los de Babilonia, sobre la perezosa corriente del Sena, contemplaban el ruidoso espectáculo dos personas, apoyadas en el antepecho de piedra. La agitada superficie del mar humano no

llegaba hasta aquellos seres, más felices en su agradable soledad que todos los átomos del terrestre torbellino. Ambos se ciernen sobre la gente vulgar y sobre aquella agitación, en la límpida atmósfera de su dicha. Sus espíritus piensan, sus corazones aman, ó, para expresar mejor el mismo hecho, diremos que sus almas viven.

La joven, que ostenta la temprana belleza de sus diez y ocho primaveras, deja vagar su mirada soñadora por la apoteosis del sol poniente, sintiéndose dichosa de vivir, y más dichosa aún de amar. Ni por un instante piensa en aquellos millones de entes humanos que se agitan á sus pies; mira sin verlo el ardiente disco del sol que se oculta detrás de las nubes de púrpura de Occidente; respira el aire perfumado de las guirnaldas de rosas del jardín, y experimenta en todo su ser la quietud de la dicha íntima, que entona en su corazón inefable cántico de amor. Su rubia cabellera rodea su frente con una vaporosa aureola, cayendo luego en masas opulentas sobre su delicado y esbelto tallo; sus ojos azules, rodeados de largas y negras pestañas, parecen un reflejo del cerúleo firmamento; sus brazos y su cuello dejan adivinar unas carnes blancas como la leche; sus mejillas y sus orejas presentan rosados tonos; el conjunto de su persona recuerda un tanto las margaritas de los pintores del siglo xviii

que nacian á una vida desconocida, de que no debian



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

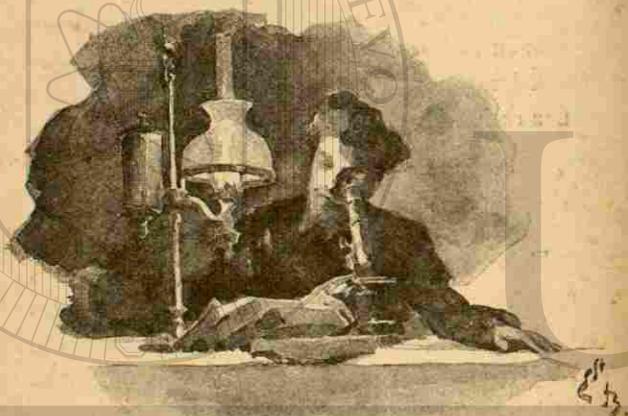
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

disfrutar mucho tiempo. Permanece en pie; su compañero, que un momento antes rodeaba con el brazo

su talle, mientras contemplaban juntos el panorama de París, oyendo, al mismo tiempo los torrentes de armonía que difundía en los aires la música de la guardia imperial, se ha sentado ahora junto á ella. Sus ojos, han olvidado París y la puesta del Sol, para no ver más que á su encantadora amiga; sin notarlo, la contempla con extraña y suave fijeza, admirándola como si la hubiese visto por primera vez; su mirada, que no puede apartarse de aquel delicioso perfil, la envuelve toda ella como si fuera una caricia magnética.

El joven estudiante permanecía absorto en esta contemplación. ¡Estudiante! ¿éralo todavía á los veinticinco años? Pero ¿acaso no lo somos siempre, y nuestro maestro de entonces, M. Chevreul, no seguía llamándose poco tiempo há, cuando contaba ya ciento tres años, el decano de los estudiantes de Francia? Jorge Spero había terminado desde muy temprano los estudios del liceo, que sólo enseñan el método del trabajo, y continuaba profundizando con infatigable ardor los grandes problemas de las ciencias naturales. La astronomía era la que había apasionado por de pronto su ánimo; entonces es cuando yo lo había conocido (según recordará el

lector por el relato precedente) en el Observatorio de París, donde entró á la edad de diez y seis años y donde se dió á conocer por una particularidad singular, la de no tener ambición ninguna, y de no desear ningún ascenso. Lo mismo á los diez y seis años que á los veinticinco se creía en



vísperas de su muerte y por esto sin duda juzgaba que en realidad la vida pasa pronto y que es superfluo desear nada que no sea la ciencia, superfluo todo cuanto no es la dicha de estudiar y de saber. Era poco comunicativo, si bien en el fondo su carácter recordaba el de un niño siempre alegre. Su boca, muy pequeña y de líneas muy puras,

parecía sonreír si se miraban los ángulos de sus labios; de otro modo más bien tenía aspecto pensativo y aires de no dejar salir la palabra con facilidad. Sus ojos, cuyo color indeciso recordaba el azul verdoso del horizonte del mar y cambiaba con la luz y las emociones interiores, eran ordinariamente muy dulces; pero en ciertas circunstancias se hubiera podido creerlos inflamados por el fuego del relámpago, ó fríos como el acero. La mirada era profunda, insondable á veces y hasta extraña y enigmática. La oreja pequeña, de lindo contorno; su lóbulo inferior se destacaba bien, quedando recogido y no colgante, lo cual es para los fisonomistas un indicio de agudeza de espíritu. La frente era ancha, aunque la cabeza fuese más bien pequeña; pero una hermosa cabellera de brillantes rizos la hacía aparecer más voluminosa. Su barba era fina, de color castaño como sus cabellos, ligeramente ondulada. De estatura mediana, el conjunto de su persona era elegante, de una elegancia nativa, cultivada sin pretensiones ni afectación.

Ninguno de nosotros, ni mis amigos ni yo, tuvimos nunca con él, en ninguna época, relaciones estrechas de compañerismo. Spero no se dejaba ver nunca en los días de licencia ni en las horas de recreo. Sumido constantemente en sus estudios, hubiérase creído que buscaba sin tregua ni des-

canso la piedra filosofal, la cuadratura del círculo ó el movimiento perpetuo. Nunca le conocí amigo ninguno, cómo no fuese yo, y aun no estoy seguro de haber recibido todas sus confidencias. Por lo demás, quizás no hubo nunca en su vida más acontecimiento íntimo que el que voy á referir, y del cual pude enterarme muy bien, si no como confidente, á lo menos como testigo.

El problema del alma era la perpetua obsesión de su pensamiento. Á veces se sumía en la investigación de lo desconocido con tal intensidad de acción cerebral, que de pronto sentía debajo del cráneo un hormigueo en el cual parecían aniquilarse todas sus facultades intelectuales. Esto le ocurría principalmente cuando, después de haber analizado por espacio de largo tiempo las condiciones de la inmortalidad, veía desaparecer de pronto ante sí la efímera vida actual y abrirse, delante de su ser mental, la eternidad sin fin. Frente á ese espectáculo del alma en plena eternidad, quería *saber*; la vista de su cuerpo pálido y helado, envuelto en un sudario, extendido en un ataúd, abandonado en el fondo de una estrecha fosa, última y lúgubre morada, debajo de la hierba en que canta el grillo, no consternaba su pensamiento tanto como la incertidumbre del porvenir. « ¿Qué será de mí? ¿Qué es de nosotros? repetía, como si la idea fija en su cerebro

se despertase á cada momento. Si morimos enteramente, ¡cuán inepta comedia es la vida, con sus luchas y sus esperanzas! Si somos inmortales, ¿qué hacemos durante la interminable eternidad? ¿Dónde estaré yo dentro de cien años? ¿Dónde todos los habitantes actuales de la Tierra? ¿Dónde los de todos los mundos? ¡Morir para siempre y por siempre, no haber existido más que un momento, qué irrisión! ¿no valdría cien veces más no haber nacido? Pero si el destino es vivir eternamente, sin poder modificar nunca en nada la fatalidad que nos arrastra, teniendo siempre delante de nosotros la eternidad sin fin, ¿cómo soportar semejante estado? ¿Es acaso esa la suerte que nos espera?

» Y si un día llegamos á cansarnos de la existencia ¿nos estará vedado huir de ella, nos estará vedado acabarla? ¡Pero esta crueldad sería más implacable aún que la de una vida efímera que se desvaneciera como el vuelo de un insecto en la brisa de la noche! ¿Para qué hemos nacido, pues? ¿para padecer de incertidumbre? ¿para ver que, después de examinadas, no queda en pie ninguna de nuestras esperanzas? ¿para vivir como idiotas si no pensamos, ó si pensamos, como locos? ¡Y nos hablan de un « Dios todo bondad! » ¡Y hay religiones, sacerdotes, rabinos y bonzos! Pero la humanidad no es más que una raza de engañadores y

de engañados. La religión vale tanto como la patria, y el sacerdote tanto como el soldado. Los hombres de todas las naciones están armados hasta



los dientes, para asesinarse unos á otros como im- bélicos. Y esto es lo mejor, lo más atinado que pueden hacer : esta es la más elocuente acción de gracias que pueden dirigir á la Naturaleza por

el inepto regalo que les ha hecho al darles la vida. »

Yo procuraba calmar sus tormentos y sus inquietudes, pues me habia creado para mi uso una filoso-



fía que hasta cierto punto me bastaba : « El temor de morir, le decía, me parece absolutamente quimérico. No hay más que dos hipótesis posibles. Cuando nos dormimos cada noche, podemos no despertarnos al día siguiente, y sin embargo, cuando esta

idea se nos ocurre, no nos impide dormir. Digamos pues: 1º. ó bien, como todo acaba con la vida, no nos despertaremos absolutamente, en ninguna parte; y en este caso, se trata de un sueño que no ha terminado, que durará eternamente, y del cual por tanto, no sabremos nunca nada. Ó bien, 2º. como el alma sobrevive al cuerpo, nos despertamos en otra parte para continuar nuestra actividad. En este caso el despertar no puede ser temible: más bien debe ser encantador, puesto que toda existencia tiene su razón de ser en la naturaleza y que toda criatura, la más infima como la más noble, encuentra su dicha en el ejercicio de sus facultades. »

Este razonamiento parecía tranquilizarlo. Pero las inquietudes de la duda no tardaban en presentarse de nuevo, punzantes como espinas. Á veces se iba á vagar solo por los grandes cementerios parisienses, buscando entre las tumbas las alamedas más desiertas, escuchando el susurrar del viento en los árboles, y el arrastrarse de las hojas secas en los senderos. Á veces se alejaba por los alrededores de la gran ciudad, y se perdía á través de los bosques, hablándose á sí mismo por espacio de horas enteras. Á veces también pasaba todo un largo día en su estudio de la plaza del Panteón, estudio que le servía al mismo tiempo de gabinete de trabajo de cuarto de dormir y de salón de re-

cibo, y allí se estaba hasta las altas horas de la noche, disecando un cerebro traído de la clínica y estudiando con el microscopio la substancia gris.

La incertidumbre de las ciencias llamadas positivas, la brusca parada que su espíritu tenía que soportar en la solución de los distintos problemas, lo sumían entonces en violenta desesperación, y más de una vez lo encontré en inerte abatimiento, con los ojos brillantes y fijos, las manos quemando de calentura, el pulso agitado é intermitente. Y aun añadiré que, habiendo tenido que dejarlo en una de esas crisis, temí no encontrarlo vivo cuando pude volver á su lado á las cinco de la mañana. Junto á él tenía un vaso de cianuro de potasio, que quiso esconder al verme; pero luego cambió de idea y me dijo con gran serenidad de alma, sonriendo ligeramente. « ¿Para qué si somos inmortales? Beberlo no conduciría á nada. Era sólo para saber la verdad más pronto. » Ese día me confesó que de pronto le había parecido que lo cogían de los cabellos y lo levantaban hasta el techo para dejarlo caer desde allí al suelo.

La indiferencia pública en cuanto se refiere al gran problema del destino humano, cuestión que en su juicio era superior á todas las demás, por cuanto se trata de nuestra existencia ó de nuestro

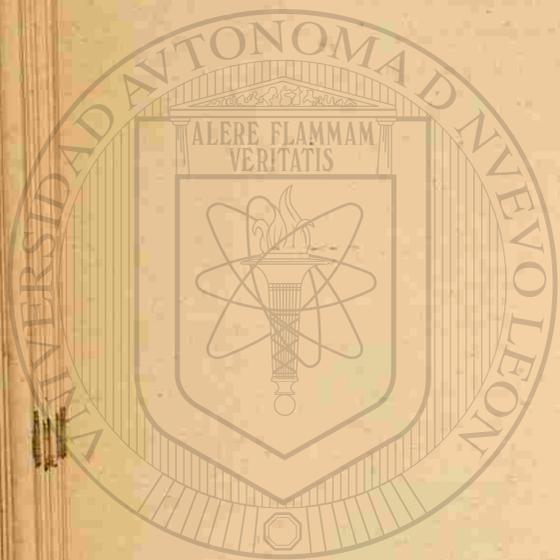
aniquilamiento, tenía la virtud de exasperarlo en sumo grado. En todas partes no veía sino gentes preocupadas por los intereses materiales, absorbidas únicamente por la idea singular de « hacer dinero », que consagraban sus años, sus días, sus horas y sus minutos enteros á aquellos intereses, disfrazados con las más variadas formas; y en cambio no encontraba ningún ánimo libre, independiente, que viviese de la vida espiritual. Parecía que los seres pensantes podían, *debían*, sin desdenar la vida del cuerpo, pues esto es imposible, al menos no convertirse en esclavos de una organización tan grosera, y consagrar sus mejores momentos á la vida intelectual.

En la época en que empieza este relato, Jorge Spero era ya célebre, y aún podría decirse ilustre, por haber publicado algunos trabajos científicos originales, haber escrito varias obras de elevada literatura que dieron á conocer su nombre al mundo entero. A pesar de que no tenía aún veinticinco años, más de un millón de lectores habían leído sus libros, que sin embargo no fueron escritos para las multitudes, pero que tuvieron la suerte de ser bien acogidos tanto por la mayoría ávida de instrucción, como por la minoría ilustrada. Así es que lo habían declarado fundador de una nueva escuela, y algunos críticos eminentes,

que no le conocían personalmente ni sabían su edad, hablaban de « sus doctrinas ».

¿Cómo es que este austero estudiante, que este singular filósofo se encontraba á los pies de una oven en las horas de ponerse el sol, solo con ella, en el terrado de que acabamos de hablar? Los capítulos siguientes van á deciroslo.





11

LA APARICIÓN.

Su primer encuentro había sido verdaderamente extraño. El joven sabio, que era un apasionado admirador de las bellezas naturales, había emprendido el verano anterior un viaje á Noruega, con objeto de visitar aquellos fiords solitarios donde penetra el mar, y aquellas montañas de nevadas cimas que alzan por encima de las nubes sus immaculadas frentes; y, sobre todo, para estudiar las auroras boreales, esta grandiosa manifestación de la vida de nuestro planeta. Yo le acompañé en ese viaje. Las puestas de sol detrás de los fiords tranquilos y profundos; sus salidas por encima de

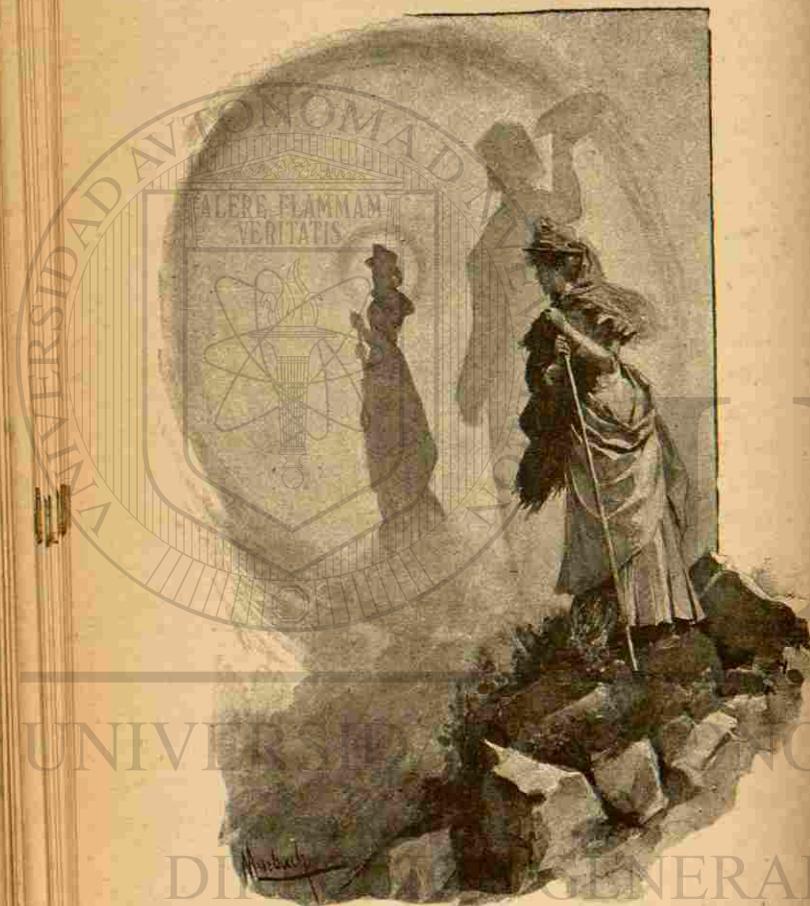
los montes encantaban con emoción indecible su alma de artista y de poeta. Allí estuvimos más de un mes, estudiando la pintoresca región que se extiende desde Cristiania hasta los Alpes Escandinavos. Pues bien, Noruega era la patria de aquella hija del Norte, que debía ejercer tan rápida influencia sobre su corazón aún adormecido. Allí estaba ella, á unos cuantos pasos de Spero, sin que el azar, ese dios de los antiguos, se decidiera á ponerlos en presencia hasta el momento mismo de nuestra partida.

La luz de la mañana doraba las lejanas cimas. La joven noruega había sido llevada por su padre á uno de aquellos montes á donde tantos viajeros van, como al Righi de Suiza, para asistir á la salida del sol, que ese día fué maravillosa. Iclea se había alejado un tanto, completamente sola, yendo unos cuantos metros más allá hasta una pequeña altura aislada, con objeto de distinguir mejor ciertos detalles del paisaje, cuando al volverse, con la vista opuesta al sol, para abarcar el conjunto del horizonte, divisó, no en el monte ni en el suelo, sino en las mismas nubes, su imagen, su persona entera que le fué muy fácil conocer. Su cabeza y sus hombros estaban rodeados por una aureola luminosa como las glorias de los santos, y un gran círculo aéreo apenas teñido por los co-

lores del arco iris, envolvía la misteriosa aparición.

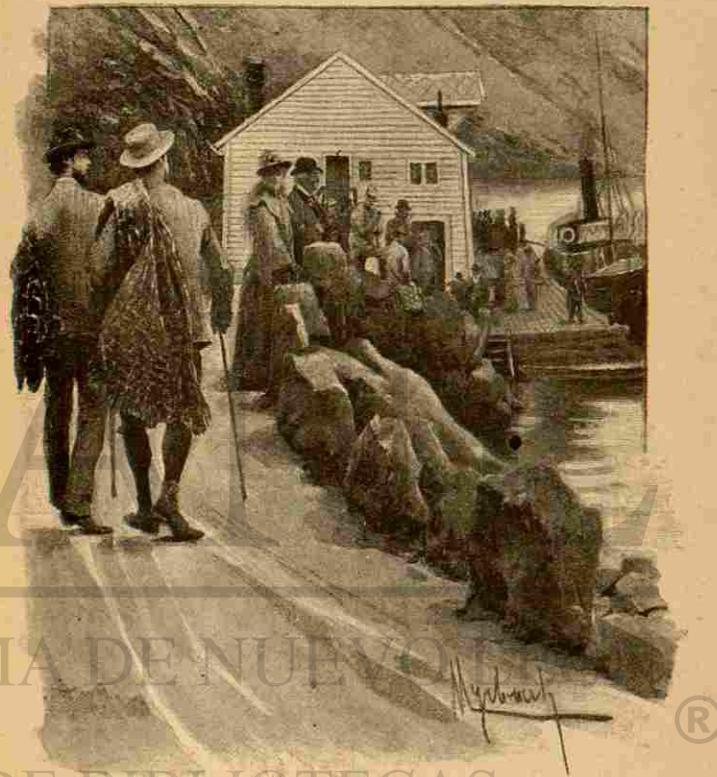
Asombrada y conmovida por lo singular del espectáculo, é impresionada todavía por la espléndida salida del sol, no reparó de pronto en que otra figura, un perfil de cabeza masculina, acompañaba á la suya, hallándose al parecer inmóvil y en contemplación ante ella, como las estatuas de los santos que ponen en pie en las columnas de las iglesias. Ambas imágenes estaban rodeadas por el mismo círculo aéreo. Al encontrarse con aquel extraño perfil humano en los aires, creyó ser juguete de una ilusión fantástica y en su asombro hizo un gesto de sorpresa y casi de terror. Su figura aérea reprodujo el movimiento, y la joven vió entonces que el espectro del viajero llevaba la mano al sombrero y se descubría como para hacer un saludo celeste, no tardando después en perder la precisión de sus líneas, y en desvanecerse, al mismo tiempo que su propia imagen.

La transfiguración del Monte Tabor, en que los discípulos de Jesús vieron de pronto la imagen del Maestro acompañada por las de Moisés y de Elias, no sumió á sus testigos presenciales en estupefacción mayor que la sentida por la inocente virgen de Noruega en presencia de aquella antelia, cuya teoría conocen todos los meteorólogos.



La aparición se fijó en las profundidades de su

pensamiento como un maravilloso sueño. La joven



había llamado á su padre, que estaba á corta distancia de ella; pero cuando éste llegó, todo había

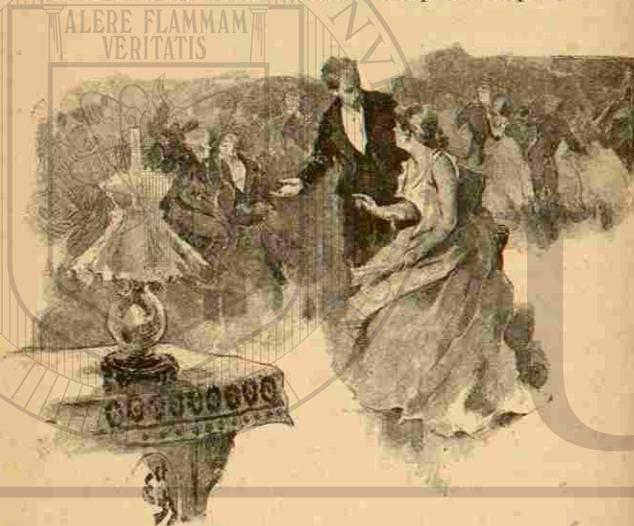
desaparecido. Preguntóle la explicación del fenómeno, sin lograr nada, como no fuera una duda y casi una negativa sobre su realidad. Aquel buen señor, oficial retirado del ejército, pertenecía á la categoría de escépticos distinguidos que niegan en redondo lo que ignoran ó no comprenden. Y por más que la deliciosa niña le afirmara que acababa de ver su imagen en el cielo — y al mismo tiempo la de un hombre que le parecía joven y de buen aspecto; — por más que le dió detalles de la aparición y agregó que las figuras tenían el aspecto de siluetas colosales, su padre declaró con autoridad y cierto empaque que aquello era lo que se llama ilusiones de óptica, producidas por la imaginación cuando se ha dormido mal, sobre todo durante los años de la adolescencia.

Pero en la tarde de aquel mismo día, cuando nos embarcábamos para volver á Cristiania, noté que una joven de vaporosa cabellera miraba á mi amigo con aire de asombro y extrañeza. Estaba en el muelle, dando el brazo á su padre, inmóvil como la mujer de Loth convertida en estatua de sal. Apenas estuvimos á bordo, llamé la atención de Jorge, quien volvió hacia aquella parte la cabeza. Entonces vi colorearse con súbito rubor las mejillas de la muchacha, que volvió rápidamente la cabeza para mirar una de las ruedas del buque, que em-

pezaba á andar. No sé si Spero lo notó también. La verdad es que aquella mañana ni él ni yo habíamos visto nada del fenómeno aéreo, por lo menos en el momento en que la joven se encontró cerca de nosotros, y aún añadiré que no la vimos, por ocultárnosla sin duda un grupo de árboles: nosotros mirábamos sobre todo hacia la parte de Oriente, absortos en la contemplación de la magnífica salida del sol. Sin embargo, Jorge saludó á Noruega, de donde se marchaba con disgusto, con el mismo gesto que empleara antes para rendir homenaje al sol levante; y la desconocida creyó que este saludo se dirigía á ella.

Dos meses más tarde, el conde de K... recibía á multitud de personas con motivo de un triunfo que acababa de obtener su compatriota, Cristina Nilson. La joven noruega y su padre, que habían venido á París con propósito de pasar en él parte del invierno, estaban en el número de los convidados, pues conocían desde hacia mucho tiempo al anfitrión, su compatriota. En cuanto á nosotros, penetrábamos en aquel salón por primera vez; es más, el convite lo debíamos á la publicación del último libro de Spero, que había obtenido extraordinario éxito. Soñadora y dada á pensar, instruida por la sólida educación de los países del Norte, ávida de saber, Ilea había leído y releído con cu-

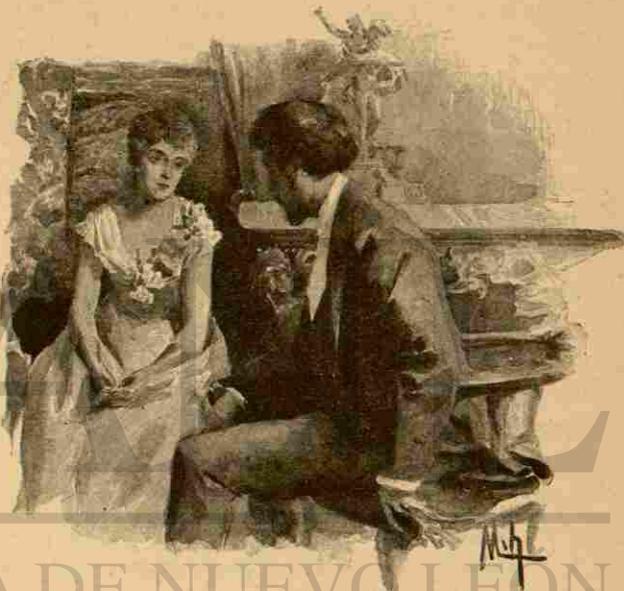
riosidad aquel libro un tanto místico, en que el nuevo filósofo había expuesto las ansiedades de su alma poco satisfecha de los *Pensamientos* de Pascal. Añadiré que la joven noruega se había presentado con fortuna á los exámenes del diploma superior



y que, renunciando al estudio de la medicina que al principio pareció atraerla, empezaba á iniciarse con cierta curiosidad en los trabajos completamente nuevos de la fisiología psicológica.

Cuando anunciaron á Jorge Spero, le pareció que acababa de entrar un amigo desconocido, casi un

confidente de su espíritu; y se estremeció, como si hubiese experimentado eléctrica sacudida. Él, que frecuentaba poco la sociedad, que era tímido, que



se sentía molesto en las reuniones de gentes desconocidas, y que no gustaba del baile, de la conversación ni del juego, había permanecido sentado en un mismo punto del salón, rodeado por unos

cuantos amigos, sin fijarse para nada en los valeses ó las polkas, escuchando dos ó tres obras maestras de la música moderna, interpretadas con mucho sentimiento. Así pasó la noche, sin que en aquella deslumbradora reunión se acercara ni siquiera un instante á Iclea, por más que se había fijado en ella y que sólo para ella tuviera ojos. Más de una vez se habían encontrado sus miradas. Al fin, allá á las dos de la mañana, cuando la reunión tomaba carácter más íntimo, Spero se atrevió á acercarse á la joven aunque sin dirigirle la palabra. Ella fué la que primero le habló, para exponerle ciertas dudas sobre las conclusiones de su libro.

Halagado y, más aún que halagado, sorprendido al saber que aquellas páginas de metafísica tenían una lectora de tan pocos años, el autor contestó con bastante torpeza y descortesía que semejantes estudios eran demasiado serios para una mujer. Ella replicó que las mujeres no se consagran exclusivamente al ejercicio de la coquetería, y que conocía algunas que á veces pensaban, investigaban, trabajaban y estudiaban. Díjole esto con cierta animación, para defender á las mujeres contra el desdén científico de ciertos hombres y afirmar sus aptitudes intelectuales; por lo demás, no le fué difícil ganar un pleito en que no tenía ciertamente por adversario á su interlocutor.

Este nuevo libro, cuyo éxito había sido inmediato y muy grande, á pesar de lo serio del asunto, había dado al nombre de Jorge Spero cierta celebridad; por esto acogían al joven escritor en los salones con viva simpatía. Los dos jóvenes empezaban apenas á hablar, cuando Spero se vió convertido en punto de mira de los amigos de la casa, que lo obligaron á contestar varias preguntas, interrumpiendo de este modo su plática con Iclea. Uno de los más eminentes críticos de la época había consagrado precisamente por aquellos días un largo artículo á la nueva obra, y el asunto del libro se convirtió de golpe en objeto de la conversación general. Iclea no tomó parte en ella; la joven sentía, y en esto no se engañan las mujeres, que el héroe de la fiesta se había fijado en ella, que sus pensamientos estaban enlazados por un hilo invisible y que al contestar á las preguntas más ó menos insignificantes que le dirigían, su espíritu se encaminaba por otros senderos. Este triunfo íntimo le bastaba; ningún otro podía serle más grato, pues en el perfil de Spero había reconocido la silueta misteriosa de la aparición aérea, y al joven viajero del buque de Cristiania.

Spero no tardó en manifestar su entusiasmo por los maravillosos paisajes de la Noruega y en referirle su viaje. La niña ardía en deseos de oír una

palabra, una alusión por pequeña que fuese al fenómeno aéreo que tanto la impresionara, y no comprendía el silencio y la discreción de su interlocutor. Él, que no había observado la antelia en el momento en que la joven aparecía proyectada en la nube, no tenía por qué mostrarse sorprendido de un fenómeno que le era familiar, por haberlo observado muchas veces, en mejores condiciones, desde la barquilla de un globo aerostático; como no recordaba nada especial, nada podía decir. Tampoco se le vino á la memoria el instante del embarque, y aunque le parecía haber visto antes aquella cabecita rubia, no podía precisar dónde ni cuándo. En cuanto á mi, la reconocí inmediatamente. Spero habló de los lagos, de los ríos, de los fiords y las montañas; supo que la madre de Iclea había muerto muy joven de una enfermedad del corazón, que su padre prefería la vida de París á la de todas las restantes ciudades, y que probablemente sólo de tarde en tarde volverían á su patria.

Los dos jóvenes se hicieron en seguida grandes amigos; atraíanlos uno hacia otro la reciproca estimación, una vivísima simpatía, y la comunidad de ideas y de gustos. Ella, que había sido educada á la manera inglesa, gozaba de la independencia de espíritu y de la libertad de acción que las mujeres de Francia no conocen hasta después del matrimonio.

y no se sentía contenida por ninguna de esas costumbres sociales que en nuestras naciones parecen destinadas á proteger la inocencia y la virtud. Dos amigas suyas de la misma edad habían venido solas á París para terminar su educación musical, y vivían juntas, en plena Babilonia, tranquilas y seguras, sin notar los peligros de que se pretende que está llena la gran ciudad. La joven recibió las visitas de Jorge Spero como hubiera podido recibirlas su padre, y unas cuantas semanas bastaron para que la afinidad de sus caracteres y de sus gustos los asociasen en los mismos estudios, en los mismos trabajos, y con frecuencia en los mismos pensamientos. Casi todas las tardes y como si una atracción secreta lo llamase, Spero se encaminaba desde el barrio latino hacia las orillas del Sena, que seguía hasta el Trocadero, y pasaba varias horas con Iclea, en la biblioteca ó en el mirador del jardín, cuando no se iban á pasear juntos por el bosque de Boulogne.

En el alma de Iclea se había grabado profundamente la primera impresión producida por la aparición celeste. La joven consideraba á Spero, si no como un dios ó como un héroe, á lo menos como un hombre superior á sus contemporáneos. La lectura de sus libros fortaleció esta impresión y hasta la aumentó, inspirándole más que admiración verdadera veneración. Cuando lo conoció personalmente,

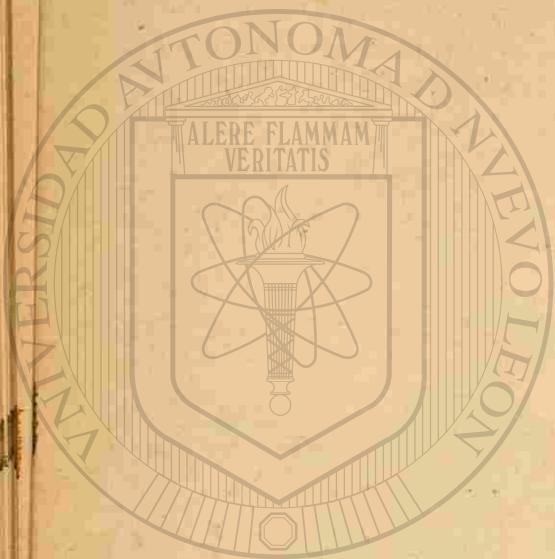
el grande hombre no bajó de su pedestal. Le pareció tan eminente, tan trascendente en sus estudios, en sus trabajos é investigaciones, y al mismo tiempo tan sencillo, tan sincero, tan bueno é indulgente para con todos; y lo vió tratado con tal injusticia por algunos rivales, cuando ella, aprovechando todos los pretextos, pronunciaba su nombre, que acabó por amarlo con afecto casi maternal. ¿Existe acaso en el corazón de las jóvenes este sentimiento de cariño protector? Quizás sí; pero lo cierto es que Iclea empezó por amar á Jorge de esta manera. Me parece haber dicho antes que el fondo del carácter de este pensador era un tanto melancólico, con la melancolía del alma de que habla Pascal y que es como la nostalgia del cielo. En efecto, su preocupación constante era la solución del eterno problema, el *To be or not to be*, SER ó NO SER de Hamlet. Á veces se hubiera podido verlo triste, aterrado casi hasta morir. Pero, por un singular contraste, cuando sus negros pensamientos se habian por decirlo así agotado y consumido en el trabajo intelectual; cuando el cerebro exhausto perdía la facultad de seguir vibrando, se producía en él una especie de reposo y de serenidad. Entonces la circulación de su sangre roja reanimaba la vida orgánica, y el filósofo desaparecía para dejar el puesto libre á un verdadero niño, fácil de contentar, á quien todo y la más

insignificante cosa divertían, dotado casi de gustos femeninos, apasionado de flores, de perfumes, de música y ensueños, y que en ocasiones asombraba por la indiferencia con que miraba las cosas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





III

TO BE OR NOT TO BE.

Esta fase de su vida intelectual era precisamente la que había unido de manera tan íntima aquellas dos almas. Contenta de vivir, en la flor de su primavera, vislumbrando apenas la luz de la vida, arpa que vibraba con todas las armonías de la naturaleza, la hermosa criatura del Norte soñaba aún en ocasiones con los espíritus y las hadas de su clima y con los ángeles y misterios de la religión cristiana que mecieran su cuna; pero la piedad y la credulidad de sus primeros años no habían oscurecido su razón, y sabía pensar libremente, buscando por modo sincero la verdad, y lamentando

tal vez, no creer aún en el paraíso de los predicadores; sin embargo, sentía imperiosos deseos de vivir eternamente, y la muerte le parecía una injusticia cruel. El recuerdo de su madre, extendida en el lecho de muerte, bella con todo el esplendor de la belleza de treinta años, arrebatada del mundo en pleno florecimiento de las rosas, para ser llevada á un cementerio verde y perfumado, lleno de cantos de pájaros, y borrada súbitamente del libro de los vivos mientras la naturaleza entera seguía cantando, floreciendo y brillando, el recuerdo, decimos, de aquel rostro pálido no se presentaba nunca en su memoria sin hacerla estremecerse de pies á cabeza. No, su madre no había muerto. No, ella tampoco moriría, ni á los treinta años ni más tarde. ¿Y él? ¿Morir *él!* ¿Aquella sublime inteligencia iba á extinguirse porque la respiración ó el corazón se parasen un momento? No, tal cosa no era posible. Los hombres se engañan y algún día se sabrá la verdad.

Ella también pensaba á veces en estos misterios, más bien bajo la forma estética y sentimental que bajo la científica; pero pensaba. Sus preguntas, sus dudas, el objetivo secreto de sus conversaciones, la razón de su apego tan rápido á su amigo, todo esto reconocía como causa la inmensa sed de saber que existía en su alma. Tenía fe en Jorge por ha-

ber hallado ya en sus escritos la solución de gravísimos problemas. Aquéllos le habían dado á conocer el universo, y este conocimiento resultaba más hermoso, más animado, mayor y más poético que los errores y las ilusiones antiguas. Desde el día en que oyó decir á su amigo que su vida no tenía más objeto que esta investigación de la realidad, la joven tenía por seguro que Spero averiguaria lo que deseaba, y su espíritu se apegaba y se enlazaba con el del sabio, más enérgicamente aún que su corazón.

Ya hacia unos tres meses que vivían así, en completa comunidad intelectual, pasando cada tarde varias horas en la lectura de las memorias originales escritas en diversas lenguas sobre la filosofía científica, la teoría de los átomos, la física molecular, la química orgánica, la termodinámica y las distintas ciencias que tienen por fin el conocimiento del ser, disertando sobre las contradicciones reales ó aparentes de las hipótesis, encontrando á veces, en los escritores puramente literarios, relaciones y coincidencias sorprendentes con los axiomas científicos, admirando las adivinaciones maravillosas de algunos grandes autores. Estas lecturas, trabajos y comparaciones les habían interesado principalmente por la eliminación que sus inteligencias, más ilustradas cada vez, les habían lle-

vado á efectuar, de las nueve décimas partes de los escritores, cuyas obras están desprovistas de todo saber, y de la mitad de la última décima parte, cuyos escritos sólo tienen valor muy superficial. Una vez que despejaron de esta manera el campo de la literatura, sintieron gran placer al quedarse reducidos á la poca numerosa sociedad de los espíritus superiores. Tal vez en esto había un ligero sentimiento de orgullo.

Un día se presentó Spero más temprano que de costumbre. *Eureka*, exclamó al llegar; pero temiendo haberse aventurado mucho, añadió: *Quizás...*

Y apoyándose en la chimenea, donde chisporroteaba un fuego muy vivo, mientras su compañera lo contemplaba con sus grandes ojos llenos de curiosidad, se puso á hablar con una especie de solemnidad inconsciente, como si conversara con su propio espíritu en un bosque solitario:

« Cuanto vemos no es más que apariencia. La realidad es distinta.

» El Sol parece girar en torno de la Tierra, saliendo por la mañana y poniéndose por la tarde, mientras nuestro planeta parece inmóvil. La ver-

dad es lo contrario. Vivimos sobre un proyectil giratorio, disparado en el espacio con velocidad setenta y cinco veces mayor que la de una bala de cañón.

» Un armonioso concierto viene á encantar nuestros oídos. El sonido no existe, no es más que una impresión de nuestros sentidos, originada por vibraciones del aire de cierta amplitud y de cierta velocidad, las cuales son en sí mismas silenciosas. Sin el cerebro y el nervio auditivo, no habría sonidos. En realidad, lo único que existe es el movimiento.

» El arco iris extiende su círculo radioso, la rosa y el aciano mojados por la lluvia brillan al sol; la verde pradera y el dorado surco dan variedad á la llanura con sus brillantes colores. Pero no hay colores, ni hay luz; lo que hay son ondulaciones del éter que ponen en vibración el nervio óptico. Apariencias engañosas. El sol calienta y fecunda, la leña arde: pues bien, no hay calor; sólo hay sensaciones. El calor, lo mismo que la luz, no es más que un modo de movimiento. Movimientos invisibles, pero soberanos, supremos.

» Aquí tengo una fuerte viga de hierro, de las que hoy se emplean tanto en las construcciones.

La coloco en el aire, á diez metros de altura, sobre dos paredes, donde se apoyan sus extremos. No cabe dudar que es fuerte : en su punto medio se ha colocado un peso de mil, de dos mil, de diez mil kilogramos y la viga no parece notar siquiera que soporta tan enorme peso; apenas se observa valiéndose del nivel una insignificante flexión. Sin embargo, esta viga está compuesta de moléculas que no se tocan, que están en perpetua vibración, que se alejan unas de otras bajo la influencia del calor, acercándose por la acción del frío. ¿Qué es lo que constituye la solidez de esta barra de hierro? ¿Sus átomos materiales? De seguro que no, pues ni siquiera se tocan. Esta solidez reside en la atracción molecular, ó lo que es lo mismo, en una fuerza inmaterial.

» Hablando en absoluto, el sólido no existe. Tomemos en nuestras manos una pesada bala de hierro; esta bala se compone de moléculas invisibles, que no se tocan, las cuales están formadas á su vez por átomos que tampoco se tocan. De manera que la continuidad que la superficie de esta bala parece presentar y su aparente solidez son puras ilusiones. Un espíritu que analizara su estructura íntima vería que la bala se reduce á un torbellino de moscas como las que revolotean en la atmósfera durante el verano. Por lo demás, calentemos esta bala

que nos parece sólida y la veremos convertirse en un chorro líquido; calentémosla más, y entonces se evaporará, sin por esto cambiar de naturaleza; líquido ó gas, siempre será hierro.

» En este momento estamos en una casa. Esas paredes, esos pisos, esas alfombras, estos muebles, esta cheminea de mármol, están compuestas de moléculas que tampoco se tocan, y esas moléculas de los cuerpos se encuentran en movimiento de circulación unas alrededor de otras.

» Nuestro cuerpo se encuentra en el mismo caso, pues está formado por una perpetua circulación de moléculas; es una llama que se consume y se renueva incesantemente; es un río en cuya orilla va uno á sentarse creyendo ver siempre la misma agua, y en el cual la corriente perpetua de las cosas lleva agua constantemente renovada.

» Cada glóbulo de nuestra sangre es un mundo (y tenemos cinco millones de ellos por milímetro cúbico). En nuestras arterias como en nuestras venas, en nuestra carne como en nuestro cerebro, todo circula, todo anda, sucesivamente, sin tregua ni descanso, precipitándose en un torbellino vital tan rápido proporcionalmente como el de los cuerpos celestes. Nuestro cerebro, nuestro cráneo, nuestros ojos, nuestros nervios y nuestra carne se renuevan molécula por molécula, constante-

mente y con tal rapidez, que el cuerpo humano queda reconstituido por completo al cabo de unos cuantos meses.

» Fundándose en consideraciones moleculares, se ha calculado que en una minúscula gotecilla de agua proyectada con la punta de un alfiler, la cual es invisible á simple vista, pues mide apenas un milésimo de milímetro cúbico, hay más de doscientos veinte y cinco millones de moléculas.

» En una cabeza de alfiler, hay nada menos que ocho sextillones de átomos, ó sean, ocho mil millones de miles de millón, y estos átomos están separados unos de otros por distancias mucho mayores que sus propias dimensiones; éstas son, por lo demás, invisibles, aun cuando se las examine con el más poderoso microscopio. Si se quisiera contar el número de estos átomos contenidos en una cabeza de alfiler, separando de ella por medio del pensamiento mil millones de aquellos por segundo, sería preciso continuar esta operación durante doscientos cincuenta y tres mil años para poder terminarla.

» En una gota de agua y en una cabeza de alfiler hay muchísimos más átomos, sin comparación

posible, que estrellas en todo el cielo conocido de los astrónomos armados con sus más poderosos telescopios.

» ¿Quién sostiene á la Tierra, al Sol y á todos los astros del universo en el espacio eterno? ¿Quién sostiene esta larga viga de hierro apoyada en dos paredes, y sobre la cual se van á edificar varios pisos? ¿Quién mantiene la forma de todos los cuerpos? La Fuerza.

» El mundo, las cosas y los seres, cuanto nosotros vemos está formado de átomos invisibles é imponderables. El universo es un dinamismo. Dios es el alma universal: *in eo vivimus, movemur et sumus*.

» Así como el alma es la fuerza que mueve el cuerpo, así el ser infinito es la fuerza que mueve al cosmos! La teoría puramente mecánica del universo es incompleta para el analizador que va al fondo de las cosas. La *voluntad* humana es ciertamente poca cosa respecto de las fuerzas cósmicas. Sin embargo, con enviar un tren de París á Marsella, ó un navío de Marsella á Suez, hago libremente que cambie de sitio una parte infinitesimal de la masa terrestre, y modifico el curso de

la Luna. Ciegos del siglo XIX, volved al cisne de Mantua : *Mens agitat molem.*

» Si disecciono la materia, encuentro en el fondo de todo el átomo invisible : la materia desaparece, se convierte en humo. Si mi vista tuviera el poder de penetrar la realidad, vería á través de las paredes, que están constituidas por moléculas separadas, y á través de los cuerpos, que son torbellinos de átomos. Nuestros ojos de carne no ven lo que es. Con lo que hay que mirar es con los del espíritu. No nos fiemos del simple testimonio de nuestros sentidos : durante el día hay sobre nuestras cabezas tantas estrellas como por la noche.

» En la naturaleza no existen ni astronomía, ni física, ni química, ni mecánica : estas ciencias son puramente métodos subjetivos de observación. No hay más que una unidad. Lo infinitamente grande es idéntico á lo infinitamente pequeño. El espacio es infinito sin ser grande. La duración es eterna sin ser larga. Estrellas y átomos son lo mismo.

» El universo está constituido por la fuerza invisible, imponderable, inmaterial, que mueve los átomos. Si uno solo de éstos dejara de ser impulsado por la fuerza, el universo se pararía. La Tierra

gira alrededor del Sol, el Sol gravita en torno de un foco sideral, que es movable á su vez; los millones, los miles de millones de soles que pueblan el universo, corren más de prisa que los proyectiles de la artillería; esas estrellas, que nos parecen inmóviles son soles lanzados en el vacío eterno con la velocidad de diez, veinte, treinta millones de kilómetros por día, todos los cuales, soles, planetas, tierras, satélites, cometas vagabundos, se dirigen hacia un fin ignorado; el punto fijo, el centro de gravedad buscado por el que analiza, huye á medida que se va en pos suyo, y no existe realmente en ninguna parte. Los átomos que constituyen los cuerpos se mueven relativamente tan de prisa como las estrellas en el cielo. El movimiento rige todo, da forma á todo.

» *Á su vez el átomo no es una materia inerte, sino un centro de fuerza.*

» Lo que constituye esencialmente el ser humano, lo que lo organiza, no es su substancia material; no es el protoplasma, ni la célula, ni esas maravillosas y fecundas asociaciones del carbono con el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno : es la *Fuerza* animica, invisible, inmaterial. Ésta es la que agrupa, dirige y mantiene asociadas las innumerables moléculas que componen la admirable armonía del cuerpo vivo.

» La materia y la energía no han sido vistas nunca separadas; la existencia de una implica la de la otra; tal vez hay entre ambas identidad substancial.

» Poco importa que el cuerpo se desagregue de pronto después de la muerte, según lo hace poco á poco, renovándose perpetuamente durante la vida. El alma subsiste. *El átomo psíquico organizador es el centro de esta fuerza.* También él es indestructible.

» Lo que vemos es engañoso. LO REAL ES LO INVISIBLE. »

Una vez terminado este discurso, se puso á andar á grandes pasos. La joven lo había escuchado como se oye á un apóstol, á un apóstol adorado, y aunque Jorge no hubiese en realidad hablado más que para ella, ni siquiera había parecido darse cuenta de su presencia, tan silenciosa é inmóvil había permanecido! Iclea se acercó á su amigo y tomando entre las suyas una de sus manos le dijo con entusiasmo :
« ¡Oh, si acaso no has alcanzado aún la Verdad, ten por seguro que sabrás descubrirla. »

Y luego, animándose á su vez, y aludiendo á una reserva hecha muchas veces por Spero, añadió :
« Crees que el hombre terrestre no puede llegar á

poseer la verdad porque no tenemos más que cinco sentidos, lo cual es causa de que multitud de manifestaciones naturales permanezcan extrañas á nuestro espíritu, que carece de medios para percibir las.

Así como no veríamos si estuviésemos privados del nervio óptico; así como no oiríamos



si careciéramos de nervio acústico, etc., así quedan desconocidas para nosotros las vibraciones, las manifestaciones de la fuerza que pasan por entre las cuerdas de nuestro instrumento orgánico, sin hacerlas vibrar. Lo admito; y reconozco contigo que los habitantes de ciertos mundos pueden ser mucho menos imperfectos que nosotros. Pero me parece

que, aunque eres habitante de la tierra, has hallado lo que buscabas.



— Queridísima mía, replicó Jorge, sentándose junto á ella en el diván de la biblioteca, es cierto

que nuestra arpa terrestre está falta de cuerdas, y que un habitante del sistema de Sirio se burlaría de nuestras pretensiones. El pedazo de hierro imantado más insignificante es más inteligente que Newton y que Leibnitz para descubrir el polo magnético, y la golondrina conoce mejor que Colón y que Magallanes las variaciones de latitud. ¿Qué he dicho hace un momento? Que las apariencias son engañadoras y que nuestro espíritu debe penetrar á través de la materia hasta llegar á la fuerza invisible. Esto es lo que sé de más cierto. La materia no es lo que parece y ningún hombre conocedor de los progresos de las ciencias positivas podría declararse hoy materialista.

— De modo, replicó Iclea, que según esto el átomo psíquico cerebral, principio del organismo humano, debe ser inmortal, como lo son por lo demás todos los átomos, si hemos de creer los principios fundamentales de la química. Mas este difiere de los otros en categoría, por estar adherida á él nuestra alma. ¿Y crees que conserva conciencia de su vida? ¿Será comparable el alma á una substancia eléctrica? Recuerdo haber visto una vez pasar el rayo por un salón y apagar las luces. Cuando volvieron á encenderlas, se observó que el reloj de sobremesa había sido desdorado y dorada por el contrario en muchos puntos la araña de plata cincelada. Esta es una fuerza sutil-

— No hagamos comparaciones, que darían toda idea muy errónea de la realidad. *Sabemos* que morimos, pero no lo *creemos*. ¿Cómo podríamos creerlo? ¿Cómo podríamos comprender la muerte, que es un cambio de estado de lo conocido á lo desconocido, de lo visible á lo invisible? No cabe dudar que el alma existe como fuerza. Podemos admitir que forma un todo único con el átomo cerebral organizador, y de este modo concebimos que sobreviva á la disolución del cuerpo.

— ¿Pero qué es de ella? ¿Adónde va?

— La mayor parte de las almas no tienen conciencia ninguna de su propia existencia. De los mil cuatrocientos millones de seres humanos que pueblan nuestro planeta, mil trescientos ochenta y seis piensan apenas. ¿Qué harían esos de la inmortalidad, gran Dios? Así como la molécula de hierro flota sin saberlo en la sangre que late en las sienas de Lamartine y de Victor Hugo ó permanece fija durante un tiempo en la espada de César; así como la molécula de hidrógeno brilla en el gas del salón de descanso de la Ópera, ó se sumerge en la gota de agua que el pez se traga en el obscuro fondo de los mares, así dormitan los átomos vivientes que nunca han pensado.

» Las almas que piensan son las que realmente pertenecen á la vida intelectual. Éstas conservan el

patrimonio de la humanidad y le aumentan para el porvenir. Sin esta inmortalidad de las almas humanas que tienen conciencia de su vida, la historia entera de la Tierra debería acabar en la nada, y la creación entera, lo mismo la de los mundos más sublimes que la de nuestro infimo planeta, sería una engañadora decepción, más miserable y absurda que el excremento de una lombriz de tierra. ¡Ésta tiene su razón de ser y no la tendría el universo! ¿Puedes imaginarte los miles de millones de mundos que han alcanzado los esplendores de la vida y del pensamiento para sucederse eternamente en la historia del universo sideral, y que sólo lograrían originar esperanzas perpetuamente frustradas y grandezas siempre destruidas? Por humildes que nos creamos, no podemos admitir que el objetivo del progreso eterno, demostrado en la historia de la naturaleza, sea la nada. Ahora bien, las almas son las simientes de las humanidades planetarias.

— ¿Acaso pueden trasladarse de un mundo á otro?

— Nada es tan difícil de comprender como lo que se ignora; nada es más sencillo que lo que se sabe. ¿Quién se asombra hoy de ver el telégrafo eléctrico llevar instantáneamente el pensamiento á través de los continentes y de los mares? ¿Quién se extraña al observar que la atracción lunar eleva las aguas

del Océano y produce las mareas? ¿Quién se admira de que la luz se transporte de un astro á otro con la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo? Por lo demás, únicamente los pensadores podrían estimar en lo que valen esas maravillas; el vulgo no se asombra de nada. Si mañana se efectuara un descubrimiento que permitiese dirigir señales á los habitantes de Marte y recibir sus respuestas, las tres cuartas partes de los hombres no manifestarían ninguna sorpresa.

» Si, las fuerzas anímicas pueden transportarse de un mundo á otro, no siempre ni á todas partes seguramente, ni tampoco todas. En esto hay leyes y condiciones. Mi voluntad puede levantar mi brazo y lanzar una piedra con ayuda de mis músculos; si tomo un peso de veinte kilogramos, aun podré levantar mi brazo; pero con mil, ya será imposible. Ciertos espíritus son incapaces de toda actividad; otros han adquirido facultades trascendentes. A los seis años imponía Mozart á sus auditores el poder de su genio músico, y á los ocho publicaba sus dos primeras colecciones de sonatas, mientras que el mayor dramático que ha existido, Shakspeare, no habia escrito todavía á los treinta años ninguna obra digna de su futura gloria. No hay que creer que el alma pertenece á algún mundo sobrenatural. Todo está en la naturaleza.

Apenas háy unos cien mil años que la humanidad terrestre ha surgido de la crisálida animal; durante la larga serie de los períodos primario, secundario y terciario, esto es, por espacio de millones de años, no existía en la Tierra ni una sola inteligencia que apreciara aquellos grandiosos es-



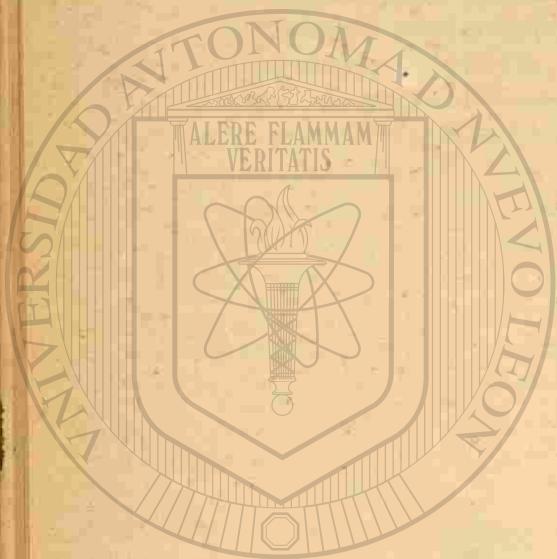
pectáculos, ni una sola mirada humana que los contemplara. El progreso ha ido elevando lentamente las almas inferiores de las plantas y de los animales; el hombre es muy reciente en el planeta. La naturaleza vive en progreso constante; el universo es un perpetuo futuro; la ascensión es la ley suprema.

» No todos los mundos, siguió diciendo Spero, están habitados actualmente. Unos se encuentran en su aurora, otros en su crepúsculo. Por ejemplo: en nuestro sistema solar, Marte, Venus, Saturno y varios de sus satélites parecen hallarse en plena actividad vital; Júpiter no ha salido aún probablemente de su periodo primario; la Luna no conserva quizás ya ningún habitante. Nuestra época no tiene en la historia general del universo más importancia que nuestro hormiguero en lo infinito. En toda la eternidad, y antes de la existencia de la Tierra ha habido mundos poblados de humanidades. Cuando nuestro planeta exhale el postrer suspiro, cuando la última familia humana se duerma con eterno sueño á orillas de la última llanura del helado océano, seguirán brillando siempre en el infinito soles innumerables, y siempre habrá mañanas y tardes, primaveras y flores, esperanzas y alegrías. Otros soles, otras tierras, otras humanidades existirán. El espacio sin límites está poblado de tumbas y de cunas. Pero el objetivo final de la creación son y serán la vida, el pensamiento, el progreso eterno.

» La Tierra es satélite de una estrella. Hoy, y lo mismo en lo futuro, somos y seremos ciudadanos del cielo. Sepámoslo ó no, la verdad es que vivimos en las estrellas. »

Así conversaban los dos amigos sobre los graves problemas que preocupaban sus pensamientos. Cuando obtenían una solución, por más que fuera incompleta, de estos problemas, sentían verdadero contento por haber dado un paso más en la investigación de lo desconocido, y luego hablaban con mayor tranquilidad de las cosas ordinarias de la vida. Eran dos espíritus igualmente ansiosos de saber, y que en el fervor de su juventud, creían poder aislarse del mundo, dominar las impresiones humanas y alcanzar en su celeste vuelo la estrella de la verdad, que centelleaba sobre sus cabezas, en las profundidades de lo infinito.





IV

AMOR.

Pero en esta vida de dos faltaba algo, á pesar de lo íntima y encantadora que era. Aquellas conversaciones sobre los formidables problemas del ser y del no ser; la comunicación mutua de sus respectivas ideas sobre el análisis de la humanidad; las disquisiciones sobre el objetivo final de la existencia de las cosas, las contemplaciones astronómicas y las cuestiones que de ellas surgen, bastaban á satisfacer en ocasiones sus espíritus, pero no sus corazones. Cuando habían hablado largamente, sentados uno junto á otro, ya debajo del cobertizo del jardín, que dominaba el panorama

de la gran ciudad, ya en la silenciosa biblioteca, el estudiante, el trabajador, no podía separarse de su compañera, y ambos permanecían entonces cogidos de la mano, sin hablar, atraídos y retenidos por una fuerza avasalladora. Al separarse sentían ambos un vacío singular, doloroso, en el pecho, un malestar indefinible, como si se hubiese roto algún lazo necesario a su vida mutua; no vivían hasta que no se volvían a ver. Él la amaba, no para sí, sino por ella, con afecto casi impersonal, con un sentimiento profundo de estimación y de ardiente amor, y había sabido resistir a sus pasiones por un combate constante contra las atracciones de la carne. Pero un día en que, sentados uno junto a otro, en el gran diván de la biblioteca, lleno según costumbre de libros y papeles, permanecían silenciosos, sucedió que la cabeza del joven autor, demasiado recargada con el peso de los esfuerzos realizados desde hacía tanto tiempo para resistir a una atracción irresistible, sucedió, decimos, que la cabeza del joven autor se inclinó insensiblemente sobre los hombros de su compañera y que... sus bocas se encontraron casi inmediatamente.

¡Oh dichas indescriptibles del amor correspondido! ¡Embriaguez insaciable del ser sediento de

felicidad, transportes sin fin de la imaginación no domada, suave música de los corazones, á qué alturas etéreas sabéis elevar las almas que se abandonan á vuestros goces supremos! Entonces ellas olvidan súbitamente la tierra inferior, y vuelan rápidamente hacia los paraísos encantados, perdiéndose en las profundidades celestes y cerniéndose en las sublimes regiones del eterno deleite. El mundo con sus miserias y sus comedias deja de existir para esas almas que viven en la luz y en el fuego, como salamandras ó fénix, desprovistas de todo peso, ligeras como la llama, consumiéndose y renaciendo de sus propias cenizas, siempre luminosas, siempre ardientes, invulnerables é invencibles.

La expansión tanto tiempo contenida de aquellos primeros transportes, sumió á ambos amantes en vida de éxtasis que les hizo olvidar la metafísica y sus problemas. Este instante duró seis meses. El más dulce pero al mismo tiempo más imperioso de los sentimientos había venido á completar en ellos las insuficientes satisfacciones intelectuales del espíritu, absorbiéndolos por completo, anonadándolos casi. Á partir del día del beso, Jorge Spero desapareció completamente de la escena del mundo y cesó de escribir, llegando hasta dejar de venir á verme, no obstante la prolongada y real amistad

que me había demostrado. Un lógico hubiera podido deducir de esta conducta que al fin estaba satisfecho, por haber hallado la solución del gran problema, el objeto supremo de la existencia de los

seres.
 FLAMMAM
 VERITATIS



Ambos vivían en aquel *egoísmo de dos* que, al alejar de nuestro centro visual á la humanidad, disminuye sus defectos, y la hace aparecer más amable y hermosa. Satisfechos con su mutuo afecto, todo cantaba en torno suyo, en la naturaleza y la humanidad, un perpetuo cántico de dicha y de amor.

Al caer de la tarde iban á pasearse con frecuen-

cia por las orillas del Sena, para contemplar, mientras daban rienda suelta á sus ensueños, los maravillosos efectos de luz y de sombra que se observan en el cielo de París, tan admirable en la



hora del crepúsculo, cuando las siluetas de las torres y de los palacios se proyectan con negras líneas sobre el fondo luminoso de occidente. Las nubes rosadas y purpurinas, que el reflejo lejano del mar donde brilla el sol desaparecido ilumina, dan á

nuestro cielo un carácter especial que no es el de Nápoles, bañado occidentalmente por el espejo del Mediterráneo; pero que quizás supera al de Venecia, cuya iluminación es oriental y de color más claro. Ya los condujesen sus pasos hacia la antigua isla de Francia; ya descendieran río abajo, pasando frente á Nuestra Señora y al antiguo Chatelet, que destacaba su negra silueta ante el cielo todavía luminoso; ya se encaminaran, atraídos por el brillo de la puesta del sol y de la campiña, hasta pasar el recinto fortificado de la gran ciudad, para perderse en las soledades de Boulogne y de Billancourt, que las negras colinas de Meudón y de Saint-Cloud terminan; adondequiera que se dirigían iban contemplando la naturaleza, sin recordar la ruidosa población que dejaban á su espalda. Andaban con paso igual, unidos como si formasen un solo ser, recibiendo al mismo tiempo las mismas impresiones, pensando los mismos pensamientos y hablando el mismo mudo lenguaje. El río corría á sus pies, los ruidos de la tarde se extinguían, y en el cielo brillaban las primeras estrellas. Iclea decía siempre á Jorge sus nombres á medida que aparecían.

Las veladas de Marzo y Abril son á veces en París bastante suaves, como si en ellas circularan las primeras templadas brisas de la primavera. Las bri-

llantes estrellas de Orión, el brillante Sirio, los Gemelos, Cástor y Pólux centellean en el inmenso cielo; las Pléyades se inclinan hacia el horizonte occidental, pero Arcturo y el Boyero, pastor de los ganados celestes, vuelven á presentarse y unas cuantas horas más tarde la blanca y resplandeciente Vega se alza en el horizonte oriental, seguida al cabo de poco tiempo por la vía láctea. El dorado Arcturo era siempre la primera estrella divisada, por su agudo brillo y por hallarse en la prolongación de la Osa Mayor. En ocasiones la media luna se cernía en el cielo occidental, y la joven admiraba en sus contemplaciones, como Ruth junto á Booz, « aquella hoz de oro en el campo de las estrellas. »

Las estrellas rodean la Tierra; este planeta está en el cielo. Spero y su compañera lo comprendían perfectamente, y tal vez en ninguna tierra celeste había dos enamorados que viviesen más íntimamente que ellos en el cielo y en lo infinito.

Sin embargo, insensiblemente, y tal vez sin darse cuenta de esto, el joven filósofo continuó de manera gradual y por fragmentos sus interrumpidos estudios, mas de esta vez analizaba las cosas con profundo sentimiento de optimismo que antes le era desconocido á pesar de su natural bondad, eliminaba las conclusiones crueles, porque le parecían debidas á un conocimiento incompleto de las cau-

sas, y contemplaba bajo nuevos aspectos los panoramas de la naturaleza y de la humanidad. Ella también continuó, á lo menos parcialmente, los estudios que habían empezado juntos: pero un nuevo é inmenso sentimiento llenaba su alma, y su espíritu no poseía la misma libertad para el trabajo intelectual. Absorta en su amor de cada momento por un ser que le pertenecía enteramente, no veía ni hacia nada más que por él. Durante las tranquilas horas de la tarde, cuando Ielea se sentaba al piano, fuera para tocar una sonata de Chopin, que se admiraba de no haber comprendido antes de amar, fuera para acompañarse, al cantar con su voz tan pura los lieders noruegos de Grieg y de Bull, ó las melodias de nuestro Gounod, pareciale, tal vez sin comprenderlo, que su adorado era el único oyente capaz de saborear aquellas inspiraciones de su alma. ¡Qué horas tan deliciosas pasó Jorge en la ancha biblioteca de la casa de Passy, echado en un diván, siguiendo en ocasiones con la mirada las caprichosas espirales del humo de un cigarrillo de Oriente, mientras que ella, abandonándose á las reminiscencias de su fantasía, cantaba el dulce *Saetergiertens Sondag* de su país, la serenata de *Don Juan* y el *Lago* de Lamartine, ó dejando correr por el teclado sus expertas manos hacia elevarse en los aires el melodioso ensueño de un minué de Boccherini!

La primavera había vuelto; el mes de Mayo presenció aquel año las fiestas de la Exposición Uni-



versal de Paris, á que aludiamos al comenzar este relato, y las alturas del jardín de Passy daban albergue al Edén de los dos enamorados. El padre de

Iclea, que había tenido que ir á Túnez cuando menos se lo esperaba, estaba de vuelta, con una colección de armas árabes para su museo de Cristiania. La intención del buen señor era volver pronto á Noruega; por su parte, la joven y su amigo habían convenido en casarse en Cristiania, en la fecha aniversario de la misteriosa aparición.

Su amor era por naturaleza muy distinto de esas uniones insignificantes que se fundan, unas en el grosero placer sensual, otras en los intereses más ó menos disfrazados que representan la mayor parte de los amores humanos. Su espíritu cultivado los elevaba á las regiones superiores del pensamiento; la delicadeza de sus sentimientos los mantenía en una atmósfera ideal, donde todas las tentaciones de la materia eran olvidadas; la extrema impresionabilidad de sus nervios, la exquisita finura de sus sensaciones todas, los sumían en éxtasis cuyo deleite parecía infinito. Si en otros mundos se ama, el amor no puede ser en ellos ni más profundo ni más exquisito. Ambos hubieran sido para un fisiólogo el testimonio vivo de que, contra lo que el vulgo cree, todos los goces proceden del cerebro; la intensidad de las sensaciones corresponde á la sensibilidad psíquica del ser.

Paris era para ellos, no una ciudad, no un mundo, sino el teatro de la historia humana, donde vi-

vieron los siglos desaparecidos. Los antiguos barrios, no destruidos todavía por las transformaciones modernas, la Cité con Nuestra Señora; San Julián el Pobre, cuyas paredes recuerdan aún á Chilperico y Fredegunda; las moradas antiguas en que habitaron Alberto el Grande, el Dante, Petrarca y Abelardo; la antigua Universidad, anterior á la Sorbona y de las mismas pasadas épocas; el claustro Saint-Merry con sus callejuelas sombrías, la abadía de San Martín, la Torre de Clodoveo en la montaña Santa Genoveva, San Germán de los Prados, recuerdo de los Merovingios, San Germán el Auxerrois, cuya campana tocó á somatén en la noche de San Bartolomé, la angélica Capilla del palacio de Luis IX; todos los recuerdos de la historia de Francia fueron objetivo de sus peregrinaciones. En medio de las multitudes se aislaban en la contemplación del pasado, y veían lo que casi nadie sabe ver.

Así pues, la inmensa ciudad les hablaba su lenguaje de otra época, ya cuando perdidos en medio de las quimeras, los grifos, los pilares, capiteles y arabescos de las torres y de las galerías de Nuestra Señora veían á sus pies el hormiguero humano adormecerse en la bruma de la noche, ya cuando, subiendo más alto todavía, trataban de reconstituir, desde la cima del Panteón, la antigua forma de Paris y su desarrollo secular, desde los emperadores

romanos que habitaban las Termas, hasta Felipe Augusto y sus sucesores.



El sol de la primavera, las lilas en flor, las alegres mañanas de Mayo, llenas de cantos de aves y de excitaciones nerviosas, los llevaban á veces lejos de Paris, á vagar sin propósito determinado por las praderas y los bosques. Las horas transcurrían como el soplo de las brisas; el día desaparecía como un sueño y la noche con-

tinuaba el divino arrebatado de amor. En el mundo de Júpiter, veloz como el torbellino, donde los días y las noches son dos veces más rápidos que aquí,

pues ni siquiera duran diez horas, no transcurre el tiempo con más rapidez que para nuestros enamorados en la Tierra. La medida del tiempo está en nosotros.

Una noche se hallaban ambos sentados muy jun-



tos en el mismo centro del techo desprovisto de parapeto de la antigua torre del castillo de Chevreuse, desde donde se domina sin dificultad todo el paisaje inmediato. El aire tibio del valle subía hasta ellos, impregnado completamente por los silvestres aromas de los bosques inmediatos; los pajarillos se-

guian cantando aún y el ruiseñor ensayaba en la naeiente sombra de los bosquecillos su melodioso cántico á las estrellas. El sol acababa de ponerse en medio de un deslumbramiento de oro y de escarlata, y sólo por la parte de Occidente se divisiba todavía una luz algo intensa. Todo parecia dormir en el seno de la inmensa naturaleza.

La luz del cielo occidental, que iluminaba á Iclea, parecia penetrarla, alumbrarla interiormente; tan delicadas, claras é ideales eran sus carnes! Con los ojos henchidos de vaporosa languidez y su pequeña boca infantil ligeramente entreabierta, la joven parecia perdida en la contemplación del crepúsculo. Apoyada en el hombro de Spero, al cual enlazaba con sus brazos, abandonábase á sus ensueños, cuando atravesó el cielo, precisamente encima de la torre, una estrella errante. Iclea se estremeció supersticiosamente. Ya los astros más brillantes lucian en las profundidades de los cielos; en lo más alto, Arcturo, con sus dorados deslumbradores reflejos; por la parte de Oriente, y bastante elevada, Vega, de purísima blancura; en el Norte, la Cabra; en el Occidente, Cástor, Pólux y Proción. Empezábase también á distinguir las siete estrellas de la Osa Mayor, la Espiga de la Virgen, y Régulo. Insensiblemente y una á una trazaban las estrellas sus líneas de luz

en el firmamento. La estrella polar era la única que indicaba un punto inmóvil en la esfera celeste. La Luna salía con su rojizo disco un tanto recortado por la fase menguante. Marte brillaba entre Pólux y Régulo, al sudoeste; Saturno al sudeste. El crepúsculo iba abandonando poco á poco el campo al misterioso imperio de la noche.

— ¿No te parece, dijo ella, que todos esos astros son ojos que nos miran?

— Ojos celestes como los tuyos. ¿Qué pueden ver en la Tierra más hermoso que tú... y que nuestro amor?

— ¡Sin embargo! replicó ella.

— Sí, sin embargo, el mundo, la familia, la sociedad, las costumbres, las leyes de la moral y ¿cuánto más? Comprendo tu pensamiento. Hemos olvidado todo esto, para obedecer sólo á la atracción, como el Sol, como todos esos astros, como el ruiseñor que canta, como la naturaleza entera. Pronto rendiremos á esos usos y costumbres el homenaje que les pertenece, y podremos proclamar ante las gentes nuestro amor. ¿Seremos más dichosos por eso? ¿Es posible serlo más que en este momento preciso?

— Soy tuya enteramente, contestó ella. Yo no existo; me siento anonadada en tu luz, en tu amor, en tu dicha, y no deseo absolutamente nada más.

No. Estaba pensando en esas estrellas que nos miran, y me preguntaba dónde están actualmente todos los ojos humanos que las han contemplado, desde hace millares de años, según lo estamos haciendo nosotros ahora; me preguntaba dónde están los corazones que han latido como los nuestros en este instante, dónde las almas que se han confundido en besos sin fin en el misterio de las noches que ya no son.

— Todos ellos existen. Nada puede ser destruido. Al asociar según lo hacemos el cielo y la tierra, tenemos razón. En todos los siglos, en todos los pueblos, sean cuales fueren las creencias, la humanidad ha preguntado siempre á ese cielo estrellado el secreto de sus destinos. Esa era una especie de adivinación. La Tierra es un astro del cielo, lo mismo que Marte y Saturno, que vemos allá arriba, tierras del cielo, oscuras, iluminadas por el mismo sol que nosotros, y como todas esas estrellas, que son soles lejanos. Tu pensamiento traduce lo que la humanidad ha pensado en el período de su existencia. Todas las miradas han buscado en el cielo la respuesta á este gran enigma y, desde los primeros tiempos de la mitología, Urania les ha contestado.

» Si, esa divina Urania es la que contestará siempre, pues tiene en sus manos el cielo y la

tierra y nos hace vivir en lo infinito.... Además, ¿no parece que al personificar en ella el estudio del universo, el sentimiento poético de nuestros padres ha querido completar la ciencia con la vida, la gracia y el amor? Esta es la musa por excelencia. Su belleza parece decirnos que para comprender verdaderamente la astronomía y lo infinito, precisa.... estar enamorado. »

La noche se iba acercando. La Luna, que se elevaba lentamente en el cielo oriental, difundía por la atmósfera una claridad que reemplazaba poco á poco la del crepúsculo, y ya aparecían en la ciudad á los pies de Jorge y de Iclea, por debajo de los bosquecillos y de las ruinas, algunas luces. Ambos se habían puesto en pie, estrechamente enlazados en el centro de la Torre. La cabeza de la joven, rodeada por la aureola de su cabellera, cuyos bucles caían sobre sus hombros, estaba bellísima: de los jardines cercanos llegaban bocanadas de estuvis primaverales, impregnados de aromas, de violetas, de alhelies, de lilas y rosas. Por todas partes los rodeaban la soledad y el silencio. Un prolongado beso, el centésimo de aquel embriagador día de verano, unió sus bocas.

Ella seguía sonando. Una sonrisa fugitiva iluminó de pronto su rostro y desapareció desvaneciéndose como una imagen que pasa.

— ¿En qué piensas? dijo él.

— En nada. Una idea profana, algo ligera, nada.

— ¿Qué es? repitió Jorge estrechándola en sus brazos.

— Pues bien, me preguntaba si.... en esos mundos lejanos se posee una boca... porque, ¡el beso! ¡los labios!... »

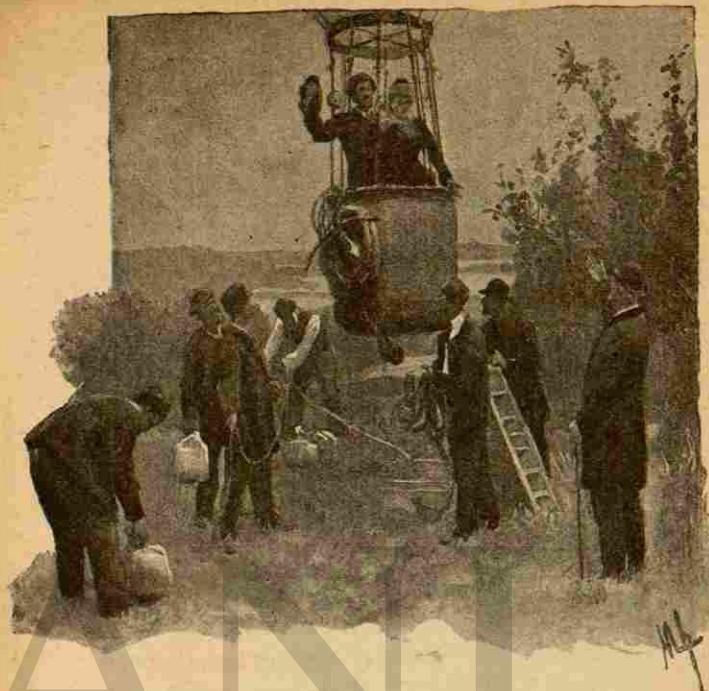
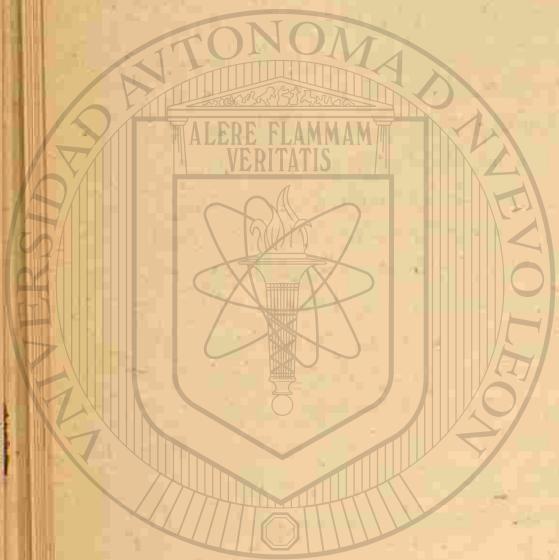
Así pasaban las horas, los días, las semanas y los meses, en una unión íntima de todos sus pensamientos, de todas sus sensaciones é impresiones. El sol de junio brillaba ya en su solsticio; había llegado el momento de marchar á la patria de Icea. Ésta partió con su padre para Cristiania en la época que estaba fijada.

Spero los siguió unos días más tarde. La intención del joven sabio era residir en Noruega hasta el otoño, continuando allí los estudios que había emprendido el año anterior sobre las auroras boreales, observaciones tan especialmente interesantes para él y que había tenido apenas tiempo de empezar.

Esta residencia en Noruega fué la continuación del más dulce de los sueños. La rubia hija del Norte envolvía á su amigo en una aureola de seducción perpetua que quizás le hubieran hecho olvidar para siempre las atracciones de la ciencia, si aquella no hubiera tenido gusto personal insaciable

por el estudio. Las experiencias que el infatigable trabajador había emprendido sobre la electricidad atmosférica, le interesaban tanto como á él. La joven quiso también darse cuenta de la naturaleza de esas llamas misteriosas de la aurora boreal que palpitan por la noche en las alturas de la atmósfera; y como en el curso de sus trabajos deseaba Jorge intentar una ascensión en globo destinada á sorprender el fenómeno en su fuente misma, Icea manifestó deseos de acompañarlo. Él quiso disuadirla de su idea, pues estas cosas presentan á veces peligro; pero precisamente esto bastaba para que se negara á oír las súplicas de su bien amado. Después de vacilar mucho tiempo, Spero se resolvió á llevarla consigo, y preparó en la universidad de Cristiania una ascensión para la primera noche de aurora boreal.





LA AURORA BOREAL.

Las perturbaciones de la aguja imantada habían anunciado la proximidad de la aurora desde antes de la puesta del sol; cuando empezaban á llenar el globo con hidrógeno puro, se dejó ver efectivamente en el cielo, por la parte del Norte magnético, el color verde transparente que es siempre indicio cierto de este fenómeno meteorológico. Los preparativos quedaron terminados en unas cuantas

horas. En la atmósfera no se distinguía ninguna nube; la transparencia del aire era perfecta, y las estrellas centelleaban en la obscuridad profunda del cielo, que sólo atenuaba por la parte septentrional una luz suave que se elevaba en forma de arco por encima de un segmento obscuro, y lanzaba hacia las alturas de la atmósfera ligeros rayos rosados y verdosos, que parecían las palpitations de una vida ignorada. El padre de Iclea, que asistía á la operación, no tenía la menor idea del proyecto de su hija; mas en el último momento ésta entró en la barquilla como para visitarla. Spero hizo una señal, y el globo subió lenta y majestuosamente sobre la ciudad de Cristiania, que no tardó en aparecer toda entera, alumbrada por miles de luces, ante la vista de los viajeros, para ir luego empequeñeciéndose, á medida que se alejaba en la profundidad de la noche.

Seguía el aparato dirección oblicua; así fué que pronto perdió de vista las claridades de la ciudad, y se encontró sobre las obscuras campiñas. Al mismo tiempo habian cesado los ruidos de la capital, y el esquife aéreo se vió rodeado por profundo silencio, por el silencio de las alturas. Impresionada la joven por esta calma incomparable y principalmente por lo singular de su situación, se refugiaba en el seno de su temerario amigo. Subian rápidamente; la au-

ra parecía al contrario bajar, extendiéndose como un ondulado cortinaje de muaré dorado y de



púrpura, recorrido por estremecimientos eléctricos. Spero observaba sus instrumentos y tomaba las notas correspondientes á las alturas alcanzadas por

medio de una pequeña esfera de cristal donde había metido varios gusanos fosforescentes. El globo seguía su movimiento ascensional. ¡Qué alegría para el hombre de ciencia! Pronto, dentro de unos minutos, iba á cernerse en la cima de la aurora boreal, y á saber la altura de este fenómeno, que tantos físicos, y sobre todo sus amados maestros, los dos grandes psicólogos y filósofos, Ersted y Ampère, han querido en vano averiguar.

La emoción de Ielea se había calmado. — ¿Has tenido miedo?, le preguntó su amigo. El globo es bueno y no hay nada que temer. Todo está calculado. Dentro de una hora bajaremos, pues en tierra no hay ni siquiera sombra de viento.

— No, contestó ella mientras un resplandor celeste la iluminaba con transparente claridad rosada; pero esto es tan extraño, tan hermoso, tan divino! ¡Es tan grande, para mí tan pequeña! Hubo un momento en que temblé. Me parece que te amo más que nunca... »

Y echándole los brazos al cuello, le dió un beso apasionado, largo, inacabable.

El globo solitario vagaba silencioso en las alturas aéreas, como una esfera de gas transparente encerrada en delgadísima envoltura de seda; desde la barquilla era fácil distinguir sus zonas verticales, que iban á reunirse en el vértice, en el círculo de

la válvula, mientras que la parte inferior del aparato permanecía ampliamente abierto para que pudiera dilatarse el gas. La obscura claridad de las estrellas, como diría Corneille, hubiera bastado, aun sin la aurora, para permitir ver el conjunto del aéreo esquife. La barquilla suspendida de la red que envolvía la esfera de seda, estaba sujeta por medio de ocho cuerdas muy resistentes, tejidas en el mimbre de la barquilla, y que se cruzaban por debajo del fondo. El silencio era profundo, solemne y se hubieran podido oír los latidos de los corazones de los aeronautas. Los últimos ruidos de la tierra habían cesado, cerníanse á cinco mil metros de altura, con velocidad desconocida, pues el viento superior llevaba consigo al aparato sin que en la barquilla se sintiera la más ligera brisa, porque el globo se encuentra sumergido en el aire que anda, como una simple molécula relativamente inmóvil en la corriente que la arrastra. Nuestros viajeros, únicos habitantes de aquellas sublimes regiones, gozaban de la exquisita felicidad que los aeronautas conocen, una vez que han respirado ese aire vivo y ligero, dominado las regiones inferiores, olvidado en ese silencio de los espacios todas las vulgaridades de la vida terrestre; y esto más todavía porque al bienestar que de ahí resulta, agregaban su dicha interior y personal. Hablaban en voz baja, como si

hubiesen temido que los oyeran los ángeles y que se desvaneciese el encanto mágico que los mantenía suspendidos en las inmediaciones del cielo... Á veces llegaban hasta ellos unos resplandores súbitos, rayos de la aurora boreal, pero no tardaba en venir de nuevo la obscuridad, más profunda, más insondable cada vez.

Así iban vagando en sus celestes ensueños, cuando de pronto oyeron un ruido extraño, algo como un silbido sordo. Pusiéronse á escuchar, inclinados fuera de la barquilla, y se convencieron de que aquel rumor no venía de abajo. ¿Era acaso un murmullo eléctrico de la aurora boreal? ¿Era una tempestad magnética de las alturas? Desde el fondo del espacio llegaban relámpagos que los envolvían, desvaneciéndose luego...; ellos escuchaban ansiosos. El ruido procedía del aparato...; el gas se escapaba.

Fuera que la válvula se hubiese abierto por sí misma; fuera que ellos en sus movimientos hubieran tirado de la cuerda, el hecho era que el globo empezaba á vaciarse.

Spero notó en seguida la causa de aquel amenazador ruido; pero fué con espanto, pues no había medio de cerrar la válvula. Examinó el barómetro; éste empezaba á subir lentamente; el globo iba, pues, bajando. Y el descenso, lento pero inevitable al principio, debía ir aumentando en proporción



matemática. El joven sondeó con la vista el espacio

inferior, y observó que los destellos de la aurora boreal se reflejaban en el limpio espejo de un lago inmenso.

El globo bajaba velozmente, y ya no distaba del suelo sino tres mil metros. El desdichado aeronauta, tranquilo en apariencia, pero penetrado en realidad de la inminencia de la catástrofe, empezó á arrojar cuanto habia en la barquilla, dos sacos de lastre, las mantas, los instrumentos, el ancla, hasta no dejar nada; pero esto era insuficiente, y lo único que logró fué disminuir por un momento la velocidad adquirida. Bajando, ó mejor dicho, cayendo ahora con inaudita rapidez, el globo no tardó en llegar á unos cuantos centenares de metros sobre el nivel del lago. Un viento intenso empezó á soplar de abajo arriba y á silbar en sus oídos.

El aparato giró sobre sí mismo como si lo hubiese arrebatado una tromba. De pronto Spero sintió un abrazo violento, un prolongado beso en la boca. « Mi Dueño, mi Dios, mi Todo, te amo », exclamó Iclea. Y después, separando dos cuerdas, se precipitó en el vacío.

El globo, aligerado de su lastre, subió como una flecha: Spero se habia salvado.

La caída del cuerpo de Iclea en el agua profunda del lago causó un ruido sordo, extraño, espantoso, en medio del silencio de la noche. Loco de dolor y

de desesperación, con el pelo herizado sobre el cráneo, con los ojos desmesuradamente abiertos, elevado por el aparato á más de mil metros de altura, Jorge se colgó de la cuerda de la válvula, con la esperanza de caer en el mismo sitio de la catástrofe; mas la válvula no funcionó.

Hizo otras tentativas; pero todo sin resultado.

De pronto tropezó con el ligero velo perfumado de su adorada, que se habia trabado en la barquilla y que exhalaba aún el aroma embriagador de su hermosa compañera; entonces miró bien las cuerdas, hasta que creyó encontrar el rastro de sus pequeñas manos, y cogiéndose de los mismos puntos de donde antes lo hiciera Iclea, se lanzó en el espacio.

Uno de sus pies quedó preso en las cuerdas; pero Jorge tuvo la energía de sacarlo y cayó en el abismo dando vueltas.

Unos pescadores que habian asistido en su barco al fin del drama, se dirigieron á toda vela hacia el punto del lago donde cayó la joven, y lograron descubrirla y recogerla.

No estaba muerta; pero cuantos cuidados la prodigaron fueron inútiles para impedir que la atacara y la aniquilase la calentura.

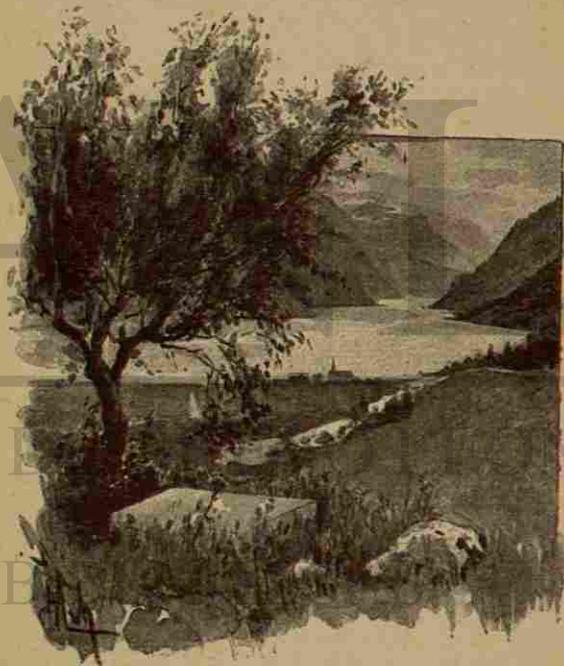
Los pescadores llegaron por la mañana á un pequeño puerto de las orillas del lago y la transpor-

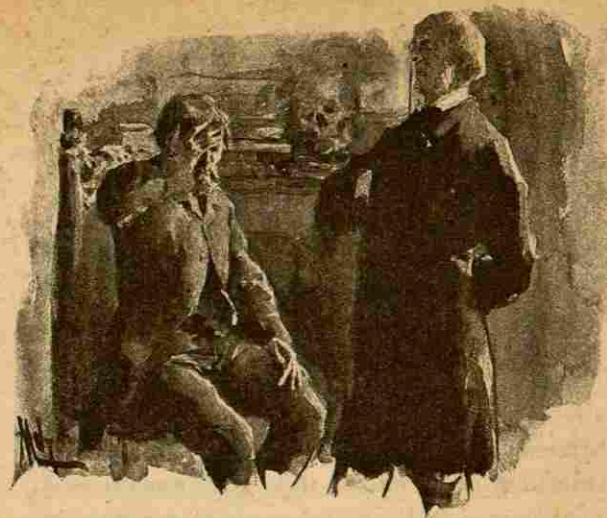
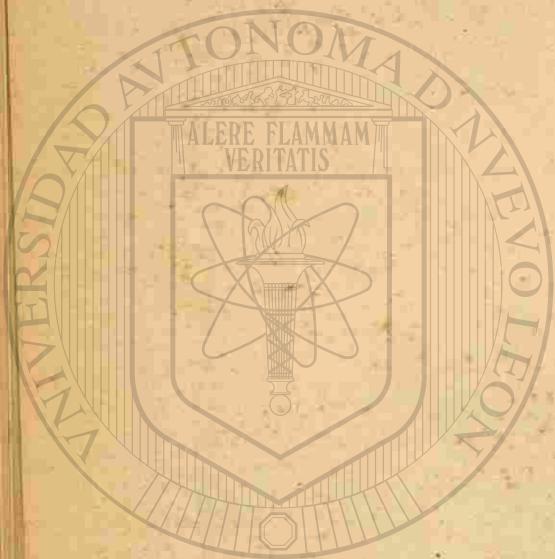
taron á su modesta choza, sin que hubiese podido recobrar el conocimiento. « ¡Jorge!, » exclamaba abriendo los ojos, « ¡Jorge! » y esto era todo. Al día siguiente, oyendo la campana del pueblo tocar á muerto, repitió: « ¡Jorge! ¡Jorge! » El cuerpo de Spero había sido descubierto en estado de masa informe, á cierta distancia de la ribera; su caída había empezado á mil metros de altura sobre el mismo lago; pero como el cuerpo conservaba la velocidad horizontal adquirida por el globo, no cayó verticalmente sino que bajó en dirección oblicua, á manera de piedra que llega del cielo, como si se hubiese deslizado á lo largo de un hilo que siguiera al aparato en su marcha, yendo á hundirse profundamente en el suelo, para rebotar luego, á un metro de distancia del primer punto; sus huesos estaban hechos trizas y el cerebro había salido por una abertura del cráneo.

Aun no habían acabado de cerrar su tumba, cuando fué preciso abrir otra al lado para Ielea, que murió repitiendo con voz apagada: « ¡Jorge! ¡Jorge! »

Una misma losa cubrió sus dos sepulcros, y la sombra del mismo sauce protegió su eterno sueño. Aun hoy, los ribereños del hermoso lago de Tyri-forden conservan en sus corazones el melancólico recuerdo de la catástrofe, que se ha hecho allí casi

legendaria, y nunca se indica al viajero la piedra sepulcral sin asociar á la memoria de los desventurados amantes el pesar de un dulce sueño desvanecido.





VI

EL PROGRESO ETERNO.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones y los años pasan rápidamente en nuestro planeta y probablemente también en los demás. La Tierra ha recorrido su órbita anual alrededor del Sol más de veinte veces desde el día en que el destino cerró de tan trágico modo el libro que mis dos amigos hojeaban hacia apenas un año; su dicha fué fugaz, la mañana de su vida se desvaneció como una aurora. Yo los había, no diré olvidado¹, pero á lo

1. Á veces hay coincidencias singulares. El día en que Spero efectuó la ascensión fatal, lo supe yo, gracias á la agitación extraordinaria de la aguja imantada, que anun-

menos sólo de tiempo en tiempo los recordaba, cuando no hace mucho, en una sesión de hipnotismo celebrada en Nancy, donde me detuve unos días al ir de excursión á los Vosgos, tuve ocasión de interrogar á un *médium* con ayuda del cual habian obtenido los sabios experimentadores de la Academia Stanislas, algunos de esos resultados verdaderamente extraordinarios de que ha hablado la prensa científica en los últimos años. No sé cómo sucedió que entre el *médium* y yo se entabló conversación sobre el planeta Marte.

Después de haberme descrito un país ribereño de un mar que los astrónomos llaman del Arenal, y una isla solitaria que se alza en medio de este océano; después de haberme pintado los paisajes pintorescos y la vegetación rojiza que cubren esas orillas, los acantilados que las olas azotan y las playas arenosas donde expiran, el *médium*, que tiene exquisita sensibilidad, se puso de pronto pálido y se llevó

ciaba en Paris, donde yo me habia quedado, la proximidad de la aurora esperada tan ansiosamente por mi amigo. Sábese, en efecto, que las auroras boreales se manifiestan á lo lejos, causando perturbaciones magnéticas. Pero lo que más me sorprendió, sin que nunca haya podido explicármelo, fué que á la hora misma de la catástrofe, senti malestar indelible, y después una especie de presentimiento de que le habia sucedido una desgracia. El telegrama que me anunció su muerte me cogió casi preparado.

la mano á la frente; sus ojos se cerraron, y se fruncieron sus cejas.

Parecía como si hubiese querido apoderarse de una idea fugitiva, que se obstinaba en desaparecer. « ¡Ved! », le dijo el Dr. B..., poniéndosele delante á manera de orden ineluctable. ¡Quiero que V. vea!

— Alli tiene V. unos amigos, me dijo.

— Esto no me sorprende, contesté riendo. Bastante he hecho por ellos.

— Dos amigos, añadió, que hablan de V. en este momento.

— Ea, ea, ¿gentes que me conocen?

— Si.

— ¿Y cómo?

— Han conocido á V. aquí.

— ¿Aquí?

— Si, en la Tierra.

— ¿Hace mucho tiempo?

— No lo sé.

— ¿Hace mucho que viven en Marte?

— No sé.

— ¿Son jóvenes?

— Si, dos enamorados que se adoran.

Entonces surgieron con gran vivacidad en mi pensamiento las encantadoras imágenes de mis tan llorados amigos. Pero apenas habia evocado este

recuerdo, cuando el *medium* exclamó con voz más firme que antes :

— Son ellos.

— ¿Cómo lo sabe V?

— Lo veo. Son las mismas almas. Los mismos colores.

— ¿Cómo los mismos colores?

— Sí, las almas son luz.

Poco después agregó :

— Sin embargo, hay una diferencia.

Quedóse silencioso, con la frente preocupada; pero no tardó su rostro en recobrar toda su calma y su serenidad, y entonces dijo :

— Él se ha convertido en ella, la mujer. Ella es ahora él, el hombre. Y se aman aún más que en otro tiempo.

No comprendiendo lo que acababa de decir, pareció buscar una explicación, y al efecto realizó penosísimos esfuerzos, á juzgar por la contracción de todos los músculos de su rostro. De este modo acabó por caer en una especie de catalepsia, de que no tardó en sacarlo el Dr. B... Pero el instante de lucidez había terminado y no volvió á presentarse.

Someto á la consideración de mis lectores estos hechos, tales como ocurrieron ante mi vista, y sin hacer comentario alguno. ¿Había el *medium* experimentado, cuando yo le interrogué, la influencia

de mi pensamiento, según la hipótesis admitida actualmente por muchos? ¿Ó será verdad que se había « desprendido » realmente de su forma material, para ver fuera de nuestro planeta? No me permitiré resolver. Quizás se sepa por la continuación de este relato.

Sin embargo, confesaré sinceramente que la resurrección de mi amigo y de su adorada compañera en ese mundo de Marte, morada próxima á la nuestra y tan parecida á la que nosotros habitamos, pero más antigua y probablemente más adelantada en la vía del progreso, puede parecer al pensador la continuación lógica y natural de sus existencias terrestres, tan rápidamente terminadas.

Es indudable que Spero estaba en lo cierto al declarar que la materia no es lo que indican sus apariencias, que éstas son engañosas, que lo real es lo invisible, que la fuerza animica es indestructible, que en lo absoluto, lo infinitamente grande es idéntico á lo infinitamente pequeño, que los espacios celestes no son infranqueables, y que las almas son las semillas de las humanidades planetarias. ¿Quién sabe si la filosofía del dinamismo no revelará un día la religión del porvenir á los apóstoles de la astronomía? ¿Acaso no lleva en su mano Urania la antorcha sin la cual todo problema es insoluble, sin la cual permanecería para nos-

otros la naturaleza en la más impenetrable obscuridad? El cielo debe explicar la tierra, lo infinito debe explicar el alma y sus facultades inmateriales.

Lo ignorado de hoy es la verdad de mañana.

Tal vez las páginas siguientes van á permitirnos presentir el lazo misterioso que une lo transitorio con lo eterno, lo visible con lo invisible, la tierra con el cielo.



TERCERA PARTE

Cielo y Tierra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros la naturaleza en la más impenetrable obscuridad? El cielo debe explicar la tierra, lo infinito debe explicar el alma y sus facultades inmateriales.

Lo ignorado de hoy es la verdad de mañana.

Tal vez las páginas siguientes van á permitirnos presentir el lazo misterioso que une lo transitorio con lo eterno, lo visible con lo invisible, la tierra con el cielo.

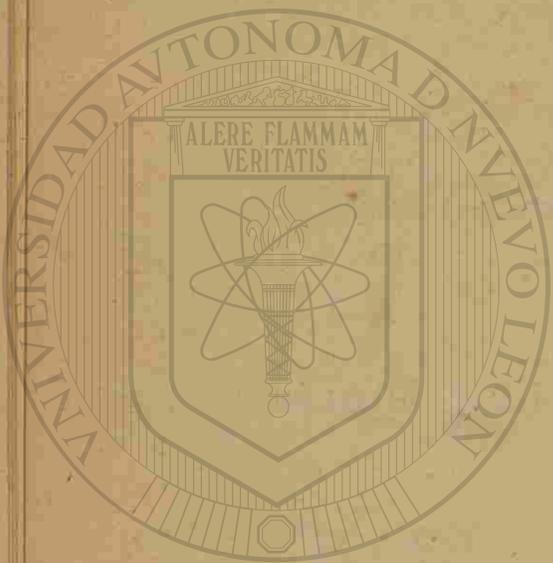


TERCERA PARTE

Cielo y Tierra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANI

I
TELEPATIA.

La sesión magnética de Nancy había dejado vivísima impresión en mi pensamiento. Con mucha frecuencia pensaba en mi amigo muerto, en sus investigaciones por los dominios inexplorados de la naturaleza y de la vida, en sus trabajos analíticos sinceros y originales sobre el misterioso problema de la inmortalidad. Pero ya no pensaba nunca en él sin asociarle la idea de una posible y nueva encarnación en el planeta Marte.

Esta idea me parecía atrevida, temeraria, y hasta, si se quiere, puramente imaginaria; pero no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

absurda. La distancia de la Tierra á Marte es igual á cero para la transmisión de la atracción; casi insignificante para la de la luz, puesto que unos cuantos minutos bastan á una onda luminosa para atravesar estos millones de leguas. Recordando el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo y la transmisión de la voluntad de un magnetizador á su paciente á través de una distancia de muchos kilómetros, preguntábame en ocasiones si de pronto no efectuaría la ciencia algún nuevo y maravilloso progreso que lanzara un puente celeste entre nuestro mundo y sus congéneres de lo infinito.

Las noches siguientes observé á Marte en el telescopio distraído siempre por mil ideas extrañas. Sin embargo, el planeta estaba admirable, según permaneció durante toda la primavera y todo el verano de 1888. En uno de sus continentes, la Libia, se habían efectuado grandes inundaciones, análogas á las observadas por los astrónomos en 1888 y otras distintas épocas. Observábase que su meteorología y su climatología no son análogas á las nuestras y que las aguas que cubren próximamente la mitad de la superficie del planeta están sometidas á movimientos singulares y á variaciones periódicas de que no puede dar ni la más ligera idea la geografía terrestre. Las nieves del polo boreal habían disminuido mucho, lo cual probaba que el verano ha-

bía sido muy cálido en aquel hemisferio, aunque ménos que en el austral. Por lo demás, durante la serie de nuestras observaciones había habido en Marte muy pocas nubes. Pero debo confesar, aunque parezca increíble, que lo más interesante para mí no eran estos hechos astronómicos, á pesar de su importancia y de las conjeturas que en ellos se fundan; sino lo que el magnetizado me había dicho de Jorge y de Iclea. Los fantásticos pensamientos que atravesaban mi cerebro me impedían hacer una observación verdaderamente científica. Preguntábame con tenacidad, si no podría existir comunicación entre dos seres que tan lejanos están uno de otro, y aun entre un muerto y un vivo, y siempre me contestaba á mí mismo que semejantes ideas eran anti-científicas é indignas de un espíritu positivo.

Sin embargo, ¿qué es, después de todo, lo que llamamos « ciencia »? ¿Qué hay en la naturaleza que no sea « científico »? ¿Hasta dónde alcanzan los límites del estudio positivo? ¿Tiene el esqueleto de un ave carácter más « científico » que su plumaje de luminosos colores y su canto de tonos tan sutiles? ¿Es más digno de atención el esqueleto de una mujer hermosa que su estructura carnal y su forma animada? ¿No es « científico » el análisis de las emociones del alma? ¿No es científico tratar de saber si el alma puede ver en reali-

dad desde lejos, y cómo? Y finalmente, ¿son lícitas la singular vanidad y las pretensiones infantiles



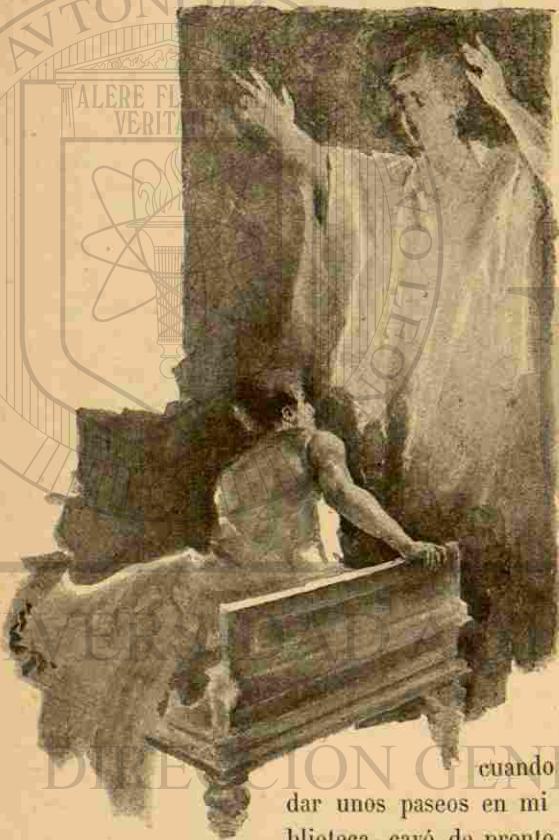
que nos llevan á pensar que la ciencia ha dicho su última palabra, que sabemos cuanto hay que saber,

y que nuestros cinco sentidos bastan para conocer la naturaleza del universo? ¿Porque conocemos, entre las fuerzas que actúan en torno nuestro, la atracción, el calor, la luz y la electricidad, cabe sostener que no existen otras fuerzas, que pasan desapercibidas para nosotros, porque no tenemos sentidos capaces de hacerse cargo de ellas? Lo absurdo no es aquella hipótesis, sino las pretensiones de los pedagogos y de los clásicos. Actualmente nos reímos de las ideas de los astrónomos, de los físicos, de los médicos, de los teólogos de hace tres siglos; ¿no harán lo mismo dentro de otros tres nuestros sucesores en las ciencias, al leer las afirmaciones de los que tienen hoy la pretensión de saberlo todo?

Los médicos á quienes comunicaba yo hace quince años los fenómenos magnéticos observados por mí en varias experiencias, negaban en tono convencido la realidad de los hechos de que les daba cuenta. No hace mucho encontré en el Instituto á uno de ellos: — Ah, exclamó con mucha agudeza, aquello era magnetismo; hoy se trata de hipnotismo y los observadores somos nosotros. La cosa cambia. »

Moraleja del cuento: No neguemos nada por obedecer á una idea preconcebida. Estudiemos, observemos; más adelante se tendrá la explicación.

En estas disposiciones de ánimo me hallaba yo,

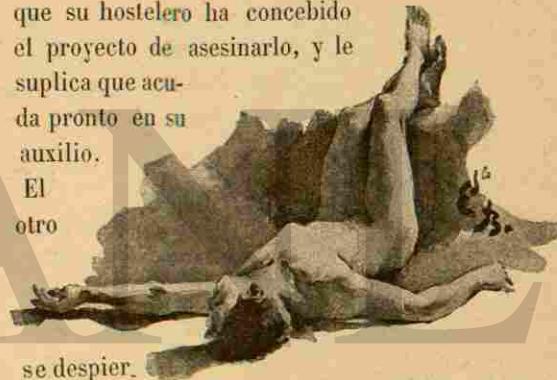


cuando al dar unos paseos en mi biblioteca, cayó de pronto mi mirada sobre una edición de Cicerón, que no había

hojeado desde mucho tiempo atrás. Tomé un volumen, lo abrí maquinalmente por donde primero me pareció, y lei en él lo siguiente :

« Dos amigos llegan á Megara y van á albergarse separadamente. Uno de ellos empieza apenas á dormir, cuando ve de pronto delante de sí á su compañero de viaje, quien le anuncia con tristeza que su hostelero ha concebido el proyecto de asesinarlo, y le suplica que acuda pronto en su auxilio.

El otro



se despier.

ta; pero convencido de que ha sido presa de una pesadilla, no tarda en volver á dormirse. Nueva aparición de su amigo, para rogarle que se dé prisa, porque los asesinos van á entrar en su cuarto. Esto le sobresalta; admírase de la persistencia de aquel sueño, y se dispone á levantarse para ir al cuarto de su compañero; mas el razonamiento y el cansancio acaban por triunfar y se acuesta otra vez. Entonces se le aparece finalmente su amigo,

pálido, desfigurado y cubierto de sangre. « Desdichado, le dice, no quisiste venir cuando te lo rogaba. Ya es tarde; ahora, vengame. Al salir el sol encontrarás en la puerta de la ciudad un carro lleno de estiércol: páralo y haz que lo descarguen; mi cuerpo estará oculto en él. Haz que me tributen los honores de la sepultura y persigue a mis asesinos.

» Una insistencia semejante, y tal cúmulo de detalles no permiten dudar; el amigo se levanta, corre a la puerta indicada, encuentra el carro, detiene al conductor, que se asusta, y no tarda en descubrir el cuerpo de su amigo. »

Este relato parecía venir expresamente en apoyo de mis opiniones sobre los aspectos desconocidos del problema científico. Es indudable que no faltan hipótesis para contestar al punto de interrogación. Puede decirse que los hechos no ocurrieron según los refiere Cicerón; que esta historia ha sido amplificada y exagerada; que dos amigos recién llegados a una ciudad extranjera pueden temer un accidente y que, preocupándose de la vida de un amigo, después de las fatigas de un viaje y en medio del silencio de la noche, se puede llegar a soñar que es víctima de un asesinato. En cuanto al episodio del carro, los viajeros pueden haber visto alguno en el patio del hostelero, y el principio de

la asociación de las ideas lo enlaza con el sueño. Si, es verdad, pueden imaginarse todas estas hipótesis para explicar el hecho; pero no pasarán de hipótesis. Admitir que entre el muerto y el vivo hubo realmente comunicación, es también una de las posibles.

¿Son acaso raros los hechos de esta índole? No lo parece. Recuerdo, entre otros, un relato que oí a un amigo ya entrado en años que yo tuve en mi juventud, Juan Best, que fundó en 1855 el *Magasin pittoresque* con mi eminente amigo Eduardo Chartón, y que falleció hace unos años. Era Best un hombre grave, frío, metódico (grabador tipógrafo muy entendido en su arte y administrador escrupuloso); cuantos lo conocieron saben que su temperamento no tenía nada, absolutamente



®

nada de nervioso, y que su espíritu no pagaba ningún tributo á los ensueños de la imaginación. Pues bien, lo que voy á contar le pasó á él mismo, cuando era muy niño, á la edad de cinco ó seis años.

La cosa ocurrió en Toul, su pais natal. Una hermosa noche, hallándose Juan acostado en su cama sin dormir, vió entrar á su madre en el cuarto, atravesarlo, y dirigirse al salón inmediato, donde su padre jugaba á la baraja con un amigo. Pues bien, entonces estaba su madre enferma en Pau. El chico se levantó en seguida de la cama, y corrió detrás de ella hasta el salón, donde la buscó en vano. Su padre le riñó con cierta impaciencia y lo mandó á acostarse, asegurándole que había soñado.

Entonces el niño, creyendo que esto era cierto, trató de volver á dormirse; pero como abriera los ojos unos cuantos minutos después, vió por segunda vez, de manera muy clara, á su madre que pasaba de nuevo á su lado, y entonces se precipitó á su encuentro para darle un beso. Mas, ella desapareció en seguida. Ya no quiso volver á acostarse y permaneció en el salón donde su padre estaba jugando.

El mismo día y á la misma hora moría su madre en Pau.

He oído contar esto á M. Best, que había conservado un imperecedero recuerdo de la escena.

¿Cómo explicar el hecho? Se dirá quizás que el niño, sabiendo la enfermedad de su madre, pensaba en ella con frecuencia, y que por casualidad tuvo una alucinación que coincidió con la muerte. Tal cosa es posible; pero también se puede pensar que entre ambos existía un lazo de simpatía, y que, en aquel momento solemne, el alma de la madre se puso realmente en comunicación con la del hijo. ¿Cómo? preguntarán. No lo sabemos; mas conviene recordar que lo ignorado es, respecto de lo conocido, lo que un océano respecto de una gota de agua.

¡Alucinaciones! esto se dice en seguida. ¡Cuántas obras de medicina se han escrito sobre semejante tema! Todo el mundo conoce el de Brierre de Boismont. Entre las innumerables observaciones que lo componen, citemos con este motivo las dos siguientes:

« Obs. 84. — Cuando el rey Jacobo estuvo en Inglaterra, en la época de la peste de Londres, hallándose un día en el campo en casa de sir Roberto Cotton, con el anciano Cambden, vió en sueños á su hijo mayor, todavía niño y que entonces vivía en Londres, con una cruz de sangre en la frente, como si lo hubiese herido una espada. Asustado por la aparición, se puso á rezar, y desde muy temprano se dirigió al cuarto de Cambden, al cual refirió el acontecimiento de la noche; éste tranquilizó al monarca, diciéndole que

había sido juguete de un sueño y que la cosa no tenía importancia ninguna. Mas el mismo día recibió el rey una carta de su esposa que le anunciaba el fallecimiento de su hijo, muerto de la peste. Cuando el niño se presentó ante su padre tenía la estatura y proporciones de un hombre ya formado.

» Obs. 87. — La señorita R..., dotada de excelente juicio, religiosa sin gazmoñería, vivía antes de casarse en casa de D..., su tío, médico famoso y miembro del Instituto. Su madre, que padecía una enfermedad grave, vivía en provincias. Esta joven señorita soñó una noche que veía á la autora de su existencia, pálida, desfigurada, á punto de exhalar el último suspiro, manifestando vivísima pena por no estar rodeada de sus hijos, uno de los cuales, que era cura, había emigrado á España, hallándose el otro en París. Pronto oyó que la llamaba repetidas veces por su nombre de pila. En el sueño vió á las personas que rodeaban á su madre salir al cuarto inmediato en busca de una nietecita que llevaba el mismo nombre; una señal de la enferma dió á entender que no era ésta la que deseaba ver, sino á su hija residente en París. Su rostro expresó el dolor que esta ausencia le causaba; de pronto se descompusieron sus facciones, presentando la palidez de la muerte y acabando la paciente por caer exánime sobre su lecho.

» Al día siguiente, la joven parecía muy triste, y su tío le rogó que le refiriese la causa de su pena; ella le contó con sus más mínimos detalles el sueño que la había atormentado. D..., al verla bien dispuesta, la abrazó tiernamente y le confesó que la noticia era cierta; su madre había muerto. Pero no entró en más explicaciones.

» Unos meses más tarde, la señorita R... quiso poner en orden los papeles de su tío, durante una ausencia de éste que, como otros muchos hombres de ciencia, no gustaba de que le arreglasen su escritorio; entre ellos encontró una carta en que se referían los últimos momentos de su madre. ¡Cuál no sería su sorpresa al leer todas las particularidades de su sueño! »

¡Alucinación, coincidencia fortuita! ¿Es acaso esta una explicación suficiente? En todo caso, no explica nada.

Multitud de ignorantes de toda edad y oficio, rentistas, comerciantes ó diputados, escépticos por temperamento ó por jactancia, declaran simplemente que no creen en todas esas historias, y que en ellas no hay nada verdadero. También ésta me parece una solución realmente seria. Los espíritus acostumbrados al estudio no pueden contentarse con una negativa tan ligera.

Un hecho es un hecho. No es posible no admi-

tirlo, aun cuando no quepa explicarlo en el estado actual de nuestros conocimientos.

Ciertamente, los anales de medicina atestiguan que hay realmente alucinaciones de más de un género, y que ciertas organizaciones nerviosas son víctimas de ellas. Pero de esto á deducir que todos los fenómenos psico-biológicos no explicados son alucinaciones, hay un abismo.

El espíritu científico de nuestro siglo trata con razón de separar todos estos hechos de las nieblas engañosas del supernaturalismo, puesto que no hay nada sobrenatural y que la naturaleza abarca todo en su infinito imperio. Hace algunos años se ha constituido en Inglaterra una sociedad científica especial, consagrada al estudio de estos fenómenos, la *Society for psychical Research*, al frente de la cual se encuentran algunos de los más ilustres sabios británicos; ya ha dado á luz importantes publicaciones. Estos fenómenos de visión á distancia han sido agrupados con el título general de *Telepatia* (τῆλε, lejos, πάθος, sensación). Los testimonios son comprobados con el mayor rigor; su variedad es grande. Hojeemos por un instante una de esas colecciones¹ y hablemos de algunos casos probados, perfecta y científicamente.

1. *Phantasms of the living*, por E. GURNEY y Fr. MYERS,

En el siguiente, ocurrido no ha mucho, el observador estaba completamente despierto, como ustedes y yo en este momento. Trátase de un tal Roberto Bee, habitante de Wigan (Inglaterra). Hé aquí esta singular revelación, escrita por el observador en persona.

« El 18 de Diciembre de 1875 mi mujer y yo fuimos á casa de su familia, en Southport, dejando á mis padres en perfecto estado de salud, según las apariencias. Al día siguiente por la tarde salimos á dar un paseo por las orillas del mar, cuando me encontré tan triste que me fué imposible interesarme en lo que veía, de modo que no tardamos en volvernos.

» De pronto manifestó mi mujer cierto sentimiento de disgusto y me dijo que iba al cuarto de su madre por unos minutos. Un instante después me levanté yo á mi vez del sillón y pasé á la sala.

» Entonces vi salir de la alcoba vecina, vestida como para ir de paseo, una señora que llegó hasta cerca de mí. No me fijé en sus facciones, porque no miraba á donde estaba yo; sin embargo, le dirigí la palabra saludándola; pero no recuerdo lo que le dije.

profesores en la Universidad de Cambridge, y FRANK PODMORE, Londres, 1886. La *Society for Psychical Research* tiene por presidente al profesor Balfour Stewart, de la Sociedad Real de Londres.

» En el mismo momento, y mientras esto sucedía, volvió mi mujer del cuarto de su madre, pasando precisamente por el punto donde estaba aquella señora, sin fijarse al parecer en ella. En seguida dije con vivo sentimiento de sorpresa : — ¿Quién es esa señora á cuyo lado acabas de pasar? — ¡Pero si no he encontrado á nadie! — ¡Cómo! repliqué, ¿no acabas de ver ahora mismo una señora que acaba de pasar por ahí, por donde mismo estás tú, que sin duda sale de casa de tu madre y que ahora debe encontrarse en el vestíbulo?

— Imposible, contestó mi esposa; en casa no hay más mujeres que mi madre y yo en este momento.

» En efecto, ninguna extraña había venido y por más que buscamos inmediatamente, no encontramos á nadie.

» Entonces eran las ocho menos diez. Al día siguiente por la mañana nos anunciaba un telegrama la muerte repentina de mi madre á la misma hora, por efecto de una enfermedad del corazón. Al ocurrir su muerte, se hallaba en la calle, vestida exactamente como la desconocida que acababa de pasar delante de mí.»

Tal es el relato del observador. La comprobación efectuada por la sociedad de las investigaciones psíquicas ha demostrado su absoluta autenticidad y la concordancia de los testimonios. Este es un

hecho tan positivo como una observación meteorológica, astronómica, física ó química. ¿Cómo explicarlo? Una coincidencia, se dirá; pero ¿puede quedar satisfecha con tal contestación una crítica realmente científica?

Otro caso más :

Federico Wingfield, habitante de Belle-Isle en Terre (Francia, depart. de las Costas del Norte) escribe que habiéndose acostado el 25 de Marzo de 1880 bastante tarde, después de haber leído parte de la velada, soñó que su hermano, que vivía en el condado inglés de Essex, se encontraba junto á él; pero que en vez de contestar á una pregunta que le hizo, sacudió la cabeza, se levantó de su silla y se marchó. La impresión había sido tan viva que el narrador se lanzó medio dormido fuera de la cama, despertándose cuando ponía los pies en el suelo y llamando á su hermano. Tres días después, recibía la noticia de que éste acababa de morir de resultas de una caída de caballo, el mismo 25 de Marzo de 1880 á las 8 y media de la noche, pocas horas antes del sueño que acaba de ser referido.

Una información demostró que la fecha de esa muerte era exacta y que el autor del relato había escrito su sueño en una agenda al ocurrir el suceso y no después.

Un caso aún :

« S... y L... , empleados ambos en una administración, estaban desde hacia ocho años en íntimas relaciones de amistad. El lunes 19 de Marzo de 1885, al ir L... á su oficina, se sintió indigesto y entró en casa de un boticario, que le dió una medicina. El jueves siguiente continuaba malo y el sábado no había vuelto aún á su trabajo.

» El sábado 24 por la noche, S... se encontraba en su casa con dolor de cabeza; quejóse á su mujer de tener demasiado calor, cosa que no le había pasado en dos meses, y se acostó. Un minuto después vió delante de sí á L..., en pie, vestido como de costumbre. S... se fijó en varios detalles: el sombrero de su amigo ostentaba un crespón negro, su gabán estaba abierto, y en la mano llevaba un bastón. L... miró fijamente á S..., y siguió andando.

» Entonces S... recordó aquella frase del libro de Job :

« Un espíritu pasó delante de mi rostro y mis carnes se erizaron. » En este momento sintió en todo el cuerpo un escalofrío y el cabello se le puso de punta. Preguntó á su mujer qué hora era, y ella contestó : « Las nueve menos doce. » Él agregó : « Si te lo pregunto es porque L... ha muerto; acabo de verlo. » Su esposa procuró tranquilizarlo, asegurándole que veía visiones; pero él persistió en su dicho y sostuvo del modo más formal que

ningún razonamiento podría hacerle mudar de parecer. »

Tal es el relato de S..., que no tuvo noticia de la muerte de su amigo L... hasta el día siguiente á las tres de la tarde.

En efecto, L... había muerto el sábado por la noche, á eso de las nueve menos diez minutos.

Este hecho se parece mucho al que ocurrió en el momento de morir el cardenal de Lorena. Refiérela Agrippa de Aubigné :

« Hallándose el rey en Aviñón, el 25 de Diciembre de 1574, murió allí Carlos, cardenal de Lorena. La reina (Catalina de Médicis) quiso acostarse ese día más temprano que de costumbre; hacíanle sociedad varias personas notables, como el rey de Navarra, el arzobispo de Lyon, las señoras de Retz, de Lignerolles, de Saunes y otras, dos de las cuales han confirmado este relato. Cuando Catalina se apresuraba á dar las buenas noches, se detuvo de pronto y arrojándose á la cabecera de su cama, se puso las manos delante del rostro y lanzó un agudo grito pidiendo socorro y llamando á todos para que viesan al pie de la cama al cardenal de Lorena que le tendía la mano. La reina exclamó varias veces : « Señor Cardenal, no tengo nada que ver con V. » El rey de Navarra mandó al mismo tiempo á casa del cardenal uno de sus gentiles hombres, que vol-

vió al poco rato para anunciar la muerte del prelado. »

En su libro sobre « la humanidad póstuma », que vió la luz en 1882, Adolfo de Assier responde del hecho siguiente, que una señora de Saint-



Gaudens le había contado, como sucedido á ella misma.

« Era yo todavía soltera, me dijo, y dormía con mi hermana mayor. Una noche acabábamos de acostarnos y de apagar la luz, dejando el cuarto alumbrado sólo por los últimos resplandores de la

chimenea, cuando al volver la vista hacia ésta vi con gran sorpresa que junto á ella estaba sentado un cura, en actitud de calentarse las manos. Su



estatura, su aspecto general y sus facciones eran los de uno de nuestros tíos, arcipreste que vivía en las inmediaciones. Llamé á mi hermana, dijele lo que ocurría, y ella vió lo mismo que yo, reconociendo

también á nuestro tío. Entonces se apoderó de nosotras indecible espanto y gritamos cuanto pudimos pidiendo socorro. Mi padre, que dormía en un cuarto inmediato acudió inmediatamente con una vela en la mano. El fantasma había desaparecido y ya no veíamos á nadie en la alcoba. Al día siguiente supimos por una carta que nuestro tío el arcipreste había muerto en la misma noche. »

Otro hecho más, contado igualmente por el mismo discípulo de Augusto Comte y anotado en sus libros durante una estancia en Río Janeiro.

« Era en 1858; aún se hablaba en la colonia francesa de la capital brasileña, de una aparición singular ocurrida años antes. Una familia alsaciana compuesta del marido, de la mujer y de una niña de muy escasa edad todavía, hacían vela para ir á reunirse con otros compatriotas suyos allí establecidos. La travesía fué larga, la mujer enfermó y, fuera por falta de cuidados ó por mala alimentación, sucumbió antes de llegar. El día de su muerte tuvo un síncope que le duró largo rato y cuando recobró el sentido, dijo á su esposo que estaba junto á ella: « Muero contenta, pues estoy tranquila respecto del porvenir de nuestra niña. Vengo de Río Janeiro, donde he encontrado la calle y la casa de nuestro amigo Fritz, el carpintero. Estaba en el umbral de la puerta y le presenté la

chica; estoy segura de que la conocerá cuando lleguéis y que será bueno para ella. El marido oyó con sorpresa este relato, sin darle importancia. El mismo día y á la misma hora, Fritz el carpintero, el alsaciano de que acabo de hablar, se encontraba en el umbral de su puerta en Río Janeiro, cuando le pareció ver pasar por la calle á una de sus compatriotas con una niña en los brazos. La transeunte lo miraba con aire de súplica, y parecía presentarle la criatura. Su cara le recordó, á pesar de lo flaca que estaba, la de Latta, mujer de su amigo y compatriota Schmidt. La expresión de la mujer, lo extraño de su modo de andar, que más parecía de una visión que de un ser vivo, impresionaron mucho á Fritz. Queriendo cerciorarse de que no era víctima de una ilusión, llamó á uno de sus obreros que trabajaba en la tienda, y que era no sólo alsaciano como él, sino del mismo pueblo.

— Mira, le dijo, ¿no ves una mujer que pasa por la calle con una niña en brazos? ¿No se diría que es Latta, la mujer de nuestro paisano Schmidt?

— No sé, contestó el otro; no la distingo bien.

Fritz no habló más del asunto; pero las diversas circunstancias de esta aparición real ó imaginaria se grabaron vivamente en su espíritu, sobre todo, el día y la hora. Poco después vió llegar á su paisano Schmidt con una niña en brazos. Entonces re-

cordó la visita de Latta, y antes de que su amigo abriese la boca, le dijo :

— Pobre amigo mio; sé todo. Tu mujer ha muerto durante la travesía, y antes de morir vino á presentarme su hijita para que yo cuide de ella. Hé aquí el día y la hora. »

Estos eran, en efecto, los apuntados por Schmidt á bordo del barco.

En el libro que Gougenot des Mousseaux publicó en 1864 sobre los altos fenómenos de la Magia, se relata el hecho siguiente, que dicho autor presenta como absolutamente auténtico.

Sir Roberto Bruce, de la ilustre familia escocesa de este nombre, era segundo de un barco; un día en que navegaban cerca de Terranova, púsose á hacer unos cálculos, y le pareció ver á su capitán en la mesa principal; pero al fijarse, notó que era una persona desconocida cuya mirada inmóvil le extrañó. Sube á cubierta y ve al capitán; éste nota su asombro y le pregunta qué ocurre.

— ¿Quién está sentado en su mesa? dice Bruce.

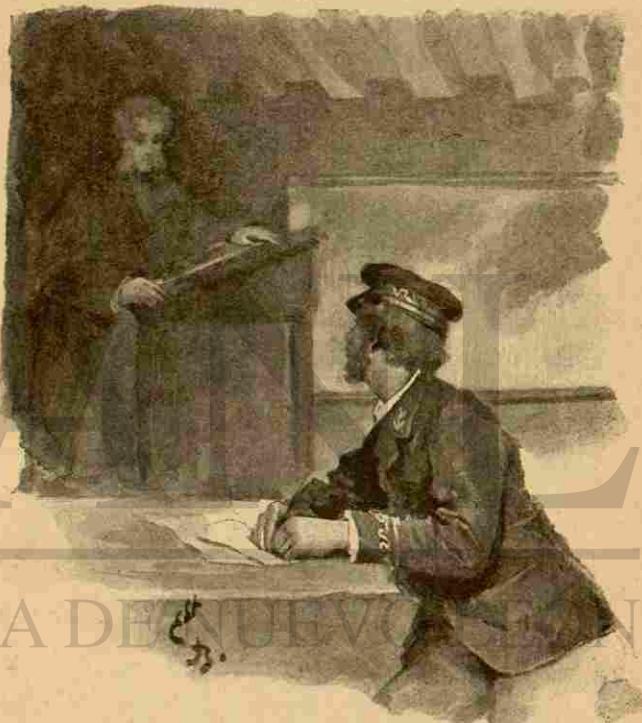
— Nadie.

— ¿Cómo nadie? Hay una persona cuya cara no conozco... ¿Y cómo puede ser?

— Vd. sueña... ó bromea.

— No señor; tenga V. la bondad de bajar á su cámara y lo verá. »

Bajan; pero no encuentran á nadie. Registran to-



do el barco, sin descubrir ningún rostro desconocido.

— Sin embargo, añade Bruce, el que yo vi escribía en su pizarra.

Cogen la pizarra y leen estas palabras: « Steer to the north-west », es decir: « Gobernad al noroeste. »

— Pero esta letra es de V. ó de alguien de á bordo.

— No señor. »

Todo el mundo escribe la misma frase; pero la letra de la pizarra no se parece á la de ninguno de los marinos.

— Pues bien, dijo al fin el capitán; obedezcamos al sentido de esta frase; el viento es bueno y lo permite; gobiérnese al noroeste. »

Tres horas después señalaba el vigía una montaña de hielo y veía junto á ella un buque de Quebec, desarbolado y cubierto de gente, que se dirigía á Liverpool. Las chalupas de Bruce recogieron á los naufragos.

En el momento en que uno de éstos subía al barco salvador, Bruce se estremeció y retrocedió, vivamente conmovido.

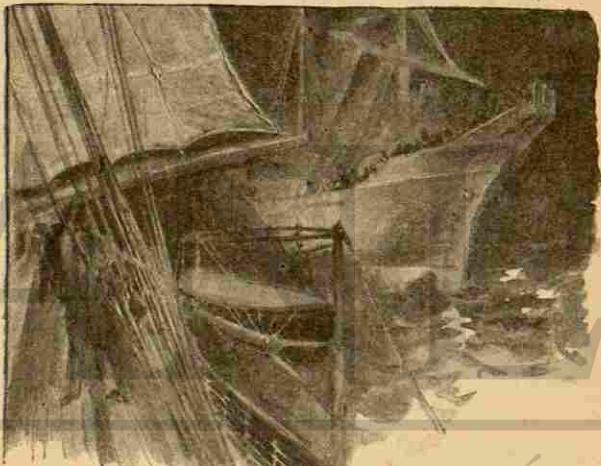
Acababa de reconocer al forastero que había visto escribiendo en la pizarra, y lo contó así á su capitán.

— Haga V. el favor de escribir: « Steer to the north-west » en esta pizarra, dijo el capitán al re-

cién llegado, presentándole la cara donde no había nada.

El naufrago hizo lo que le pedían.

— ¿Esta es su letra de costumbre?, preguntó el marino, sorprendido por lo análogo de la forma.



— ¡Ya lo creo! ¿No me ha visto V. escribir?

El capitán entonces volvió la pizarra, y el forastero quedó atónito al conocer su letra.

— ¿Ha sonado V. que escribía en esta pizarra?, preguntó á su pasajero el comandante del buque naufrago.

— No conservo recuerdo ninguno de ello.

— ¿Qué hacía á las doce de la mañana este pasajero? preguntó á su colega el capitán salvador.

— Durmióse profundamente, declarando que estaba muy cansado, y si mal no recuerdo, fué poco antes de las doce. Una hora después apenas, se despertó y me dijo: « Capitán, hoy mismo seremos socorridos. He soñado que estaba á bordo de un barco y que venía en ayuda nuestra. » Después me describió el barco y su arboladura y mi sorpresa fué grande al divisarlos á Vds. y ver que la pintura era exacta.

Finalmente, el pasajero dijo á su vez: « Lo más raro es que cuanto veo me parece conocido, y que sin embargo, no he estado aquí nunca. »

El barón Dupotel refiere por otra parte, en su curso de « Magnetismo animal », el hecho siguiente, que hizo público en 1814 el célebre Lung Stilling, quien lo había oído de labios del mismo observador, barón de Sulza, chambelán del rey de Suecia.

Una noche de verano volvía á su casa á las doce, hora que en dicha estación del año es bastante clara en Suecia para permitir la lectura de la más pequeña letra de imprenta, cuando « al llegar, dice, vi á mi padre, que salía á mi encuentro hasta la entrada del parque. Estaba vestido como de costum-

bre y llevaba en la mano un bastón esculpido por mi hermano. Saludélo y hablamos juntos largo rato, llegando así hasta la casa y la entrada de su dormitorio. Al penetrar en éste, vi á mi padre metido en la cama y, en el mismo momento, se desvaneció la visión. Poco después se despertó mi padre y me miró como si hubiese querido interrogarme. « Mi querido Edmundo, me dijo; que Dios sea loado por traerte aquí sano y salvo, pues he tenido un sueño muy penoso por causa tuya; me pareció que habías caído al agua y que estabas en peligro de muerte. » Pues bien, añadió el barón, ese día había ido yo á pescar cangrejos en el río con uno de mis amigos, y estuve á punto de ser llevado por la corriente. Entonces referí á mi padre que había visto su imagen á la entrada de la finca, y que habíamos hablado largo rato. Él me contestó que con frecuencia ocurrían cosas análogas. »

En estos diversos relatos hay apariciones espontáneas y apariciones provocadas, digámoslo así, por el deseo ó la voluntad. ¿Puede ir hasta ese punto la sugestión mental? Los autores del libro *Phantasms of the Living*, del cual hemos hablado antes, contestan afirmativamente con siete ejemplos bien comprobados; citaré uno más para edificación de mis lectores. Hèlo aquí:

« El Rev. G. Godfrey, habitante de Eastbourne,

en el cantón de Sussex, había leído un relato de aparición premeditada, y esto lo impresionó tanto.



que resolvió comprobarlo, haciendo á su vez un ensayo. El 15 de noviembre de 1886, á

eso de las once de la noche, dirigió toda la fuerza de imaginación y de voluntad de que era capaz sobre la idea de aparecerse á una señora amiga suya, manteniéndose en pie junto á su cama. El esfuerzo duró unos ocho minutos, después de lo cual Godfrey se sintió cansado y se durmió. Al día siguiente, la señora que había sido objeto de la experiencia fué espontáneamente á referir á Godfrey lo que había visto. Invitada á anotar por escrito este recuerdo, lo hizo en los términos siguientes : « La noche última me desperté sobresaltada, creyendo que alguien había entrado en mi cuarto. También oí ruido, pero supuse que serían los pájaros en la pajarera situada junto á la parte exterior de la ventana. Después sentí como una inquietud y un vago deseo de salir del cuarto y de pasar al piso bajo de la casa. Este sentimiento llegó á ser tan intenso, que acabé por levantarme; encendí una bujía, y bajé con intento de tomar algo para calmarme. Al volver á mi cuarto, vi á Godfrey, en pie, debajo de la ventana que da luz á la escalera. Estaba vestido como de costumbre y tenía la expresión que he notado en él cuando mira atentamente algo. Permanecía inmóvil, mientras yo, con la luz levantada, lo miraba en extremo sorprendida. Esto duró tres ó cuatro segundos, pasados los cuales seguí subiendo : Godfrey desapareció. Yo no

tenía miedo, pero mi agitación era grande y no pude volverme á dormir. »

Godfrey pensó con mucho tino que su experimento adquiriría más importancia en el caso de repetirse. La segunda tentativa fracasó, pero la tercera salió bien. Ya se supondrá que la persona sobre



quien operaba no tenía más noticias de su intento que la primera vez. « Anoche, martes 7 de diciembre, escribía, me acosté á las diez y media, no tardando en dormirme. Mas, de pronto, oí una voz que exclamaba : « Despiértese V. », y sentí una mano que caía sobre la parte izquierda de mi cabeza. (Esta vez, la intención de Godfrey había sido hacer sentir su presencia por la voz y el tacto). Inmedia-

tamente me desperté; en el cuarto había un sonido curioso, análogo al de un birimbao. Al mismo tiempo sentí como un hálito frío que me envolvió; mi corazón empezó á latir violentamente, y distinguí muy bien una figura inclinada sobre mi. La única luz que alumbraba el cuarto procedía de una lámpara situada fuera de ella, y formaba una larga raya luminosa en la pared, por encima del tocador; la figura oscurecía de manera muy perceptible esta raya. Volvíme rápidamente, y la mano pareció caer entonces de mi cabeza en la almohada. La figura se inclinaba sobre mi, apoyándose contra uno de los lados de la cama. Yo distinguía el brazo descansando sobre la almohada, y las facciones del rostro, aunque envueltas en una especie de neblina. Entonces eran próximamente las doce y media. La figura había separado un tanto las cortinas, pero esta mañana las encontré cerradas como de costumbre. No abrigo duda de que la figura era la de Godfrey, que conocí en la forma de los hombros y del rostro. Durante todo el tiempo, que permaneció allí, pasaba á través de todo el cuarto una corriente de aire frío, como si hubiesen estado abiertas las dos ventanas. »

Todos estos son hechos.

Sería temerario querer explicarlos en el estado actual de nuestros conocimientos. Nuestra psicología

gia no está bastante adelantada; pero hay cosas que tenemos que admitir sin poder explicarlas en manera alguna; negar lo que no se comprende sería pura demencia. ¿Se explicaba acaso mil años atrás el sistema del mundo? Aun hoy, ¿explicamos la atracción? Pero la ciencia marcha, y su progreso no tendrá límites.

¿Conocemos por ventura todo el alcance de las facultades humanas? El pensador no puede dudar un instante de que todavía existen en la naturaleza fuerzas que nos son desconocidas, como lo era por ejemplo la electricidad hace un siglo, ni que hay en el universo otros seres, dotados de otros sentidos y de otras facultades que las nuestras. ¿Pero acaso se conoce de manera completa al hombre terrestre? No lo parece.

Hay hechos cuya realidad tenemos que admitir sin poder explicarlos en modo alguno.

La vida de Swedenborg presenta tres de esta índole. Dejemos ahora á un lado sus visiones planetarias y siderales, que parecen más subjetivas que objetivas; notemos, sin embargo de paso, que Swedenborg era un sabio de primer orden en geología, en mineralogía y cristalografía, miembro de las academias de ciencias de Upsal, de Stockholmo y San Petersburgo, y contentémonos con recordar los acontecimientos siguientes :

Al volver este filósofo de un viaje á Inglaterra, el 19 de julio de 1759, desembarcó en Gottenburgo y fué á comer en casa de un amigo suyo, Guillermo



Costel, donde había bastante gente. « Por la tarde á las seis, Swedenborg, que había salido, volvió al salón, pálido y consternado, diciendo que en aquel mismo momento acababa de estallar un incendio

en Stockholmo, en el Sudermoln, y en la misma calle donde él vivía, agregando que el fuego amenazaba su casa. Poco después salió otra vez y al entrar de nuevo se lamentó de que había sido destruida la casa de uno de sus amigos, y de que la suya propia corría el mayor peligro. Á las ocho efectuó otra salida y volvió más contento, exclamando: « Gracias á Dios, el incendio ha terminado tres puertas antes de la mía. »

La noticia circuló por la ciudad, causando tanto mayor sobresalto cuanto que el gobernador se mostraba inquieto, y que muchos se preocupaban de la suerte de sus bienes ó de sus amigos... Dos días después llegó el correo real con detalles del suceso: entre éstos y los de Swedenborg no había ninguna diferencia; el incendio quedó terminado á las ocho de la noche.

Este relato fué escrito por el ilustre Manuel Kant, que quiso tomar informes sobre la exactitud del hecho y que, después de narrarlo, agrega: « ¿Qué cabe alegar contra la autenticidad de este suceso? »

Pues bien, Gottenburgo se halla á doscientos kilómetros de Stockholmo.

Swedenborg tenía entonces setenta y dos años.

Hé aquí el segundo hecho:

En 1761, la señora de Marteville, viuda de un

ministro holandés en Suecia recibe la reclamación de un acreedor de su marido, que pide veinticinco mil florines, esto es, unos diez mil pesos; la viuda sabía que su marido había pagado esa suma; por otra parte, no le era dado abonarla de nuevo sin arruinarse. Y no podía encontrar el recibo.



Entonces va á referir sus cuñitas á Swedenborg, y ocho días después ve en sueños á su marido, que le indica el sitio donde está el recibo, con un alfiler para el pelo adornado con veinte diamantes, que ella creía también perdido. Eran las dos de la mañana. Llena de alegría, se levanta, y encuentra los

objetos en el punto indicado. Habiéndose vuelto á acostar, duerme hasta las nueve; á las once le anuncian la visita de Swedenborg. Y antes de enterarse de lo ocurrido, el sabio refiere que la noche anterior había visto el espíritu de De Marteville, el cual le manifestó que iba á dar con su mujer. »

He aquí el tercer hecho:

Hallándose Swdenborg en Londres, en el mes de Febrero de 1772, escribió al reverendo Juan Wesley (fundador de la comunión de los Wesleyanos) para decirle que tendría mucho gusto en conocerlo. El ardiente predicador recibió esta misiva cuando se disponía á partir para una misión, y contestó que aprovecharía este amable permiso para hacerle una visita, al volver de su viaje, que debía durar unos seis meses. Swedenborg replicó: « que en tal caso, no se verían en este mundo, puesto que él debía morir el 29 de Marzo siguiente. »

Y en efecto, Sewdenborg murió en la fecha por él indicada más de un mes antes.

He ahí tres hechos cuya autenticidad no se puede negar, pero que nadie podría explicar en el estado actual de nuestros conocimientos.

Podríamos multiplicar indefinidamente estos relatos *auténticos*. Los hechos análogos á los referidos antes, comunicaciones á distancia, sea en el momento de la muerte, sea en el estado normal de

la vida, no son tan raros — sin por esto abundar demasiado — que nuestros lectores no tengan conocimiento de alguno, ya por haberlo oído contar, ya por haberlo observado personalmente en más de una circunstancia. Por lo demás, los experimentos realizados en los dominios del magnetismo testifican igualmente que en determinados casos psicológicos, un experimentador puede actuar sobre su paciente á distancia, no sólo á unos cuantos metros, sino á varios kilómetros y hasta más de ciento, según la lucidez del *medium*, y probablemente según la intensidad de la voluntad del magnetizador. Además, el espacio no es lo que nosotros creemos. La distancia de Paris á Londres, grande para un andarín, y hasta infranqueable cuando no había barcos, es nula para la electricidad. La de la Tierra á la Luna es enorme dados nuestros medios actuales de transporte; pero es cero para la atracción. En rigor, si nos colocamos en un punto de vista absoluto, el espacio que nos separa de Sirio no es una parte mayor de lo infinito que la distancia de Paris á Versalles, ó que de nuestro ojo derecho al izquierdo. ®

Hay más todavía: la separación que nos parece existir entre la Tierra y la Luna, ó entre la Tierra

Marte, y aun entre la Tierra y Sirio, no es sino una ilusión que se debe á lo insuficiente de

nuestras percepciones. La Luna actúa constantemente sobre la Tierra y la perturba sin cesar. La atracción de Marte es también sensible para nuestro planeta, y nosotros á nuestra vez modificamos la órbita de Marte al experimentar la influencia de la Luna. Hasta actuamos sobre el Sol, y lo hacemos moverse, como si lo tocáramos. En virtud de la atracción hace la Luna que la Tierra gire mensualmente alrededor de su centro común de gravedad, punto que se mueve á 1 700 kilómetros por debajo de la superficie del globo; la Tierra hace que el Sol gire anualmente en torno de ese centro común de gravedad, situado á 456 kilómetros del centro solar; todos los mundos actúan perpetuamente unos sobre otros, de manera que entre ellos no hay aislamiento ni separación real. El espacio es más bien un lazo de comunicación que no un hueco que separa los astros unos de otros. Pues bien, si la atracción establece de este modo una comunicación real, perpetua, activa é indiscutible, probada por la precisión de las observaciones astronómicas, entre la Tierra y sus hermanas de la inmensidad, no se ve con qué derecho podrían declarar supuestos positivistas que no hay comunicación posible entre dos seres que se encuentren más ó menos alejados uno de otro ya sea en la Tierra, ya en dos mundos distintos.

¿No pueden ser agitados por la misma fuerza psíquica dos cerebros que vibran al unísono á varios kilómetros de distancia? ¿No puede la emoción que sale de un cerebro ir á través del éter, como la atracción, á chocar con otro cerebro que vibra á una distancia cualquiera, del modo que un sonido va á hacer vibrar las cuerdas de un piano ó de un violín á través de un cuarto? No olvidemos que nuestros cerebros están compuestos de moléculas que no se tocan, y que se encuentran en perpetua vibración.

¿Y por qué hablar de cerebros? ¿No pueden el pensamiento, la voluntad, la fuerza psíquica, sea cual fuere su naturaleza, ir á ejercer una acción á distancia sobre un ser que le está unido, mediante los lazos simpáticos é indisolubles del parentesco individual? ¿No se transmiten por ventura súbitamente á un corazón las palpaciones de otro que con él vibra al unísono?

¿Debemos admitir que, en los casos de aparición apuntados antes el espíritu del muerto ha tomado realmente forma corporal junto al observador? Esta hipótesis no parece necesaria la mayor parte de las veces. En nuestros sueños creemos ver personas que no están delante de nuestra vista, y eso con los ojos cerrados. Vémoslas perfectamente, tan bien como en pleno día; les hablamos, las oímos y

conversamos con ellas. No cabe negar que los que las ven no son nuestra retina y nuestro nervio óptico, como no son nuestros oídos los que las oyen. Las únicas que ahí funcionan son nuestras células cerebrales.

Ciertas apariciones pueden ser objetivas, exteriores, substanciales; otras subjetivas; en este caso, el ser que se manifiesta parece actuar á distancia sobre el ser que ve, y este influjo sobre su cerebro debe determinar la visión interna, que parece exterior, como en los sueños; pero que también puede ser puramente subjetiva é interior.

Así como un pensamiento, un recuerdo, evocan en nuestro ánimo una imagen que puede ser muy evidente y muy viva, así un ser que actúa sobre otro puede hacer que surja en éste una imagen que le cause por un instante la ilusión de la realidad. Hoy se obtienen experimentalmente estos hechos en los estudios de hipnotismo y de sugestión, estudios que no hacen sino empezar y que sin embargo, suministran ya resultados dignos de la mayor atención, tanto en el orden psicológico como en el fisiológico. Lo que hay no es que la retina sea herida por una realidad efectiva, sino que las capas ópticas del cerebro son excitadas por una fuerza psíquica. La impresión se ejerce directamente sobre el ser mental. ¿Cómo? No lo sabemos.

Tales son las inducciones más racionales que parecen deber deducirse de los fenómenos que acaban de preocuparnos, fenómenos no explicados todavía, pero muy antiguos, pues la historia de todos los pueblos ha conservado, desde la más remota antigüedad, multitud de ejemplos que sería difícil negar ú olvidar.

Mas, nos dirán: ¿Cómo podemos admitir, en nuestro siglo de método experimental y ciencia positiva, que un moribundo y aun un muerto, puedan ponerse en comunicación con los vivos?

¿Qué es un muerto?

Cada segundo parece un ser humano en todo el globo terrestre, ó lo que es lo mismo, 86.400 al día, 51 millones al año ó más de tres mil millones por siglo. En diez siglos han sido entregados á la tierra 50 mil millones de cadáveres, y devueltos á la circulación general bajo la forma de productos diversos, agua, gas, vapores, etc. Teniendo en cuenta la disminución de la población humana á medida que ascendemos en las edades históricas, hallamos que, en diez mil años, *han sido formados por la tierra y la atmósfera, mediante la alimentación y la respiración, para volver á ellas más tarde, doscientos mil millones de cuerpos humanos por lo menos*. Las moléculas de oxígeno, de hidrógeno, de ácido carbónico y de nitrógeno que han constituido estos

cuerpos han servido de abono á la tierra y han vuelto á la circulación atmosférica.

Si, la Tierra en que vivimos está formando en parte hoy por esos miles de millones de organismos que en ella han vivido. Andamos sobre nuestros abuelos, como ellos andarán sobre nosotros. Las frentes de los pensadores; los ojos que han contemplado, sonreído y llorado; las bocas que han cantado el amor; los labios purpurinos y los senos de mármol, las entrañas de las madres, los brazos de los trabajadores, los músculos de los guerreros, la sangre de los vencidos, los niños y los ancianos, los buenos y los malos, los ricos y los pobres, cuanto ha vivido y ha pensado, yace en la misma tierra. Hoy sería difícil dar un paso en el planeta sin marchar sobre los despojos de los muertos; sería difícil comer y beber, sin absorber de nuevo lo que ha sido comido y bebido miles de veces, y difícil respirar sin hacer propio el hálito de los muertos. Los elementos constitutivos de los cuerpos, que salieron de la naturaleza, volvieron á ella, y cada uno de nosotros lleva en sí átomos que precedentemente han pertenecido á otros cuerpos.

Pues bien, ¿creéis que eso es toda la humanidad? ¿Imagináis que ésta no ha dejado nada más noble, nada mayor y más espiritual? ¿Cada uno de nosotros no da al universo, cuando exhala el postrer sus-

piro, más que sesenta ú ochenta kilogramos de carne y de huesos que van á desagregarse y á volver á los elementos? ¿El alma que nos anima no subsiste también, con el mismo motivo que cada molécula de oxígeno, de nitrógeno ó de hierro? ¿Y las almas que han vivido, no siguen existiendo?

No tenemos derecho ninguno para afirmar que el hombre está compuesto únicamente de elementos materiales y que la facultad de pensar no es sino una propiedad de la organización. Por el contrario, tenemos las razones más ínfimas para admitir que el alma es una entidad individual y que ella es la que dirige las moléculas para organizar la forma viva del cuerpo humano.

¿Qué es de las moléculas invisibles é intangibles que han constituido nuestro cuerpo durante la vida? Van á pertenecer á nuevos cuerpos. ¿Qué es de las almas igualmente invisibles é intangibles? Se puede suponer que vuelven á encarnar en otros organismos, cada cual con arreglo á su naturaleza, á sus facultades y á su destino.

El alma pertenece al mundo psíquico. Es indudable que aun se encuentran en la Tierra innumerables almas todavía brutas, groseras, que se han desprendido apenas de la materia, incapaces de concebir las realidades intelectuales. Pero otras hay que viven en el estudio, en la contemplación, cultivando

el mundo psíquico ó espiritual. Esas pueden no quedar prisioneras en la Tierra y su destino es vivir la vida uránica.

El alma uránica vive aún durante sus encarnaciones terrestres, en el mundo de lo absoluto y de lo divino, pues sabe que al habitar la Tierra, mora realmente en el cielo y que nuestro planeta es un astro como los demás.

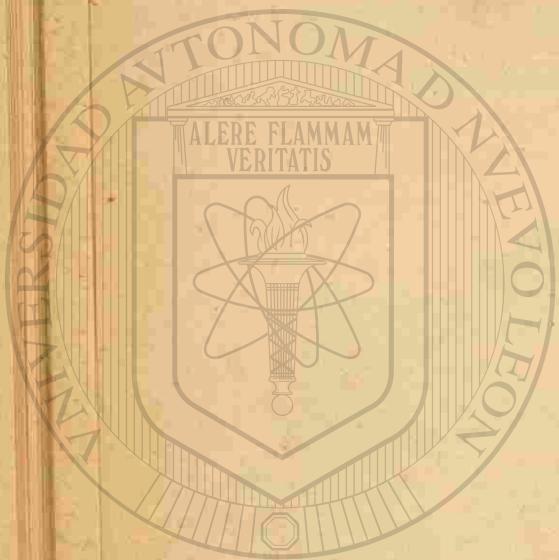
¿Cuál es la naturaleza íntima del alma, cuáles sus modos de manifestación, cuándo llega á ser en ella permanente la memoria y á mantener con certidumbre la identidad consciente, bajo qué diversidad de formas y de substancias puede vivir, qué extensión del espacio le es dado atravesar, cuál es el grado de parentesco intelectual que existe entre los diversos planetas de un mismo sistema, cuál la fuerza germinadora que puebla los mundos, cuándo podremos entrar en comunicación con las patrias vecinas, cuándo penetraremos el profundo secreto de los destinos? Misterio é ignorancia hoy; pero *lo desconocido de ayer es la verdad de mañana.*

Hay un hecho de orden histórico y científico absolutamente incontestable, y es que en todos los siglos, en todos los pueblos, y bajo las apariencias religiosas más diversas, la idea de la inmortalidad permanece invulnerable en el fondo de la conciencia humana. La educación le ha dado mil formas;

pero no la ha inventado. Esta idea indestructible existe por sí. Todo ser humano trae consigo al venir al mundo, bajo forma más ó menos vaga, este sentimiento íntimo, este deseo, esta esperanza.



®



II

ITER ESTÁTICUM CŒLESTE.

Las horas y los días que consagraba yo al estudio de estas cuestiones de psicología y de telepatía, no me impedían observar á Marte en el telescopio y sacar algunos croquis de sus aspectos cuando el estado de nuestra atmósfera, tan á menudo cubierta de nubes, me lo permitía. Por lo demás, es fácil reconocer que no sólo se encadenan todas las cuestiones, en el estudio de la naturaleza y en las ciencias, sino que además la astronomía y la psicología son solidarias, toda vez que el universo psíquico tiene por morada el material; y toda vez que la astronomía tiene por objeto el estudio de las regiones de la

vida eterna y que no podríamos formarnos idea ninguna de éstas si no las conociéramos astronómicamente. Sepámoslo ó no, lo cierto es que en este mismo momento habitamos una región del Cielo, y todos los seres, sean cuales fueren, son eternamente ciudadanos del Cielo. La antigüedad había penetrado y adivinado hasta cierto punto el fondo de las cosas cuando hizo de Urania la musa de todas las ciencias.

Así pues, mi pensamiento se había ocupado mucho en estudiar el planeta Marte, cuando un día, en un paseo solitario por los linderos de un bosque, sofocado por el calor de una tarde de Julio, me senté al pie de un grupo de encinas, y no tardé en adormecerme.

El aire parecía de fuego, no se oía ningún ruido, y el Sena semejaba un canal en el fondo del valle. Al despertarme después de un instante de somnolencia, quedé vivamente sorprendido, pues no reconocía el paisaje, ni los árboles cercanos, ni el río que corría al pie de la colina, ni la ondulada pradera que se perdía en los límites del horizonte. El Sol se ponía, pareciendo más pequeño de lo que tenemos costumbre de verlo. El aire se estremecía con ruidos armoniosos que la Tierra ignora, y unos insectos del tamaño de aves revoloteaban en unos árboles sin hojas, cubiertos de gigantescas flores en-

carnadas. Me levanté lleno de asombro y con movimiento tan enérgico, que de pronto quedé en pie, sintiéndome en extremo ligero. Cuando hube dado unos cuantos pasos, me figuré que la mitad del peso de mi cuerpo se había evaporado durante mi sueño; esta sensación íntima me causó impresión más viva aún que la metamorfosis de la naturaleza que se extendía ante mi vista.

Apenas podía creer mis ojos y mis sentidos. Por lo demás, ni veía del mismo modo que antes, ni oía de la misma manera, y aun noté desde el primer momento que mi organismo estaba dotado de varios sentidos nuevos, completamente distintos de los de nuestra arpa terrestre, y en particular, de uno magnético, por el cual cabe establecer comunicaciones con otro ser, sin que sea necesario traducir el pensamiento en palabras susceptibles de ser oídas: este sentido se parece al de la aguja imantada, que se estremece y se agita en el fondo de un sótano del Observatorio de París cuando se enciende una aurora boreal en Siberia, ó cuando se produce en el Sol una explosión eléctrica.

El astro del día acababa de apagarse en las aguas de un lago lejano, y los rosados resplandores del crepúsculo se cernían en el fondo de los cielos como un postrer ensueño de la luz. Entonces se iluminaron dos satélites á diversas alturas, el pri-

mero en forma de media luna, sobre el lago mismo detrás del cual había desaparecido el Sol; y el segundo en forma de cuarto creciente, mucho más elevado en el cielo y por la parte de Oriente.

Estas lunas eran muy pequeñas y sólo remotamente se parecían al inmenso luminar de las noches terrestres. Hubiérase dicho que proyectaban de mala gana su débil luz. Yo las miraba estupefacto. Lo más extraño quizás, más todavía que el espectáculo en conjunto, era que la luna occidental, tres veces mayor que su compañera del Este, aunque cinco veces menos ancha que nuestra luna terrestre, andaba en el cielo con movimiento fácil de distinguir á simple vista, corriendo velozmente de derecha á izquierda para ir á juntarse en el Oriente con su celeste hermana.

También se divisaba en los últimos resplandores del poniente que senecía, otra luna, ó mejor dicho, una brillante estrella. Era más pequeña que el menor de los dos satélites y no presentaba disco sensible; pero su luz deslumbraba. Cerníase en el cielo de la tarde, como Venus en el nuestro, cuando en los días de su más espléndido brillo. «el lucero vespertino» reina como soberana sobre las indolentes veladas de la sonadora y tierna primavera. En los cielos iban encendiéndose ya las estrellas más brillantes; distinguíanse Arcturo, de

áureos reflejos, Vega, tan blanca y pura, los siete astros del Septentrión y varias constelaciones zodiacales. La estrella de la tarde, la nueva Vésper, centelleaba entonces en Piscis. Después de haber estudiado algunos instantes su situación en el cielo, de haberme orientado por medio de las constelaciones, de haber examinado los satélites y pensado en la ligereza de mi propio peso, no tardé en convencerme de que me encontraba en el planeta Marte, y que aquel encantador lucero de la tarde era... la Tierra.

Mis ojos se fijaron en ella, impregnados del melancólico sentimiento de amor que oprime nuestro corazón cuando el pensamiento vuela á dar con un ser querido de que una cruel distancia nos separa; contemplé mucho tiempo esta patria donde se mezclan y chocan en las fluctuaciones de la vida tantos sentimientos diversos, y exclamé:

« ¡Cuán lamentable es que los innumerables seres humanos que habitan en esa pequeña morada no sepan dónde están! ¡Qué encantadora es, la minúscula Tierra, iluminada como en este momento por el Sol, con su luna más microscópica todavía, que parece á su lado un simple punto! Sostenida en lo invisible por las divinas

leyes de la atracción, átomo flotante en la inmensa armonía de los cielos, la Tierra ocupa su

puesto y se cierne en lo alto como una isla angélica; pero sus habitantes lo ignoran. ¡Qué singular humanidad! Sumundo le ha parecido demasiado grande y por esto se ha dividido en rebaños que pasan su tiempo en fusilarse unos a otros. En esta isla celeste hay tantos soldados como habitantes; todos se

han armado allí unos contra otros, cuando tan sen-



cillo hubiera sido vivir tranquilos; y les parece glorioso cambiar de tiempo en tiempo los nombres de los países y el color de las banderas. Tal es la ocu-



pación favorita de las naciones y la educación primordial de los ciudadanos. Fuera de esto, emplean su existencia en adorar la materia, desdeñan el mérito intelectual, consideran con indiferencia los

más maravillosos problemas de la creación y viven sin fin ni objeto. ¡Qué lástima! Un habitante de París que no hubiese oído pronunciar nunca el nombre de esta ciudad ni el de la Francia, no sería más extranjero que aquellos lo son en su propia patria. ¡Ah! si pudieran ver la Tierra desde aquí, ¡con cuánto placer volverían á ella, y cuán mortificadas quedarían todas sus ideas generales y particulares! En este caso conocerían por lo menos el país donde habitan; así empezarían y más tarde estudiarían progresivamente las realidades sublimes que los rodean, en vez de agitarse en una neblina inacabable, y pronto vivirían la vida verdadera, la vida intelectual. »

— « ¡Cuán bien la trata! Diríase en verdad que ha dejado algún amigo en aquel presidio! »

Yo no había pronunciado ni una palabra, y sin embargo oí distintamente la frase anterior, que parecía contestar á mi conversación íntima. Dos habitantes de Marte me miraban, y me habían comprendido, en virtud del sexto sentido de la percepción magnética de que he hablado antes. Quedé sorprendido y, ¿por qué no decirlo? molesto al oír aquel apóstrofe; « ¡Después de todo, pensé, amo la Tierra, porque es mi país y yo tengo patriotismo! »

Mis dos vecinos se echaron de esta vez á reír á un mismo tiempo.

— Si, contestó uno de ellos con inesperado tono de bondad, V. tiene patriotismo. Ya se ve que viene de la Tierra. »

Y el más viejo agregó :

— Deje V. allá á sus compatriotas, que nunca serán ni más inteligentes ni menos ciegos que hoy. Hace ya ochenta mil años que están así. V, según V. mismo confiesa, aún no son capaces de pensar... Realmente, nos causa V. admiración cuando mira la Tierra con ojos tan tiernos. Eso es demasiada sencillez. »

¿No habéis encontrado nunca en vuestro camino, lectores amigos, algunos de esos hombres penetrados de imperturbable orgullo, que se creen sincera é inquebrantablemente superiores al resto del mundo? Cuando esos arrogantes personajes se ven frente á frente de una superioridad, ésta les es instantáneamente antipática y no pueden aguantarla. Pues bien, mientras pronunciaba el ditirambo que antecede (y del cual no os he dado sino una traducción atenuada), sentíame yo muy superior á la humanidad terrestre, puesto que le tenía lástima y que deseaba para ella mejores días. Pero cuando aquellos dos habitantes de Marte parecieron compadecerse de mi á su vez, y

cuando creí notar en ellos cierta fría superioridad respecto de mí, me convertí por un momento en uno de aquellos necios orgullosos; mi sangre se sublevó, y si bien me contuve por un resto de cortesía, abrí la boca para decirles:

— Después de todo, caballeros, los habitantes de la tierra no son tan necios como parecen creerlo Vds. y valen tal vez más que los de aquí.

Por desgracia, ni siquiera me dejaron empezar mi frase, puesto que la habían adivinado mientras se formaba y esto gracias á las vibraciones de las celdas de mi cerebro.



— Permítame V. decirle sin tardanza, exclamó el más joven, que su planeta se echó á perder hace unos diez millones de años por efecto de una circunstancia fortuita. Fué en el periodo primario del génesis terrestre; ya había allí plantas, algunas admirables, y tanto en el fondo de los mares como en sus orillas aparecían los primeros animales, los moluscos sin cabeza, sordos, mudos, y desprovistos de sexo. Vd. sabe que la respiración basta á los árboles para su alimentación completa y que sus más robustos robles, sus cedros más gigantescos no han comido nunca nada, lo cual no les ha impedido crecer; bátales respirar. La desgracia, la fatalidad quiso que un molusco primitivo tuviese el cuerpo atravesado por una gota de agua más densa que el medio ambiente. Quizás la encontró de su gusto; en todo caso, este fué el



origen del primer tubo digestivo, que debía ejercer tan funesta acción sobre las especies animales todas, y más tarde sobre la misma humanidad. El primer asesino fué el molusco que comió.

Aquí no comemos, ni se ha comido nunca, ni se comerá jamás. La creación se ha desarrollado gradual, pacífica, noblemente, según había empezado. Los organismos se nutren ó, en otros términos, renuevan sus moléculas por una simple respiración, según lo efectúan vuestros árboles terrestres, cada una de cuyas hojas es un pequeño estómago. En vuestra querida patria, no podéis vivir ni un solo día sino á condición de matar. Entre vosotros, la ley de la vida es la de la muerte. Aquí no ha tenido nadie nunca la idea de matar ni siquiera un pajarito.

» Todos vosotros sois carniceros, en más ó en menos. Tenéis los brazos cubiertos de sangre y el estómago lleno de vituallas. ¿Cómo podéis concebir ideas sanas, puras, elevadas y hasta diré (dispense V. mi franqueza) ideas propias, con organismos tan groseros como esos? ¿Qué almas podrían vivir en semejantes cuerpos? Reflexione V. un instante y no se contente con ilusiones ciegas, demasiado ideales para semejante mundo.

— ¡Cómo! exclamé interrumpiéndole, ¿nos niega V. la posibilidad de tener ideas propias? ¿Toma

V. acaso por animales á los seres humanos? ¿No tuvieron nunca por ventura aspiraciones elevadas Homero, ni Platón, Fidias, Séneca, Virgilio, el Dante, Colón, Bacon, Galileo, Pascal, Leonardo, Rafael, Mozart y Beethoven? V. considera groseros y repugnantes nuestros cuerpos: si hubiese V. visto pasar ante sus ojos Elena, Friné, Aspasia, Safo, Cleopatra, Lucrecia Borgia, Agnès Sorel, Diana de Poitiers, Margarita de Valois, Borghèse, Talien, la Recamier, Georges y sus admirables rivales, pensaría probablemente de distinto modo. ¡Ah, querido marciano, permítame V. lamentar á mi vez que no conozca V. la Tierra sino de lejos!

— Se engaña V., pues he vivido cincuenta años en ese mundo. Esto me ha bastado, y le aseguro que nunca volveré á él. Todo está allí mal hecho, hasta... lo que más encantador le parece á V. ¿Se imagina V. que las flores dan origen á los frutos de la misma manera en todas las Tierras del Cielo? ¿No sería esto un tanto cruel? En cuanto á mí, me gustan las primaveras y los capullos de rosa.

— Pero, repliqué yo entonces, á pesar de todo, no cabe negar que ha habido en la Tierra grandes talentos y criaturas admirables. ¿No cabe abrigar la esperanza de que la belleza física y moral irá perfeccionándose cada vez más, según lo ha hecho hasta el presente, y que las inteligencias se ilumi-

narán progresivamente? No todo el tiempo se gasta en comer. Los hombres acabarán, no obstante sus trabajos materiales, por consagrar cada día algunas



horas al desarrollo de su inteligencia. Entonces no continuarán sin duda fabricando pequeños dioses a su imagen, y tal vez suprimirán sus pueriles fronteras para dejar que imperen la armonía y la fraternidad.

— No, amigo mío, pues si así lo quisieran, lo harían desde hoy. Y sin embargo, se guardan de ello. El hombre terrestre es un pequeño animal que



por una parte no siente la necesidad de pensar, pues ni siquiera tiene la independencia del alma, y que por otra gusta de combatir y admite sin escrúpulo que la fuerza es el fundamento del derecho. Tal es

su gusto y tal su naturaleza. Jamás dará peras le olmo.

» Fijese V. en que las más deleitosas bellezas terrestres de que hablaba V. hace un instante, son simplemente monstruos groseros al lado de nuestras aéreas mujeres de Marte, que viven del aire de nuestras primaveras, de los perfumes de nuestras flores, y que tan voluptuosas son con el simple estremecimiento de sus alas y el beso ideal de una boca que nunca ha comido. Si la Beatriz del Dante hubiera tenido tal naturaleza, nunca habría podido escribir dos cantos de su *Divina Comedia* el inmortal florentino: hubiera empezado por el Paraíso y jamás habría salido de él. Piense V. en que nuestros adolescentes tienen, de manera innata, tanta ciencia como Pitágoras, Arquímedes, Euclides, Képler, Newton, Laplace y Darwin, después de sus laboriosos estudios: nuestros doce sentidos nos ponen en comunicación directa con el universo; desde aquí sentimos á cien millones de leguas la atracción de Júpiter que pasa; vemos á simple vista los anillos de Saturno; adivinamos la llegada de un cometa, y nuestro cuerpo está impregnado de la electricidad solar que pone en vibración toda la naturaleza. Aquí no ha habido nunca fanatismo religioso, ni verdugos, ni mártires, ni divisiones internacionales, ni guerras; sino que desde los primeros días la huma-

nidad, naturalmente pacífica y libre de toda necesidad material, ha vivido con independencia de cuerpo y de espíritu, en constante actividad intelectual, elevándose sin pararse nunca en el conocimiento de la verdad. Pero venga V. hacia donde estamos.»

Di algunos pasos con mis interlocutores hacia la cima de la montaña; al llegar á la vista de la otra vertiente, distinguí multitud de luces de diversos colores que revoloteaban en los aires. Eran los habitantes, que por la noche pueden volverse luminosos si así lo desean. Unos carros aéreos, que parecían hechos con flores fosforescentes, llevaban unas orquestas y coros; uno de ellos pasó junto á nosotros, y entramos en él envueltos por una nube de aromas. Las sensaciones que yo experimentaba eran completamente distintas de las que había saboreado en la Tierra, y esta primera noche mía en Marte pasó como un sueño, pues al rayar el alba me encontraba aún en el carro aéreo, discurrendo con mis interlocutores, sus amigos y sus indefinibles compañeras. ¡Qué panorama al salir el sol! Flores, frutos, perfumes, palacios encantados iban apareciendo en islas de vegetación de color anaranjado; las aguas se extendían en limpidos espejos y varias alegres parejas aéreas bajaban girando á aquellas deleitosas ribe-

ras. Allí se ejecutan todos los trabajos materiales por medio de máquinas, bajo la dirección de varias razas de animales perfeccionados cuya inteligencia es poco más ó menos del mismo grado que la de los humanos en la Tierra. Los habitantes no viven sino por el espíritu y para él; su sistema nervioso ha llegado á tal punto de desarrollo, que cada uno de esos seres, que son al mismo tiempo muy delicados y muy robustos, parece un aparato eléctrico, y que sus más sensuales impresiones, sentidas mucho más por sus almas que por sus cuerpos, sobrepujan cien veces á cuantas pueden proporcionarnos juntos nuestros cinco sentidos terrestres.... Debajo de nuestra góndola aérea se abría una especie de palacio de verano, iluminado por los rayos del sol naciente. Mi vecina, cuyas alas se estremecían de impaciencia, posó su delicado pie sobre un grupo de flores que se elevaban entre dos saltos de agua perfumados. « ¿Volverás á la Tierra? », me preguntó, tendiéndome los brazos.

— ¡Jamás! » contesté.... Y me lancé hacia ella....

Pero al mismo tiempo y de golpe volví á verme, solitario, cerca de mi bosquecillo, en la vertiente de la colina á cuyo pie serpenteaba el Sena de ondulosas curvas.

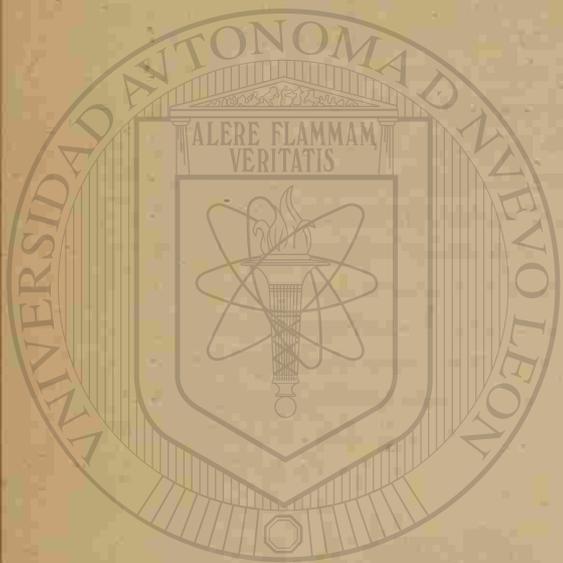
¡Jamás! repetí, procurando grabar en la memoria los detalles del suave ensueño desvanecido.

¿Dónde estaba yo, pues? Era un sitio muy hermoso.

El Sol acababa de ponerse, y ya el planeta Marte, entonces muy deslumbrador, se encendía en el cielo.

— Ah, exclamé, como si hubiese atravesado mi cerebro un relámpago fugaz; estaba allí. Mecidos por la misma atracción, los dos planetas cercanos se miran á través del espacio transparente. ¿No será acaso esta fraternidad celeste una imagen previa del viaje eterno? Ya la Tierra no está sola en el mundo; los panoramas de lo infinito empiezan á abrirse. Y ya habitemos aquí ó acullá, somos en realidad, no ciudadanos de un país ó de un mundo, sino CIUDADAÑOS DEL CIELO. »





III

EL PLANETA MARTE.

¿Había sido yo juguete de un sueño?
¿Se había transportado realmente mi espíritu al planeta Marte, ó bien era yo víctima de una ilusión absolutamente imaginaria?

El sentimiento de la realidad había sido tan vivo, tan intenso, y las cosas por mi vistas estaban tan conformes con las nociones científicas que ya poseemos sobre la naturaleza física del mundo marciano, que no podía abrigar duda ninguna sobre el caso, si bien consideraba con estupefacción aquel viaje estático y me hacía mil preguntas contradictorias.

La ausencia de Spero en toda esta visión me causaba gran extrañeza. Me sentía siempre tan íntimamente enlazado con su querido recuerdo, que me parecía que debí adivinar su presencia, volar directamente á su encuentro, verle, hablarle y oírlo. ¿Mas no habría sido el magnetizado de Nancy juguete de su imaginación, ó de la mía, ó de la del experimentador? Por otra parte, aun admitiendo que mis dos amigos hubiesen encarnado de nuevo en este planeta cercano, me contestaba á mi mismo que es muy fácil no encontrarse cuando dos personas recorren la misma ciudad y, con mayor motivo, un mundo entero. Y sin embargo, lo que habría que invocar aquí no es el cálculo de las probabilidades, pues un sentimiento tal como el que nos había unido, debía modificar por fuerza el azar de los encuentros y echar en la balanza un elemento superior á todo lo demás.

Mientras discurría conmigo mismo, volví á mi observatorio de Juvisy, donde había preparado varias baterías eléctricas para un experimento de óptica que debía realizar en correspondencia con la torre de Montlhéry. Cuando me cercioré de que todo estaba perfectamente en orden, dejé á mi ayudante el cuidado de hacer las señales convenidas, de diez á once, y me marché á la antigua torre, donde me instalé una hora después. Había llegado la noche.

Desde lo alto del antiguo torreón se divisa un horizonte perfectamente circular, enteramente abierto en toda su circunferencia, y que alcanza un radio de 20 á 25 kilómetros alrededor de dicho punto céntrico. Había otro punto de observación que comunicaba con nosotros y estaba en Paris. El objeto del experimento era saber si los rayos de los diversos colores del espectro luminoso tienen todos la misma velocidad de 500.000 kilómetros por segundo. El resultado fué afirmativo.

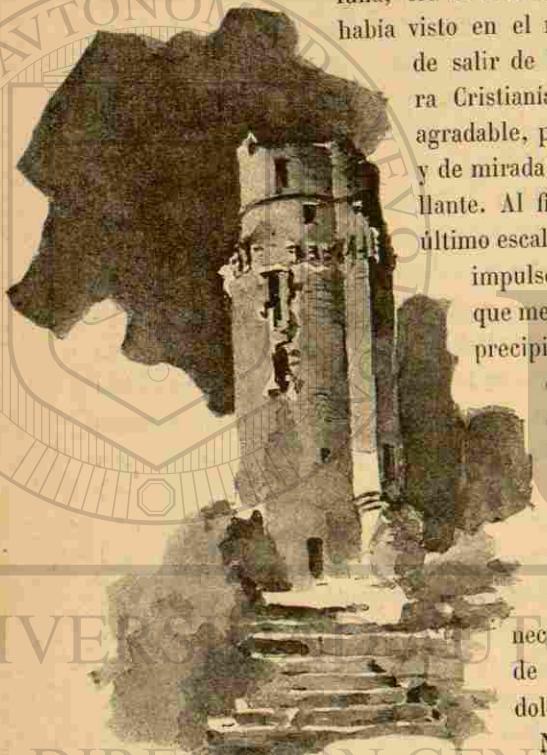
Las experiencias terminaron á eso de las once; pero como la noche estrellada era bellísima y empezaba á salir la luna, puse rápidamente á cubierto los aparatos en lo interior de la torre, y volví á la plataforma superior para contemplar el inmenso paisaje iluminado por los primeros rayos de la luna naciente. La atmósfera estaba tranquila y tibia; casi hacía calor.

Mas cuando apenas llegaba al último peldaño, me detuve petrificado de espanto, lanzando un grito que pareció ahogarse en mi garganta. Spero, Spero en persona estaba delante de mí, sentado sobre el pretil. Alcé los brazos al cielo y creí que iba á desmayarme; pero él me dijo, con su suave voz, que tan bien conocía yo:

— ¿Qué, te doy miedo?

No tuve aliento para contestar ni para acercarme

á él; pero me atrevi á mirar de frente á mi amigo, que sonreía. Su querido rostro, iluminado por la luna, era el mismo que yo había visto en el momento



de salir de París para Cristianía, joven, agradable, pensativo, y de mirada muy brillante. Al fin dejé el último escalón y sentí impulso íntimo, que me llevaba á precipitarme hacia él para estrecharlo en mis brazos; pero no me atrevi y permanecí delante de él mirándolo.

No tardé en recobrar la posesión de mí mismo: « Spero, le dije entonces.... eres tú! »
— Estaba ahí durante tu experimento, me contestó.

y yo fui quien te dió la idea de comparar el extremo encarnado con el violado del espectro para conocer



la velocidad de las ondas luminosas. Sólo que por el momento era invisible, como los rayos ultravioletados.

— ¿Cómo es posible? añadió: déjame mirarte y palparte.

Pasé las manos por su rostro, por su cuerpo y su cabellera, y sentí la misma impresión que si se hubiera tratado de un ser vivo. Mi razón se negaba á admitir el testimonio de mi vista, de mis manos y de mis oídos, y sin embargo, no podía dudar de que fuera él. No hay parecido que llegue á tanto. Además, mis dudas habrían desaparecido desde sus primeras frases, pues no tardó en decir :

— En este momento se halla mi cuerpo durmiendo en Marte.

— ¿De modo, contesté, que sigues existiendo ... y al fin has obtenido la respuesta al gran problema que te preocupaba tanto?... ¿Y Iclea?

— Vamos á hablar, replicó; tengo muchas cosas que decirte.

Sentéme junto á él, en la orilla del ancho parapeto que domina la antigua torre; hé aqui lo que oí :

Poco tiempo después del accidente del lago de Tyrifiorden, mi amigo habia creído despertarse de largo y pesado sueño. Estaba solo, en la negra noche, á orillas de un lago, sintiéndose vivo; pero sin poder verse ni tocarse. El aire no le producía sensación ninguna al chocar con él. No solamente era ligero, sino también imponderable. Lo que le parecía subsistir de su propio ser era la facultad de pensar

Su primera idea, al recordar estos hechos, fué que se despertaba de su caída en el lago noruego. Pero cuando llegó el día, notó que se encontraba en otro mundo. Las dos lunas que giraban rápidamente en el cielo, siguiendo sentidos contrarios, le hicieron pensar que se hallaba en nuestro vecino planeta Marte, y otras pruebas más confirmaron su idea.

Durante algún tiempo permaneció en estado de espíritu, reconoció allí la presencia de una humanidad muy elegante, en la cual reina como soberano el sexo femenino, gracias á su incontestable superioridad sobre el masculino. Los organismos son ligeros y delicados, la densidad de los cuerpos muy pequeña, y la gravedad más todavía; en la superficie de este mundo desempeña la fuerza papel muy secundario; la delicadeza de las sensaciones es todo. Allí existen gran número de especies animales y varias razas humanas, que presentan todas la particularidad de ser en ellas el sexo femenino más hermoso y fuerte (pues la fuerza consiste en la superioridad de las sensaciones) que el sexo masculino, y él es el que gobierna las cosas.

Su deseo de conocer la vida que ante sí tenia lo resolvió á no permanecer mucho tiempo en estado de espíritu contemplativo, y á renacer bajo una forma corporal humana; dada la condición orgánica de aquel planeta, Spero eligió el sexo femenino.

Entre las almas terrestres que flotaban en la atmósfera de Marte había encontrado ya (pues las almas se sienten) la de Iclea, que había seguido la suya, arrastrada por una atracción constante. Por su parte ella se sentía inclinada hacia una encarnación masculina.

Así se habían reunido uno con otro en uno de los países más privilegiados de aquel mundo, como si hubieran estado destinados á encontrarse de nuevo en la vida y á compartir las mismas emociones, los mismos pensamientos y los mismos trabajos. Además, aunque la memoria de su existencia terrestre permaneciera velada y como borrada por la nueva transformación, un vago sentimiento les indicaba que había entre ellos parentesco espiritual, y apenas volvieron á verse, los unió inmediatamente viva simpatía. Su superioridad psíquica, la naturaleza de sus pensamientos habituales, el estado de su espíritu acostumbrado á averiguar los fines y las causas, les habían dado una especie de penetración íntima, que los apartaba de la ignorancia general de los vivos. Habíanse amado tan pronto, habían experimentado de manera tan pasiva el influjo magnético de su encuentro, que no tardaron en constituir un solo y mismo ser, tan íntimo como el que formaban al ocurrir la separación terrestre. Recordaban que ya se habían visto en otra parte,

y pretendían que era en la Tierra, en aquel planeta cercano, que brilla al caer de la tarde con tan vivos resplandores en el cielo de Marte; y en sus vuelos solitarios por encima de las colinas pobladas de plantas aéreas se ponían á contemplar á veces el « lucero vespertino », procurando reanudar el hilo de la interrumpida tradición.

Un acontecimiento inesperado acabó por explicar sus reminiscencias y probarles que no se engañaban.

Los habitantes de Marte son muy superiores á los de la Tierra en su organización, en el número y agudeza de sus sentidos y en facultades intelectuales.

La circunstancia de ser muy escasa la densidad en la superficie de aquel mundo, y de pesar menos allá que aquí las substancias constitutivas de los cuerpos, ha permitido la formación de seres incomparablemente menos pesados, más aéreos, más delicados y sensibles. El hecho de que la atmósfera de Marte es nutritiva, ha librado allí á los organismos de las groseras necesidades terrestres. Es un estado completamente distinto del nuestro. La luz es menos viva que la terrestre, por causa de la mayor distancia al sol, y el nervio óptico más sensible. Como las acciones eléctricas y magnéticas son muy intensas en el mencionado mundo, los habitantes poseen

sentidos que nosotros desconocemos y que los ponen en comunicación con aquellas fuerzas. Todo se encadena en la naturaleza; los seres se adaptan en todas partes á los medios donde habitan y en cuyo seno han tenido origen. Tan difícil sería á los organismos revestir en Marte caracteres terrestres, como ser aéreos en el fondo del mar.

Además, el estado de superioridad preparado por este orden de cosas se ha desarrollado espontáneamente gracias á la facilidad de realización de todo trabajo intelectual. La naturaleza parece obedecer al pensamiento. El arquitecto de Marte que quiere levantar un edificio, el ingeniero que desea modificar la superficie del suelo, ya se trate de edificar ó de demoler, de abrir tajos en las montañas ó de terraplenar los valles, no chocan como en la Tierra con el obstáculo del peso de los materiales y con las dificultades prácticas. Así es que el arte ha realizado allá desde sus orígenes rapidísimos progresos.

Otra cosa más. Como la humanidad marciana es varios miles de años más antigua que la nuestra, ha podido recorrer fases de su desarrollo que la terrestre no ha alcanzado aún. Nuestros más trascendentales progresos científicos son juegos de niños comparados con el saber de los habitantes de aquel planeta.

Principalmente en astronomía están mucho más

adelantados que nosotros y conocen la Tierra mucho mejor de lo que nosotros conocemos su patria.

Entre otras cosas, han inventado una especie de aparato telefotográfico en el cual recibe perpetuamente un rollo de tela, al ir extendiéndose, las imágenes de nuestro mundo, fijándolas de manera inalterable. Esas fotografías eternas se conservan por orden cronológico en un inmenso museo, consagrado especialmente á los planetas del sistema solar. Allí está toda la historia de la Tierra: la de la Francia de Carlomagno, la de Grecia en tiempos de Alejandro, la del Egipto de Ramsés. Sirviéndose de microscopios se pueden distinguir hasta los menores detalles, como París durante la revolución francesa, la Roma de los Borgias, la escuadrilla española de Colón llegando á América, los francos de Clodoveo tomando posesión de las Galias, el ejército de César detenido en la conquista de Inglaterra por la marea que dispersó sus naves, las tropas del rey David, fundador de los ejércitos permanentes, y así la mayor parte de las escenas históricas, fáciles de reconocer en ciertos caracteres especiales.

Un día que ambos amigos visitaban ese museo, su reminiscencia, hasta entonces vaga, se iluminó de pronto como un paisaje nocturno atravesado por un relámpago. En efecto, habían reconocido el aspecto de París durante la Exposición de 1867.

Esto dió precisión á sus recuerdos; cada uno de ellos sintió separadamente que habia estado allí y en seguida ambos quedaron dominados por la certidumbre de haber vivido juntos. Su memoria fué aclarándose poco á poco, no por intermitentes resplandores, sino más bien como va aumentando la luz á partir del momento en que despunta la aurora.

Entonces ambos recordaron como por una inspiración súbita, estas palabras del Evangelio :

« En la casa del Señor hay varias moradas. »

Y estas otras, de Jesús á Nicodemo :

« En verdad te digo que si un hombre no vuelve á nacer, no verá el reino de Dios... es preciso que nazcáis de nuevo. »

Desde ese día no les quedó duda ninguna de su existencia terrestre anterior, y se convencieron de que continuaban en el planeta Marte su vida precedente. Ambos pertenecian á la categoría de los grandes talentos de todos los siglos, que saben que el destino humano no acaba en el mundo actual, sino que continúa en el cielo — y que también saben que cada planeta, Tierra, Marte, etc., es un astro del cielo.

El hecho singular del cambio de sexo, que me parecia deber tener cierta importancia, carecia de ella por completo según parece. Contra lo que entre nosotros se admite, Spero me dijo que las almas

no tienen sexo y que su destino es idéntico. También supe que en aquel planeta, menos material que el nuestro, la organización no se parece en nada á la de los cuerpos terrestres. Las concepciones y los nacimientos se efectúan de manera distinta que aquí, y en forma que recuerda la fecundación de las flores y su desarrollo. El placer no viene acompañado de amargura; allí no se conocen las pesadas cargas terrestres ni los desgarramientos del dolor. Todo es más aéreo, más etéreo, más inmaterial que en nuestro mundo. Podría decirse que los marcianos son flores vivas, aladas y que piensan; pero en realidad ningún ser terrestre podría servirnos de término de comparación para ayudarnos á concebir su forma y modo de existencia.

Yo oía el relato del alma difunta casi sin interrumpirlo, pues me parecia siempre que iba á desaparecer de la misma manera que habia llegado. Sin embargo, al recordar mi sueño, que la coincidencia de estas descripciones con lo que yo habia visto me recordaba, no pude menos de referir á mi celeste amigo aquel suceso, expresándole mi extrañeza por no haberlo encontrado en Marte, y diciéndole que esto me hacia dudar de que realmente lo hubiese efectuado.

— Pero si te vi, replicó, y tú también me viste y me hablaste... Pues yo era. . . »

La entonación de su voz fué tan singular, al decir estas últimas palabras, que reconocí inmediatamente la melodiosa voz de la hermosa marciana que tal impresión me había producido.

— Si, añadió, era yo, que quise darme á conocer; pero tú, á pesar de que parecías deslumbrado por aquel espectáculo que cautivaba tu ánimo, no te desprendías de las sensaciones terrestres, seguías siendo sensual y terreno y no lograste elevarte hasta la percepción pura. Si, yo fui quien te tendió los brazos para hacerte bajar del carro aéreo á nuestra morada, cuando de pronto te despertaste.

— ¿Pero si tú eres esa marciana, exclamé yo, cómo es que me apareces aquí bajo la forma de Spero, que ya no existe?

— Yo no estoy produciendo acción ninguna sobre tu retina y tu nervio óptico, replicó, sino en tu ser mental y tu cerebro. En este momento me encuentro en comunicación contigo y ejerzo influjo directo sobre el centro cerebral de tus sensaciones. En realidad, mi ser mental no tiene forma, lo mismo que el tuyo y que todas las almas. Pero cuando me pongo como en este momento en relación directa con tu pensamiento, no puedes verme sino como me has conocido. Lo mismo ocurre durante el sueño, esto es, durante un periodo superior á la cuarta parte de vuestra vida terrestre — de setenta

años veinte; — en ese caso veis, oís, habláis y palpáis con la misma impresión, con la misma claridad, con la misma certidumbre que en las horas de existencia normal, y sin embargo, vuestros ojos están cerrados, vuestro tímpano es insensible, vuestra boca está muda, y vuestros brazos están extendidos sin movimiento. Otro tanto ocurre en los estados de sonambulismo, de hipnotismo y de sugestión. Tú me ves, me oyes y me tocas por medio de tu cerebro, sobre el cual actúo yo. Pero mi existencia bajo la forma que tú me atribuyes, es análoga á la del arco iris, que sólo tiene realidad en la vista del observador.

— ¿Podrías acaso aparecerte con tu forma marciana?

— No, á menos que no seas transportado en espíritu á mi planeta. Este sería un medio de comunicación completamente distinto. Aquí, en nuestra conversación, todo es subjetivo para ti. Los elementos de mi forma marciana no existen en la atmósfera terrestre y tu cerebro no podría representárselos. No podrías volverme á ver más que por el recuerdo de tu sueño de hoy; pero apenas quisieras analizar los detalles, se desvanecería la imagen. Tú no nos viste exactamente tales como somos, porque tu espíritu no puede juzgar sino por medio de tus ojos terrestres, que no son sensibles á

todas las radiaciones, y porque carecéis de muchos de nuestros sentidos.

— Confieso, contesté, que no comprendo bien vuestra vida marciana en estado de seres de seis miembros.

— Si estas formas no fueran tan elegantes te habrían parecido monstruosas. Cada mundo posee sus organismos apropiados á sus condiciones de existencia. Á mi vez te confieso que el

Apolo del Belvedere y la Venus de Médicis son para los habitantes de Marte verdaderos monstruos por causa de su pesadez animal.

» En nuestro mundo, todo es de exquisita lige-



reza. Aunque nuestro planeta sea mucho más pequeño que el vuestro, los seres son allí mucho mayores que en la tierra, porque como la gravedad es más débil, los organismos pueden elevarse más



sin que lo impida su peso, y sin que su estabilidad quede en peligro.

» Son mayores y más ligeros porque los materiales constitutivos de este planeta tienen muy escasa densidad. Allí ha pasado lo que habría ocurrido en la tierra, de no ser tan intensa en ella la

gravidad. Las especies aladas habrían dominado el mundo, en vez de atrofiarse en la imposibilidad de un desarrollo. En Marte se ha efectuado el desenvolvimiento orgánico en la serie de las especies aladas; en efecto, la humanidad marciana es una especie de origen sextipeda; pero hoy es bipeda, bimana, y lo que podríamos llamar *biala*, puesto que estos seres poseen dos alas.

» El género de vida es completamente distinto del terrestre, primero porque lo mismo se habita en los aires y las plantas aéreas que en la superficie del suelo, y además porque, siendo nutritiva la atmósfera, no se come. Las pasiones no son las mismas que en tu mundo. El homicidio nos es desconocido, y la humanidad, que carece de necesidades materiales, no ha tenido nunca para qué vivir, ni siquiera durante las primeras edades, en la rapiña y la guerra. Las ideas y los sentimientos son de naturaleza completamente intelectual.

» Sin embargo, en mi morada planetaria se encuentran, no diré semejanzas con la tierra, pero sí algunas analogías. Así, allí hay lo mismo que aquí sucesión de días y de noches, que no difiere mucho de la vuestra, puesto que el día marciano es de 24 horas 39 minutos y 55 segundos. Como nuestro año tiene 668 de estos días, tenemos más tiempo que vosotros para nuestros trabajos, investigacio-

nes, estudios y placeres. Nuestras estaciones son análogamente iguales á dos de las vuestras, pero tienen la misma intensidad. Los climas no difieren mucho de los que vosotros conocéis; hay en Marte regiones situadas en las orillas del mar ecuatorial, cuyo clima se distingue menos del de Francia que el de Laponia del de Nubia.

» Un habitante de la tierra no se encuentra allí muy desorientado. La mayor diferencia entre ambos mundos consiste ciertamente en la gran superioridad de nuestra humanidad sobre la vuestra.

» Esta superioridad se debe principalmente á los progresos realizados por la ciencia astronómica y á la propagación universal de sus verdades entre nosotros; y ya sabes tú que sin ella no hay precisión en la ideas, ni se ven tales como son la vida, la creación y los destinos. Hemos sido muy favorecidos por lo agudo y penetrante de nuestros sentidos, y la fuerza de nuestro cielo. En Marte hay mucha menos agua y muchas menos nubes que en la Tierra.

» El cielo está allí casi siempre despejado, sobre todo en la zona intermedia.

— Sin embargo, á veces tienen Vds. inundaciones. ®

— Sí, y no há mucho que vuestros telescopios han señalado una muy extensa, á lo largo de las riberas de un mar á que tus colegas han dado

un nombre que me será siempre amado, aun hallándome lejos de la Tierra. La mayor parte de nuestras costas son playas llanas. Tenemos pocas montañas y nuestros mares no son profundos. Los habitantes aprovechan las inundaciones para regar vastas campiñas. Al efecto han rectificado, ensanchado y canalizado las aguas corrientes, habiendo en los continentes una red de canales inmensos. Estos continentes no se encuentran como los de la Tierra erizados por levantamientos alpestres ó himaláicos, sino que son *llanuras inmensas*, atravesadas en todos sentidos por los ríos canalizados, y por los canales que ponen en comunicación los diversos mares.

» En otra época había en Marte, dada la relación de volúmenes, casi tanta agua como en la Tierra; pero una parte de este líquido fué atravesando insensiblemente las capas del suelo y no ha vuelto á la superficie. Habiéndose combinado químicamente con las rocas, se ha retirado de la circulación atmosférica. Además, las lluvias seculares, las nieves, los vientos, las heladas del invierno y las sequías del verano han desmoronado las montañas y las corrientes de agua han arrastrado esos terrenos al fondo de los mares, disminuyendo así sus profundidades. Ya no tenemos grandes océanos ni mares profundos, sino sólo mediterráneos, y muchos es

trechos, golfos y cuencas análogos á la Mancha, al mar Rojo, al Adriático, el Báltico y el Caspio, playas agradables, abras tranquilas, lagos y anchos ríos, flotas aéreas más bien que acuáticas y cielo casi siempre azul, sobre todo por las mañanas. No hay auroras terrestres tan luminosas como las nuestras.

» El régimen meteorológico se diferencia mucho del vuestro, porque como la atmósfera está más enrarecida, las aguas, que forman depósitos de anchas superficies y escasas profundidades, se evaporan más fácilmente; y además porque al condensarse de nuevo pasan casi sin transición del estado gaseoso al líquido, en vez de formar nubes duraderas. Así es que apenas tenemos cielos cubiertos ni neblinas.

» La pureza del cielo hace que se cultive mucho allí la astronomía. Tenemos dos satélites cuyo curso parece singular á los astrónomos de la Tierra, pues mientras uno nos da meses de 151 horas, ó sea de cinco días marcianos y ocho horas, el otro, cuyo movimiento está combinado con el de rotación diurna del planeta, sale en el momento del ocaso, y se pone en el del orto, atravesando el cielo de oeste á este en cinco horas y media, y pasando en menos de tres de una fase á otra. Este es un espectáculo único en todo el sistema solar, y que á contribuido mucho á llamar la atención de los habi-

tantes sobre el estudio del cielo. Además, tenemos casi todos los días eclipses de lunas, pero no conocemos los eclipses totales de sol porque nuestros satélites son demasiado pequeños.

» La Tierra nos aparece como Venus á vosotros, siendo nuestra estrella de la mañana y de la tarde, y en la antigüedad, antes de que se inventaran los instrumentos de óptica que nos han enseñado que es un planeta habitado como el nuestro — aunque inferiormente, — nuestros antepasados la adoraban, saludando en ella una divinidad tutelar. Todos los mundos han imaginado durante sus siglos de infancia una mitología, que siempre tiene por origen, base y objeto el aspecto aparente de los cuerpos celestes.

» A veces ocurre que la Tierra y la Luna pasan por entre nosotros y el Sol y se proyectan sobre su disco como dos pequeñas manchas negras, una mayor y otra menor. Allí sigue con curiosidad todo el mundo estos fenómenos celestes; nuestra prensa se ocupa mucho más de ciencia que de teatros, literatura, disputas políticas y asuntos judiciales.

» El Sol nos pacere un poco más pequeño y nos da un poco menos de luz y de calor que á vosotros. Nuestros ojos, más sensibles que los vuestros, ven mejor. La temperatura es algo más elevada que en la Tierra.

— ¿Cómo puede ser, repliqué, que hallándose Marte más lejos del Sol que la Tierra, tenga más calor que nosotros?

— Chamounix está algo más lejos del mediodía que la cima del Monte Blanco, me contestó. La distancia al Sol no es la única causa que determina las temperaturas: al mismo tiempo hay que tener en cuenta la constitución de la atmósfera. Nuestros hielos polares se funden más completamente que los vuestros al llegar el verano.

— ¿Cuáles son las regiones más pobladas de Marte?

— Únicamente están inhabitadas las zonas polares, cuyas nieves y hielos veis fundirse desde la Tierra cada primavera. La población de las regiones templadas es muy densa, pero las más pobladas son las tierras ecuatoriales, donde la proporción de habitantes es análoga á la de China, y sobre todo las orillas de los mares, á pesar de las inundaciones. Multitud de ciudades están edificadas casi encima del agua, suspendidas en los aires, dominando de cierto modo las inundaciones, esperadas y calculadas de antemano.

— ¿Vuestras artes é industrias se parecen á las nuestras? ¿Tenéis caminos de hierro, buques de vapor, telégrafos y teléfonos?

— Es otra cosa. Nunca hemos tenido vapores ni

caminos de hierro porque siempre hemos conocido la electricidad, y porque la navegación aérea nos es natural. Nuestras flotas poseen motores eléctricos y son más bien aéreas que acuáticas. Vivimos principalmente en la atmósfera, y no tenemos moradas de piedras, hierro y madera. No conocemos los rigores del invierno, porque nadie está expuesto á ellos; los que no viven en las regiones ecuatoriales emigran al llegar el otoño, como algunas de vuestras aves. Te sería muy difícil formarte idea exacta de nuestro género de vida.

— ¿Hay en Marte muchos humanos que ya han vivido en la Tierra?

— No. Los ciudadanos de tu planeta son en su mayor parte ignorantes, indiferentes ó escépticos, y no están preparados para la vida del espíritu. Así es que están adscritos á la Tierra y lo estarán por espacio de mucho tiempo. Muchas almas duermen completamente. Las que viven y actúan, las que aspiran al conocimiento de la verdad son las únicas que estén llamadas á la inmortalidad consciente, las únicas á quienes interesa el mundo espiritual y que tienen aptitud para comprenderlo. Estas almas pueden abandonar la Tierra y renacer en otras patrias. Algunas van á vivir por cierto espacio de tiempo en Marte, primera etapa de un viaje ultraterrestre en sentido opuesto al Sol ó á Venus, primero

en dirección contraria. Mas Venus es un mundo análogo á la Tierra y menos privilegiado aún, por causa de sus estaciones demasiado rápidas, que obligan á los organismos á experimentar los más bruscos contrastes de temperatura. Ciertos espíritus van inmediatamente á las regiones estrelladas. Según tú sabes, el espacio no existe. En resumen, la justicia reina en el sistema del mundo moral como el equilibrio en el físico, y el destino de las almas no es sino el resultado perpetuo de sus aptitudes, de sus aspiraciones y, por consiguiente, de *sus propias obras*. La vía uránica está abierta á todo el mundo; pero el alma no puede recorrerla más que cuando se desprende enteramente del peso de la vida material. Un día llegará en que no quede en vuestro mismo planeta más creencia ni más religión que el conocimiento del universo y la certidumbre de la inmortalidad en sus regiones infinitas, en su eterno dominio.

— ¡Qué cosa tan extraña, exclamé yo, que nadie conozca en la Tierra esas sublimes verdades! Nadie mira al cielo. Vivimos aquí abajo como si en el universo no existiera más que nuestro islote.

— No hay que desesperar, contestó Spero. La humanidad terrestre es joven, está en la infancia y en la ignorancia primitiva. Así es que se divierte con fruslerías, y obedece á señores que ella misma se

impone. Vosotros gustáis de dividirlos en naciones y os vestís con trajes nacionales para exterminaros luego al son de la música. Después levantáis estatuas á los que os llevan á la carnicería. Os arruináis y os suicidáis, y sin embargo, no podéis vivir sin arrancar á la Tierra vuestro pan cotidiano. Esta es una triste situación, que sin embargo basta ampliamente á la mayor parte de los habitantes de vuestro planeta. Si algunos de ellos, dotados de más elevadas aspiraciones, han pensado alguna vez en los problemas de orden superior, en la naturaleza del alma, en la existencia de Dios, el resultado no ha sido más satisfactorio, pues han arrojado á las almas de la naturaleza y han inventado dioses singulares, infames, que no han existido nunca más que en sus imaginaciones pervertidas, y en cuyo nombre han cometido toda clase de atentados contra la conciencia humana, bendecido los crímenes y sometido los espíritus débiles á servidumbre de que será difícil librarlos. El animal más infimo de Marte es mejor, más hermoso, más dulce, más inteligente y más grande que el dios de los ejércitos de David, de Constantino, de Carlomagno, y de todos vuestros asesinos coronados. No hay, pues, que extrañarse de la estupidez y grosería de los terrícolas. Pero la ley del progreso rige el mundo. Vosotros estáis ahora más adelantados que en tiempo de

vuestros antepasados de la edad de piedra, cuya miserable existencia se consumía en disputar sus días y sus noches á las bestias feroces. Dentro de algunos miles de años seréis más civilizados que actualmente. Entonces reinará en vuestros corazones Urania.

— Sería necesario un hecho material, brutal, que instruyera y convenciese á los humanos. Si pudiéramos, por ejemplo, entrar algún día en comunicación con el planeta cercano en que tú vives, no en comunicación psíquica con un ser aislado según lo hago yo en este momento, sino con el planeta mismo, de modo que hubiera centenares y millares de testigos, esto constituiría un prodigioso salto en el sentido del progreso.

— Desde ahora podríais realizarlo si quisieseis, pues nosotros estamos preparados para esto en Marte y aun lo hemos procurado muchas veces; pero ustedes no nos han contestado nunca. Unos reflectores solares que dibujan en nuestras vastas llanuras figuras geométricas os prueban que existimos. Vosotros podríais contestarnos por medio de otras figuras análogas trazadas en vuestras llanuras, sea durante el día cuando hay sol, sea durante la noche empleando la luz eléctrica. Pero ni siquiera se os ocurre esto, y si alguno tratara de intentarlo, vuestros jueces le nombrarían un cuñador, pues aquella simple idea es inaccesible al sufragio universal de

los ciudadanos de tu planeta. ¿En qué se ocupan vuestras asambleas científicas? En conservar lo pasado. ¿En qué las políticas? En aumentar las cargas públicas. En el reino de los ciegos, el tuerto es rey.

» Pero no hay que desesperar por completo; el progreso os arrastra á pesar vuestro. Un día sabréis al fin que sois ciudadanos del cielo. Entonces viviréis en la luz, en el verdadero mundo del espíritu. »

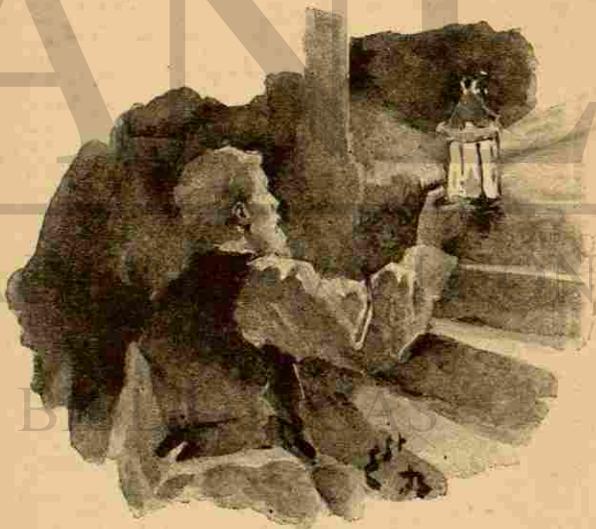
Mientras el habitante de Marte me daba á conocer así los principales rasgos de su nueva patria, el globo terrestre había girado hacia oriente, el horizonte se había inclinado, y la Luna se había elevado gradualmente en el cielo, que iluminaba con sus resplandores. De pronto, al mirar al sitio donde Spero estaba sentado, no pude reprimir un movimiento de sorpresa. La luz de la Luna difundía la claridad sobre su persona lo mismo que sobre la mía, y sin embargo, mientras que mi cuerpo producía en el parapeto una sombra, el suyo no daba origen á ninguna.

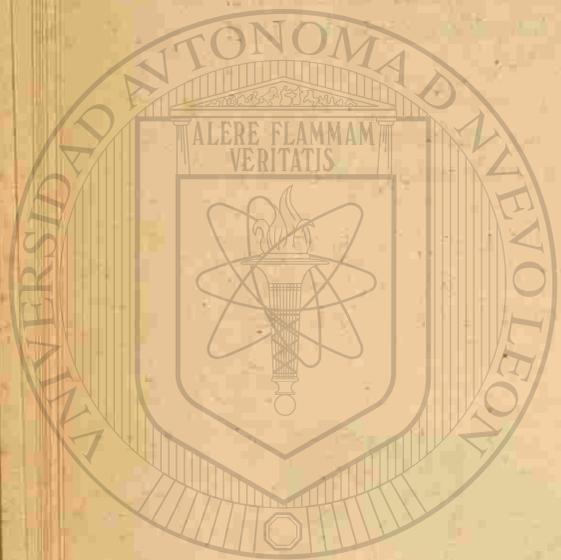
Levantéme bruscamente para comprobar mejor el hecho, y me volví en seguida, alargando la mano hasta su hombro y siguiendo en el parapeto la sombra que este gesto mio producía. Pero mi amigo había desaparecido instantáneamente, y yo me encontraba solo en la silenciosa torre. Mi silueta se proyectaba con gran intensidad sobre la pared, pues

la Luna era muy brillante. El pueblo dormía á mis plantas y ni la más insignificante brisa agitaba el tibio ambiente.

Sin embargo, me pareció oír pasos. Púseme á escuchar, y me convencí efectivamente de que alguien se acercaba con pesado andar, subiendo á la torre.

— ¿El señor no ha bajado aún? me dijo el guardián presentándose. Estoy esperando para cerrar las puertas, y creía que habían acabado las experiencias.





IV

EL PUNTO FIJO EN EL UNIVERSO.

El recuerdo de Urania, del viaje celeste que di bajo su dirección, el de las verdades que me había hecho presentir la musa, la historia de Spero, de sus combates en busca de lo absoluto, su aparición, su pintura de otro mundo, todo esto ocupaba vivamente mi pensamiento y presentaba perpetuamente ante mi espíritu los mismos problemas, en parte resueltos y en parte velados por la incertidumbre de nuestros conocimientos. Comprendía que me había elevado gradualmente en la percepción de la verdad y que en rigor el universo visible no es más que una apariencia que precisa traspasar para llegar hasta la realidad.

En el testimonio de nuestros sentidos, todo es ilusión. La Tierra no es lo que parece, ni la naturaleza lo que pensamos.

Aun considerando el universo físico; ¿dónde está el punto fijo alrededor del cual se encuentra la creación material en equilibrio?

La impresión directa y natural suministrada por la observación de la naturaleza es que vivimos en la superficie de una Tierra sólida, estable, fija en el centro del universo. Se han necesitado largos siglos de estudios y audaz temeridad de espíritu para llegar á librarse de esta impresión natural y á reconocer que el mundo donde estamos se encuentra aislado en el espacio, sin que nada lo sostenga y moviéndose rápidamente sobre sí mismo y en torno del Sol. Mas, para los siglos anteriores al análisis científico, para los pueblos primitivos, y aun hoy para las tres cuartas partes del género humano, nuestros pies descansan en una tierra sólida, firme en la base del universo, y cuyos cimientos deben extenderse en las profundidades hasta lo infinito.

Sin embargo, desde que se averiguó que todos los días sale y se pone el mismo Sol, y la misma Luna; y que siempre son las mismas estrellas y constelaciones las que giran alrededor nuestro, hubo que admitir, con incontestable certeza, que por debajo de la Tierra parece existir el espacio vacío necesari-

rio para dejar que pasen los astros todos del firmamento, en el tiempo que media desde su ocaso hasta su salida. Este hecho primordial era capitalísimo. La primera gran conquista de la Astronomía fué admitir el aislamiento de la Tierra en el espacio. Este era el primer paso que había que dar, y ciertamente el más difícil. ¡Imaginaos si era importante! ¡Suprimir los cimientos de la Tierra! Semejante idea no habría germinado nunca en cerebro alguno humano sin la observación de los astros, si pongamos por ejemplo, la falta de transparencia de la atmósfera nos hubiese impedido contemplarlos. Si el cielo hubiera estado cubierto perpetuamente de nubes, el pensamiento humano habría quedado fijo al suelo terrestre, como las ostras á sus peñas.

Una vez que la Tierra quedó aislada en el espacio, pudieron efectuarse nuevos progresos. Antes de esta revolución, cuyo alcance filosófico es tan grande como su importancia científica, se habían atribuido á nuestra morada sublunar toda clase de formas. Primeramente se tuvo á la Tierra por una isla que surgía sobre un Océano sin límites; sus cimientos llegaban hasta lo infinito. Después se supuso que el planeta entero con sus mares tenía la forma de un disco plano, circular, en cuyos bordes descansaba la bóveda del firmamento. Más tarde se

le atribuyeron figuras cúbicas, cilíndricas, poliédricas, etc. Sin embargo, los progresos de la navegación tendían á revelar su naturaleza esférica, y cuando no quedó duda alguna sobre su aislamiento, esta esfericidad fué admitida como corolario natural de aquél y del movimiento circular de las esferas celestes en torno de nuestro globo, que se suponía situado en el centro.

Aislado ya en el espacio el globo terrestre, no era difícil echarlo á andar. Mientras se había considerado al cielo como una bóveda que cubría la maciza é indefinida Tierra, era absurdo é insostenible suponer á ésta en movimiento. Pero cuando se la vió con los ojos del espíritu colocada como una enorme bola en el centro de los movimientos celestes, pudo venir naturalmente á la inteligencia del pensador la idea de que quizás ese globo giraba sobre sí mismo, para evitar al cielo entero, al universo inmenso, la obligación de realizar aquella operación cotidiana; en efecto, la hipótesis de la rotación diurna del globo terrestre se manifestó en las antiguas civilizaciones, entre los griegos, los egipcios, los indios, etc. Basta leer algunos capítulos de Ptolomeo, de Plutarco, del Surya-Siddhanta, para darse cuenta de estas tentativas; pero si bien la nueva hipótesis era consecuencia de la primera, pareció muy audaz y contraria al sentimiento

general que habia originado la contemplación directa de la naturaleza. La humanidad pensante tuvo que esperar hasta el siglo xvi de nuestra era, ó mejor dicho, hasta el xvii, para conocer la verdadera posición de nuestro planeta en el universo, y *saber*, de manera probada, que se mueve con doble movimiento, cada día sobre sí mismo, y anualmente alrededor del Sol. Únicamente á partir de esa fecha quedó constituida la Astronomía real, gracias á los trabajos de Copérnico, Galileo, Képler y Newton.

Sin embargo, esto no era más que un comienzo, pues el mismo Copérnico, el gran renovador del sistema del mundo, no adivinó los demás movimientos de la Tierra ni tuvo idea de las distancias á que se encuentran las estrellas. Estas medidas no han podido efectuarse hasta nuestro siglo, y únicamente en nuestros días es cuando los descubrimientos siderales nos han suministrado datos bastantes para permitir los ensayos de explicación sobre las fuerzas que mantienen el equilibrio universal.

La antigua idea de los interminables cimientos atribuidos á la Tierra dejaba evidentemente mucho que desear á los espíritus que procuran penetrar hasta el fondo de las cosas. En efecto, nos sería absolutamente imposible concebir un pilar ó columna

material, por grueso y ancho que se le suponga (del diámetro de la Tierra, v. g.) que penetrase hasta lo infinito, así como tampoco cabría admitir la existencia real de un bastón que sólo tuviese un extremo. Por lejos que nuestro espíritu llegue en la contemplación de esa columna material, siempre alcanza un punto en que ve su fin. Al materializar la esfera celeste y al colocar la Tierra dentro de ella, en su parte inferior, se había velado la dificultad; pero por una parte era difícil justificar los movimientos de los astros, y por otra se comprendía que aquel universo material, contenido en inmenso globo de cristal, no estaba sostenido por nada, puesto que en torno suyo debía extenderse el espacio infinito, tanto por encima como por debajo. Los espíritus investigadores tuvieron que empezar por librarse de la idea vulgar de la gravedad.

Completamente aislada en el espacio, como un globo de caucho que flota en el aire, y más aún, puesto que éste es sostenido por las ondas atmosféricas, mientras que los mundos gravitan en el vacío, la Tierra es un juguete para las fuerzas cósmicas invisibles á que obedece, verdadera bomba de jabón, que se mueve al menor soplo. Por lo demás, es fácil convencerse de esto considerando de golpe y reunidos los *once* movimientos principales de que está animada. Quizás ellos nos ayudarán á

encontrar ese « punto fijo » que nuestra ambición filosófica reclama.

Como nuestro planeta está á 37.000.000 de leguas del Sol, y como efectúa á esta distancia su revolución anual alrededor del astro luminoso, resulta que anda con velocidad de 645.000 leguas por día, ó sean 26.800 por hora y 29.450 metros por segundo.

Esta velocidad es 1.100 veces más rápida que la de un tren relámpago que recorriese 400 kilómetros por hora.

Es un proyectil que se mueve con rapidez setenta y cinco veces superior á la de un obús, proyectil que anda eternamente sin llegar nunca á su objetivo. Esa bala terrestre vuelve al mismo punto de su órbita relativamente al Sol en 365 días 6 horas 9 minutos y 10 segundos, y continúa después su camino. Por su parte, el Sol se mueve también en el espacio, siguiendo una línea oblicua al plano del movimiento anual de la Tierra y se dirige hacia la constelación de Hércules. De esto resulta que en vez de trazar una curva cerrada, la Tierra describe una espiral, de manera que nunca ha pasado dos veces por el mismo punto desde que existe. Así pues, á su movimiento de revolución anual alrededor del Sol se añade perpetuamente, como segundo movimiento, el del Sol mismo, que la arrastra con

todo el sistema en un descenso oblicuo hacia la constelación de Hércules.

Durante este tiempo, nuestro globulillo gira sobre sí mismo en veinticuatro horas, proporcionándonos así la sucesión cotidiana y constante de los días y de las noches. La rotación diurna es, pues, el tercer movimiento.

Mas, nuestro planeta no gira sobre sí mismo recto á manera de una peonza que se moviera verticalmente sobre una mesa, sino que se inclina, como todo el mundo sabe, $25^{\circ} 27'$. Tampoco esta inclinación es estable, pues varía de año en año y de siglo en siglo, oscilando por periodos seculares. Ahí tenéis un nuevo género de movimiento, el cuarto.

La órbita que la Tierra recorre anualmente alrededor del Sol no es circular, sino elíptica. Esta elipsis varía igualmente á su vez de año en año y de siglo en siglo, acercándose ya á una circunferencia de círculo, ya alargándose hasta alcanzar considerable excentricidad. Es una especie de aro elástico que se deforma más ó menos. Quinta complicación en los movimientos de nuestro mundo.

Á su vez esta elipse no se presenta fija en el espacio, sino que gira en su propio plano, en un periodo de 21.000 años. El perihelio, que al principio de nuestra era, se efectuaba á 65 grados de longitud á partir del equinoccio de primavera, se produce

ahora á los 101 grados. Este movimiento secular de la línea de los ápsides constituye una complicación más, la sexta, en los movimientos de nuestra morada.

Hé aquí la séptima. Hemos dicho hace un momento que el eje de rotación de nuestro globo está inclinado, y todo el mundo sabe que la prolongación ideal de esa línea se dirige hacia la estrella polar. Tampoco este eje es fijo, pues gira en 25.765 años, conservando su inclinación de 22 á 24 grados; de manera que su prolongación describe en la esfera celeste, alrededor del polo de la eclíptica, un círculo de 44 á 48 grados de diámetro, según las épocas. Por efecto de este movimiento del polo es por lo que Vega se convertirá dentro de 12.000 años en estrella polar, según fué hace ya otros 14.000.

El octavo movimiento, que se debe á la acción de la Luna sobre la ampliación ecuatorial de la Tierra, el de la nutación, hace describir á un punto cualquiera del ecuador una pequeña elipse en 18 años y 8 meses.

El noveno, originado igualmente por la atracción de nuestro satélite, modifica incesantemente la posición del centro de gravedad del globo y la posición de la Tierra en el espacio: cuando la Luna está delante de nosotros, acelera la marcha del globo;

cuando está detrás, la retrasa, como haría un freno : esta es una complicación mensual que se agrega á las precedentes.

Cuando la Tierra pasa por entre el Sol y Júpiter, la atracción de éste la hace desviarse $2' 10''$ fuera de su órbita absoluta, á pesar de los 155 millones de leguas que median entre los dos planetas. La atracción de Venus produce una desviación de $1' 25''$ en sentido contrario. Saturno y Marte ejercen también esas acciones, pero en mucho menos grado. Estas son perturbaciones exteriores que constituyen un décimo género de correcciones, que hay que agregar á los movimientos de nuestro celeste esquife.

Como el conjunto de los planetas pesa próximamente $\frac{1}{700}$ del peso del Sol, el centro de gravedad en torno del cual circula la Tierra anualmente, no se encuentra nunca en el centro mismo del Sol sino lejos de él y aun en ocasiones fuera del globo solar. De modo que, hablando en absoluto, la Tierra no gira alrededor del Sol, sino que ambos astros, Sol y Tierra se mueven en torno de su centro común de gravedad. Así pues, el centro del movimiento anual de nuestro planeta cambia constantemente de sitio, y podemos agregar esta oncenava complicación á las anteriores.

Podríamos contar muchas más; pero lo que precede basta para apreciar lo ligera y sutil que es

nuestra isla flotante, sometida, según se ve, á todas las fluctuaciones de las influencias celestes. El análisis matemático va mucho más allá de este sucinto resumen; ese análisis ha descubierto á la Luna, que tan tranquilamente parece girar alrededor nuestro, más de sesenta causas distintas de movimientos diferentes.

La expresión que habíamos empleado no tiene en consecuencia nada de exagerado : nuestro planeta no es más que un juguete para las fuerzas cósmicas que la guían por los campos del cielo, y lo mismo ocurre con todos los mundos y con cuanto existe en el universo. La materia obedece dócilmente á la fuerza.

¿ Dónde está, pues, el punto fijo en que ambicionamos sostenernos?

En realidad, nuestro planeta, que otras edades colocaron en la base del mundo, está sostenido á distancia por el Sol, que lo hace gravitar en torno suyo con velocidad correspondiente á esta distancia. Esta velocidad, producida por la misma masa solar, mantiene á nuestro planeta á la misma distancia media del astro central : si fuera menor, la gravedad dominaría y haría caer la Tierra en el Sol; si por el contrario fuese mayor, alejaría progresiva é infinitamente nuestro planeta del foco que le da vida. Mas, por la velocidad que resulta de la gravi

tación, nuestra errante morada permanece en constante estabilidad. Análogamente, la Luna está sostenida en el espacio por la fuerza de gravedad de la Tierra, que la hace girar en torno suyo con la velocidad requerida para mantenerla constantemente á la misma distancia media. De esta manera la Tierra y la Luna forman en el espacio una pareja planetaria, que se sostiene en perpetuo equilibrio bajo la dominación suprema de la atracción solar. Si en el mundo no existiese más que la Tierra sola, permanecería eternamente inmóvil en el punto del vacío infinito donde hubiera sido colocada, sin poder nunca bajar, ni subir, ni mudar de posición fuera como fuese, y estas expresiones, bajar, subir, izquierda y derecha no tienen ningún sentido absoluto. Si existiendo sola, hubiese esa misma Tierra recibido un impulso cualquiera, que la hubiera lanzado en una dirección determinada, correría eternamente en línea recta en esta dirección, sin poder nunca pararse ni disminuir de velocidad, ni cambiar de movimiento. Lo mismo ocurriría si sólo existiesen ella y la Luna : ambas girarían en torno de su centro común de gravedad, cumpliendo su destino en el mismo punto del espacio, huyendo juntas en la dirección en que hubiesen sido proyectadas. Mas, como el Sol existe y es el centro de su sistema, la Tierra, todos los planetas y sus satélites dependen

de él y tienen unida irrevocablemente con él su suerte.

¿ Existe, pues, acaso en ese colosal y monstruoso globo del Sol el punto fijo que busquemos, la base sólida que parecemos apetecer para garantizar la estabilidad del universo?

No, ciertamente, toda vez que el Sol no está en reposo, y puesto que nos lleva con todo su sistema hacia la constelación de Hércules.

¿ Gravita por ventura nuestro Sol en torno de otro inmenso cuya atracción le alcanzara para regir sus destinos, como hace él con los planetas? ¿ Los trabajos de la astronomía sideral nos conducen acaso á pensar que pueda existir un astro de tal potencia en una dirección que corte en ángulo recto la de nuestra marcha hacia Hércules? No. Nuestro Sol está sometido á las atracciones siderales; pero ninguna de ellas parece dominar á las restantes y regir como soberana el movimiento de nuestro astro central.

Aunque sea perfectamente admisible, ó por mejor decir, cierto, que el sol más cercano al nuestro, la estrella Alfa del Centauro, y nuestro propio sol ejercen uno sobre otro mutua atracción, no es posible considerar sin embargo á estos dos astros como un par análogo á los de las estrellas dobles, primeramente porque todos los sistemas de éstas se com-

ponen de astros mucho más cercanos uno á otro; además porque en la inmensidad de la órbita descrita con arreglo á esta hipótesis, las atracciones de las estrellas cercanas no podían ser consideradas como desprovistas de influencia, y finalmente porque las velocidades reales de que esos soles se encuentran animados son mucho mayores que las que resultarían de su atracción mutua.

Sobre todo, la pequeña constelación de Perseo podría ejercer realmente una acción más poderosa que la de las Pléyades, ó que cualquier otro grupo de estrellas, y ser el punto fijo, el centro de gravedad de los movimientos de nuestro sol, de Alfa del Centauro y de las estrellas cercanas, puesto que los agrupamientos de Perseo se encuentran, no sólo en ángulo recto respecto de la tangente de nuestra traslación hacia Hércules, sino también en el círculo máximo de las estrellas principales, y precisamente en su intersección con la Via láctea. Pero en esto interviene otro factor, más importante que los anteriores, y es la Via láctea, con sus diez y ocho millones de soles, cuyo centro de gravedad sería realmente demasiado audaz buscar.

Pero ¿qué es en definitiva la Via láctea entera, si se la compara con los miles de millones de estrellas que nuestro pensamiento contempla en el seno del universo sideral? ¿No se mueve á su vez esta Via

láctea como un archipiélago de islas flotantes? ¿No es cada nebulosa resoluble, y cada grupo de estrellas una Via láctea que se mueve impulsada por la gravitación de los restantes universos que la llaman y la solicitan á través de la noche infinita?

De estrellas en estrellas, de sistemas en sistemas, de playas en playas, nuestro pensamiento pasa á considerar las magnitudes insondables y los movimientos celestes cuya velocidad ha empezado á ser calculada; pero que ya sobrepujan cuanto cabe imaginar. El movimiento anual propio del sol del Alfa del Centauro pasa de 188 millones de leguas al año. El de la 61ª del Cisne (segundo sol en el orden de las distancias) equivale á 370 millones de leguas, ó sea 1 millón próximamente al día. La estrella Alfa del Cisne viene sobre nosotros en línea recta con una velocidad de 500 millones de leguas al año. El movimiento propio de la estrella 1850 del Catálogo de Groombridge se eleva á 2.590 millones de leguas anuales, lo que representa 7 al día, 115.000 kilómetros por hora y 320.000 metros por segundo. Y estos son no más que valores mínimos, puesto que ciertamente nosotros no vemos de frente, sino oblicuamente, los movimientos estelares considerados. ¡Qué proyectiles! Esos soles, miles y millones de veces más pesados y voluminosos que la Tierra, corren á través de los espacios insondables con veloci-

dades ultravertiginosas, y circulan en la inmensidad bajo la influencia de la gravitación de todos los astros del universo. Y esos millones, y esos miles de millones de soles, de planetas, de agrupaciones estelares, de nebulosas, de mundos que empiezan y de mundos que acaban, se precipitan con velocidades análogas hacia objetivos que ignoran, con una energía y una intensidad de acción ante los cuales son la pólvora y la dinamita soplos de pechos infantiles.

Así corren todos, quizás eternamente, sin poder acercarse nunca á los límites no existentes de lo infinito... En todas partes movimiento, actividad, luz y vida. Y eso felizmente, porque si todos los innumerables soles, planetas, tierras, lunas y cometas permanecieran fijos é inmóviles, como reyes petrificados en sus eternas tumbas, el aspecto de semejante universo sería mucho más formidable, y profundamente doloroso. ¿Os representáis la Creación entera parada, estática, momificada? Tal idea no puede sostenerse; ¿no os parece por ventura fúnebre?

¿Y cuál es la causa de estos movimientos? ¿Quién los perpetúa y los rige? La gravitación universal, la fuerza invisible, á la cual obedece el universo visible (lo que nosotros llamamos la materia). Un cuerpo atraído por la Tierra desde lo infinito alcanzaría una velocidad de 11.500 metros por segundo; aná-

logamente, un cuerpo lanzado desde la Tierra con esta velocidad no volvería á caer nunca en ella. Uno que el Sol atrajera, desde lo infinito también, llegaría á tener la velocidad de 608.000 metros; del mismo modo un cuerpo lanzado por el Sol con esta velocidad no regresaría nunca á su punto de partida. Los grupos de estrellas pueden determinar velocidades mucho más considerables aún; pero que se explican por la teoría de la gravitación. Basta con echar una ojeada sobre un mapa de los movimientos propios de las estrellas para darse cuenta de la variedad de estos movimientos y de su magnitud.

Así pues, las estrellas, los soles, los planetas, los mundos, los cometas, las estrellas errantes, los uranólitos, en una palabra, todos los cuerpos constitutivos de este vasto universo descansan, no en bases sólidas, según parecía exigirlo la concepción primitiva é infantil de nuestros padres, sino *en las fuerzas invisibles é inmateriales* que rigen sus movimientos. Esos miles de millones de cuerpos celestes tienen como causa de estabilidad sus movimientos respectivos y se apoyan unos en otros á través del vacío que los separa. El espíritu que supiera hacer abstracción del tiempo y del espacio vería á la

Tierra, á los planetas, al Sol y á las estrellas llover de un cielo sin límites, en todas las direcciones imaginables, como gotas arrebatadas por los torbellinos de una gigantesca tempestad y que atrajeran, no una base solamente, sino todas y cada una de ellas al mismo tiempo; esas gotas cósmicas, esos mundos, esos soles, se mueven con tal rapidez que el vuelo de las balas de cañón es el reposo absoluto respecto de sus velocidades: no se trata de cien, ni de quinientos, ni de mil metros; sino de diez mil, de veinte mil, de cincuenta, de cien mil, y hasta de doscientos y trescientos mil metros *por segundo*.

¿Cómo no se producen choques en medio de semejantes movimientos? Tal vez los hay: las « estrellas temporales » que parecen renacer de sus cenizas, lo indican quizás. Pero en realidad estos encuentros son muy difíciles, porque el espacio es inmenso relativamente á las dimensiones de los cuerpos celestes, y porque el movimiento que anima á cada cuerpo le impide precisamente experimentar de manera pasiva la atracción de otro cuerpo y caer sobre él: conserva, pues, su movimiento propio, que no puede ser destruido, y se desliza en torno del foco que lo atrae como una mariposa que obedeciera á la atracción de una llama sin quemarse en ella. Por lo demás, hablando en absoluto, estos movimientos no son « rápidos. »

En efecto, todo eso corre, vuela, cae, rueda, se precipita á través del vacío, pero á tales distancias respectivas que todo parece en calma. Si quisiéramos colocar en un marco de las dimensiones de París los astros cuya distancia ha sido medida hasta hoy, la estrella más cercana se encontraría á 2 kilómetros del Sol, del cual distaría la Tierra 1 centímetro, Júpiter 5 y Neptuno 50. La 61ª del Cisne quedaría á 4 kilómetros, Sirio á 10, la Estrella polar á 27, etc., y la inmensa mayoría de las estrellas saldría de los límites del departamento del Sena. Pues bien, animando á todos estos proyectiles y dándoles sus velocidades relativas, la Tierra debería emplear un año en recorrer su órbita de un centímetro de radio, Júpiter doce en andar la suya de cinco centímetros y Neptuno ciento sesenta y cinco años. Los movimientos propios del Sol y de las estrellas serían de análogo orden, es decir que, aun mirando los cuerpos con el microscopio, todo parecería en reposo. Urania reina con calma y serenidad sobre el inmenso universo.

Ahora bien, la constitución del universo sideral es la imagen de la de los cuerpos que nosotros llamamos materiales. Todo cuerpo, orgánico ó inorgánico, hombre, animal, planta, piedra, hierro, bronce, está compuesto de moléculas en movimiento perpetuo y que jamás se tocan. Cada uno de es-

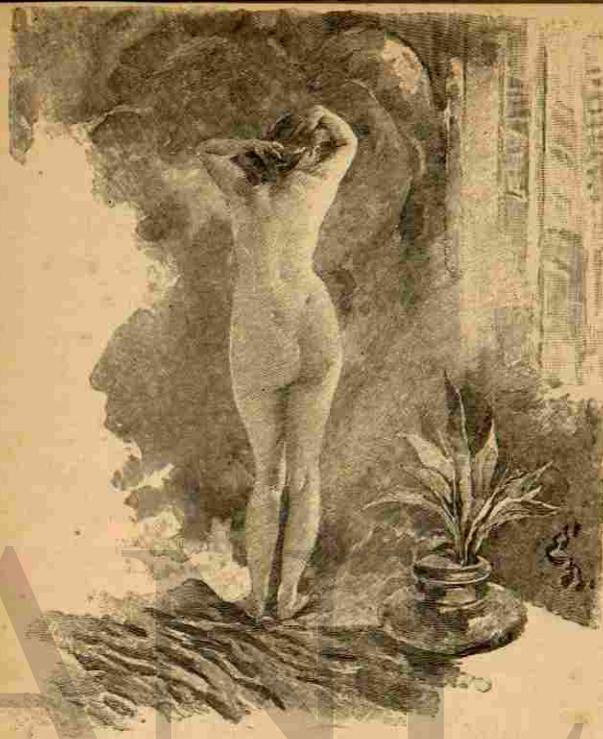
tos átomos es infinitamente pequeño, é invisible, no sólo para la vista, no sólo para el microscopio, sino hasta para el pensamiento, puesto que es posible que estos átomos no sean más que centros de fuerzas. Se ha calculado que en una cabeza de alfiler hay nada menos que ocho sextillones de átomos, ó sea ocho mil miles de millón, y que en 1 centímetro cúbico de aire entra un sextillón de moléculas. Todos esos átomos y moléculas están en movimiento bajo la acción de las fuerzas que los rigen, separándolos distancias que son grandes relativamente á sus dimensiones. Hasta podemos pensar que en principio no existe más que un género de átomos, y que el número de los primitivos, esencialmente simples y homogéneos, la manera de estar dispuestos y sus movimientos, son lo que constituye la diversidad de las moléculas: una de oro ó de hierro no se diferencia en esta hipótesis de la de azufre, oxígeno, hidrógeno, etc., más que en el número, la disposición y el movimiento de los átomos primitivos que la componen: en tal supuesto, cada molécula vendría á ser un sistema, un microcosmos.

Pero sea cual fuere la idea que se forme de la constitución íntima de los cuerpos, la verdad admitida hoy y para siempre incontrovertible es que el punto fijo buscado por nuestra imaginación no existe en parte ninguna. Arquímedes reclamará en vano

un punto de apoyo para mover el planeta. *Los mundos, lo mismo que los átomos, descansan, se apoyan en lo invisible*, en la fuerza inmaterial; todo se mueve, solicitado por la atracción y como para ir en busca de ese punto fijo que se esconde á medida que se le persigue, y que no existe, toda vez que en lo infinito el centro está en todas partes y en ninguna. Los supuestos espíritus positivos que afirman con tanta seguridad que « la materia y sus propiedades solas existen », y que sonríen con desdén ante las disquisiciones de los pensadores, deberían explicarnos ante todo qué entienden por esta extraordinaria expresión « materia ». Si no se pararan en la superficie de las cosas, si sospecharan que las apariencias ocultan realidades intangibles, serían probablemente algo más modestos.

Á nosotros, que buscamos la verdad sin ideas preconcebidas y sin espíritu de sistema, á nosotros nos parece que la esencia de la materia sigue siendo tan misteriosa como la de la fuerza; en efecto, el universo visible no es en manera alguna lo que parece á nuestros sentidos. En realidad, el universo visible está compuesto de átomos invisibles, descansa en el vacío, y las fuerzas que lo rigen son también inmateriales é invisibles. Menos atrevido sería pensar que la materia no existe, que todo es dinamismo, que no pretender afirmar la existencia

de un universo exclusivamente material. En cuanto al sostén material del mundo, ha desaparecido, y esto es realmente original, con las conquistas de la Mecánica, que proclaman el triunfo de lo invisible. El punto fijo se desvanece en la universal ponderación de los poderes, en la ideal armonía de las vibraciones del éter; mientras más se le busca, menos se le encuentra; y el postrer esfuerzo de nuestro pensamiento tiene por apoyo final, por suprema realidad, LO INFINITO.



V

ALMA VESTIDA DE AIRE.

Estaba en pie, en su casta desnudez, con los brazos levantados en dirección de su cabellera, cuyas flexibles y opulentas masas trenzaba, procurando sujetarlas en la parte superior de la cabeza. Era una belleza juvenil, que no había alcanzado todavía la perfección y amplitud de las formas definitivas, pero que se acercaba á ellas, radiante en la aureola de sus diez y siete primaveras.

de un universo exclusivamente material. En cuanto al sostén material del mundo, ha desaparecido, y esto es realmente original, con las conquistas de la Mecánica, que proclaman el triunfo de lo invisible. El punto fijo se desvanece en la universal ponderación de los poderes, en la ideal armonía de las vibraciones del éter; mientras más se le busca, menos se le encuentra; y el postrer esfuerzo de nuestro pensamiento tiene por apoyo final, por suprema realidad, LO INFINITO.



V

ALMA VESTIDA DE AIRE.

Estaba en pie, en su casta desnudez, con los brazos levantados en dirección de su cabellera, cuyas flexibles y opulentas masas trenzaba, procurando sujetarlas en la parte superior de la cabeza. Era una belleza juvenil, que no había alcanzado todavía la perfección y amplitud de las formas definitivas, pero que se acercaba á ellas, radiante en la aureola de sus diez y siete primaveras.

Era hija de Venecia, y sus carnes, de color blanco ligeramente sonrosado, permitían adivinar debajo de su transparencia, la circulación de una savia fuerte y ardorosa; sus ojos brillaban con misterioso y desvanecedor brillo, y el carmin aterciopelado de sus labios apenas entreabiertos hacía pensar ya tanto en el fruto como en la flor.

Su belleza era, pues, maravillosa, y si algún nuevo París hubiera recibido misión de otorgarle la palma vencedora, no sé si habría puesto á sus plantas la de la gracia, de la elegancia ó de la belleza, pues en aquel cuerpo se reunían los encantos animados de la seducción moderna y las tranquilas perfecciones de la belleza clásica.

La más feliz é inesperada de las casualidades la había puesto en presencia del pintor Falero y mía. En una luminosa tarde de la primavera última, paseándonos á orillas del mar, atravesamos uno de esos bosques de olivos de triste ramaje que se encuentran entre Niza y Monaco; sin darnos cuenta de ello, penetramos en una propiedad particular abierta por la parte de la playa. Un pintoresco sendero subía serpenteando hacia la colina. Acabábamos de pasar por encima de un bosquecillo de naranjos cuyas manzanas de oro recordaban el jardín de las Hespérides; el aire estaba perfumado, el cielo tenía color azul profundo, y nosotros nos entrete-

niamos en discurrir sobre las bellezas comparadas del arte y de la ciencia, cuando de pronto se detuvo mi compañero, como á impulsos de irresistible fascinación, haciéndome una señal para que me callase y mirara.

Detrás de los plantíos de nopales y de higueras de Berberia, á unos cuantos pasos delante de nosotros, se divisaba una sala de baño suntuosa, con la ventana que miraba al sol abierta; y en ella, no lejos de una tina de mármol en que caía un hilito de agua susurrando suavemente, pudimos ver á la joven desconocida, que desnuda de la cabeza á los pies, se miraba en un colosal espejo, donde se reflejaba su imagen. Es probable que el ruido del agua le había impedido darse cuenta de nuestra presencia. Así fué que nos quedamos discretamente — ó mejor dicho, indiscretamente — detrás de los nopales mirándola desde allí sin movernos ni hablar.

Era realmente hermosa, pero parecía no saberlo. Andaba sobre una piel de tigre y parecía no tener prisa. Notando sin duda que su larga cabellera estaba aún demasiado húmeda, la dejó caer otra vez á lo largo de su cuerpo, se volvió hacia donde nosotros estábamos y fué á coger una rosa en una mesa próxima á la ventana. Después se dirigió de nuevo hacia el inmenso espejo, continuó su peinado, lo terminó tranquilamente, colocó la rosa en-

tre dos trenzas y, volviendo la espalda al sol, se bajó, sin duda para coger su camisa. Mas de pronto, se alzó otra vez, lanzó un agudo grito y escondiendo el rostro en sus manos, corrió á ocultarse en un rincón obscuro.

Nosotros hemos creído siempre que un movimiento de vuestras cabezas le reveló nuestra presencia, ó que nos divisó en algún juego de la luz en el espejo. Fuese como quiera, nos pareció prudente volver sobre nuestros pasos y, echando por el mismo sendero, nos dirigimos hacia la playa.

— ¡Ah! exclamó mi compañero, le confieso que entre todos mis modelos no hay ninguno más perfecto, ni aun los que me han servido para mis cuadros de las «estrellas dobles» y de «Celia».

¿Qué le parece á V.? ¿No ha venido esta aparición á punto para darme la victoria? Celebre V., si quiere, con elocuencia las delicias de la ciencia; pero con venga en que también el arte tiene sus encantos.

¿No es verdad que las estrellas de la Tierra rivalizan con las bellezas del cielo y aun les son superiores? ¿No admira V., lo mismo que yo, la elegancia de esas formas? ¿qué encantadores tonos, qué líneas!

— No tendré el mal gusto, repliqué, de no admirar lo que es realmente hermoso, y admito que la belleza humana (y sin vacilar lo confieso, la femenina principalmente) representa en realidad lo más perfecto que la naturaleza ha producido en nuestro planeta. Pero ¿quiere V. saber lo que más admiro en este ser? Pues no es su aspecto artístico ó estético, sino el testimonio científico que nos suministra de un hecho realmente maravilloso. En ese cuerpo encantador veo yo un alma vestida de aire.

— ¡Cuán aficionado es V. á la paradoja! replicó. ¡Un alma vestida de aire! La cosa es demasiado idealista para un cuerpo tan real. Que esta encantadora joven tenga un alma, es cosa de que no me atrevería á dudar; pero permita V. que el artista admire su cuerpo, su vida, su solidez, y su color... Casi diría, con el poeta de las *Orientales*:

Car c'est un astre qui brille
Qu'une fille
Qui sort d'un bain au flot clair,
Cherche s'il ne vient personne,
Et frissonne,
Toute mouillée, au grand air!

— No se lo prohibo á V.; pero precisamente esta belleza física es la que me hace admirar en ella la fuerza invisible que la ha formado.

— ¿Qué quiere V. decir? No cabe duda de que se

posee un cuerpo : la existencia del alma es menos palpable.

— Para los sentidos si ; para el espíritu no. Pues bien, los sentidos nos engañan por completo en lo que toca al movimiento de la Tierra, á la naturaleza del cielo, á la solidez aparente de los cuerpos, los seres y las



cosas. ¿ Quiere V. seguir por un momento el hilo de mi razonamiento?

» Cuando aspiro el aroma de una rosa, cuando admiro la belleza de forma, la suavidad de colorido, la elegancia de esta flor que empieza á abrirse, lo que más me impresiona es el trabajo de la fuerza oculta, desconocida, misteriosa, que preside á la vida de la planta, que sabe guiarla en la conservación de su existencia, que elige las mo-

lèculas de aire, de agua, de tierra convenientes para su alimentación y que sabe, sobre todo, asimilar esas moléculas, y agruparlas delicadamente



hasta el punto de formar con ellas este tallo esbelto, estas pequeñas hojuelas verdes tan finas, estos pétalos de tan apagado color rosado, estos exquisitos tonos y estos deliciosos perfumes.

» La fuerza misteriosa es el principio animico de la planta. Echad en la tierra, unos al lado de otros, una semilla de azucena, una bellota de encina, un grano de trigo y un hueso de durazno, y observaréis que cada germen se construye su organismo.

» He conocido un arce que se moria sobre los escombros de una pared vieja, á unos cuantos metros de la buena tierra del foso y que, desesperado, lanzó á la ventura una raiz, alcanzó el suelo que apetecía, penetró en él, se afianzó sólidamente y tan bien que, poco á poco fué cambiando de sitio, dejó morir sus primitivas raíces, abandonó las piedras y vivió resucitado y transformado por el órgano libertador. He visto olmos que iban á comer la tierra debajo de un campo fértil, á los cuales les cortaron los viveres por medio de un ancho foso, y que tomaron la resolución de hacer pasar por debajo del foso sus raíces no cortadas : y en efecto, lo consiguieron, volviendo á su mesa permanente, con asombro del horticultor. He sido testigo del heroísmo de un jazmín que atravesó ocho veces un tablón agujereado que lo separaba de la luz y que un observador pesado volvia hacia la obscuridad, en la esperanza de vencer al fin la energía de aquella flor, en lo cual se engañó.

» La planta respira, bebe, come, elige, rechaza, busca, trabaja, vive y obra con arreglo á sus ins-

tintos; una disfruta de salud tan robusta « como un roble », otra está enferma, la de más lejos parece nerviosa y agitada. La sensitiva se estremece y como si dijéramos, se desmaya al menor contacto; en ciertos momentos de bienestar el yaro presenta elevada temperatura, el clavel fosforece, la valisneria fecundada baja al fondo de las aguas para que el fruto de sus amores madure. Bajo estas manifestaciones de una vida desconocida, el filósofo no puede menos de reconocer en el mundo de las plantas un cántico del coro universal.

» No voy en este momento más allá en lo que se refiere al alma humana, por más que sea muy superior á la de la planta, y por más que ella haya creado un mundo intelectual tan elevado sobre lo demás de la vida terrestre, como pueden estarlo las estrellas sobre nuestro planeta. No la consideraré aquí, no, en lo relativo á sus facultades espirituales, sino únicamente como fuerza que anima al ser humano.

» Pues bien, me admiro de que esta fuerza agrupe los átomos que respiramos, ó que nos asimilamos por la nutrición, hasta el punto de constituir el ser encantador que acabamos de ver. Imaginaos esta joven el día de su nacimiento; siga V. con el pensamiento el desarrollo gradual de este pequeño cuerpo, á través de los años de la primera infan-

cia, hasta los encantos de la adolescencia y las formas de la nubilidad. ¿Cómo se conserva, cómo se desarrolla, cómo se compone el organismo humano? Ya lo sabe V. ; por la respiración y por la nutrición.

» El aire nos nutre en tres cuartas partes gracias á la respiración. Su oxígeno alimenta el fuego de la vida, y el cuerpo puede compararse con una llama eternamente renovada por los principios de la combustión. La falta de ese gas apaga la vida, lo mismo que apaga una lámpara. La respiración hace que la sangre venosa oscura se transforme en sangre arterial roja, y se regenere. Los pulmones son un tejido finísimo, atravesado por cuarenta ó cincuenta millones de agujeritos, demasiado pequeños para que la sangre se filtre por ellos, pero bastante grandes para dejar pasar el aire. Entre la atmósfera y la sangre se efectúa un cambio perpetuo de gases; aquélla da á ésta el oxígeno; la sangre le devuelve ácido carbónico. Por una parte, el oxígeno atmosférico quema carbono en el pulmón; por otra, éste exhala ácido carbónico, nitrógeno y vapor de agua. Las plantas respiran (durante el día) de manera contraria, absorbiendo carbono y exhalando ácido carbónico; este contraste mantiene en parte el equilibrio general de la vida terrestre.

» ¿De qué se compone el cuerpo humano? El hom-

bre adulto pesa, por término medio, 70 kilogramos. En esta cantidad hay casi 52 de agua, tanto en la sangre como en la carne. Analice V. la substancia de nuestro cuerpo, y encontrará albúmina, fibrina, caseína y gelatina, esto es, substancias orgánicas compuestas fundamentalmente por los cuatro gases esenciales: oxígeno, nitrógeno, hidrógeno y ácido carbónico. También hallará V. cuerpos desprovistos de nitrógeno, tales como la goma, el azúcar, el almidón, las grasas; estas materias pasan igualmente por nuestro organismo; su carbono y su hidrógeno son consumidos por el oxígeno aspirado durante la respiración y exhalados luego bajo la forma de ácido carbónico y de agua.

» Este líquido es, como V. sabe, una combinación de dos gases, el oxígeno y el hidrógeno; el aire es una mezcla de oxígeno y de nitrógeno, á los cuales se agregan, aunque en escasas proporciones, vapor de agua, ácido carbónico, amoníaco y ozono, que no es, después de todo, sino oxígeno condensado, etc.

» De modo que, resumiendo lo expuesto se deduce este principio: nuestro cuerpo no se compone más que de gases transformados.

— Pero, dijo mi compañero, no sólo vivimos de

aire atmosférico. Además, en las horas indicadas por nuestro estómago nos precisa añadir algunos suplementos que tienen su importancia, tales como un ala de faisán, un filete de lenguado, un vaso de buen vino ó según los gustos, espárragos, uvas y duraznos...

— Sí, todo esto pasa á través de nuestro organismo, hasta diré con bastante rapidez, pues en algunos meses (no ya en siete años, según se creía en otro tiempo) se renueva enteramente nuestro cuerpo. Vuelvo una vez más á ese ser encantador que teníamos delante de nosotros hace un momento. ¡Pues bien! toda esa carne que admirábamos no existía hace tres ó cuatro meses: esos hombros, esa cara, esos ojos, esa boca, esos brazos, esa cabellera, y hasta las mismas uñas, todo ese organismo no es más que una corriente de moléculas, una llama sin cesar renovada, un río que se contempla durante la vida entera, pero en el cual no se ha vuelto á ver nunca la misma agua. Pues bien, todo esto es gas asimilado, condensado, modificado, y sobre todo aire. Esos huesos mismos, sólidos hoy, se han formado y solidificado insensiblemente. No olvidéis que nuestro cuerpo entero se compone de moléculas invisibles, que no se tocan, y que se renuevan sin cesar.

» En efecto, si nuestra mesa está cubierta de le-

gumbres ó frutas, si somos vegetarianos, absorbemos sustancias extraídas casi enteramente del aire: este durazno, es agua y aire; esta pera, esta uva, esta almendra son aire, agua, algunos elementos gaseosos llamados allí por la savia, por el calor solar y la lluvia. Espárrago ó ensalada, guisantes ó alcachofas, lechugas ó achicorias, cerezas, fresas ó frambuesas, todo esto vive en el aire y por el aire. Lo que da la tierra, lo que va á buscar la savia, son también gases, y siempre los mismos, nitrógeno, oxígeno, hidrógeno, carbono, etc.

» Si se trata de un beefteck, de una gallina ó de otra carne, la diferencia no es considerable. El carnero, el buey se alimentan con hierba. Ya guisemos una perdiz con coles, una codorniz asada, un pavo trufado ó un guiso de liebre, todas estas sustancias, aparentemente tan diversas, no son más que vegetal transformado, el cual no es á su vez sino una agrupación de moléculas sacadas de los gases de que acabamos de hablar, aire, elementos del agua, moléculas y átomos, casi imponderables por sí mismos, y por lo demás absolutamente invisibles á simple vista.

» Así pues, sea cual fuere nuestro género de alimentación, nuestro cuerpo, formado, sostenido, desarrollado por la absorción de las moléculas adquiridas mediante la respiración y la alimentación, no

es en definitiva más que una corriente incesantemente renovada en virtud de esa asimilación, dirigido, regido, organizado por la fuerza material que nos anima. A esta fuerza podemos darle seguramente el nombre de alma. Ella agrupa los átomos que le convienen, elimina los inútiles, y, partiendo de un punto imperceptible, de un germen al cual nos es imposible llegar, llega á construir aquí el Apolo del Belvedere, al lado la Venus del Capitolio. Fidas no es más que un imitador grosero, si se le compara con esta íntima y misteriosa fuerza. Pigmaléon se convirtió, según la mitología, en amante de la estatua de que fué padre. ¡Que error! Pigmaléon, Praxiteles, Miguel Ángel, Benvenuto y Cánova no han creado más que estatuas. Mucho más sublime es la fuerza que sabe edificar el cuerpo vivo del hombre y de la mujer.

» Pero esta fuerza es inmaterial, invisible, intangible, imponderable, como la atracción que mece los mundos en la universal melodía, y por material que el cuerpo nos parezca, no es más que una armoniosa agrupación formada por esa fuerza interior. Ya ve V. que me mantengo estrictamente dentro de los límites de la ciencia positiva cuando doy á esa joven el calificativo de alma vestida de aire, lo mismo que V. y que yo; ni más ni menos.

» Desde los orígenes de la humanidad hasta estos

últimos siglos se ha creído que la sensación se percibía en el punto mismo donde se experimentaba. Se consideraba que un dolor sentido en el dedo, tenía su asiento en el dedo mismo. Los niños y muchas personas lo siguen pensando. La fisiología ha demostrado que la impresión se transmite desde la extremidad del dedo hasta el cerebro por medio del sistema nervioso. Si se corta el nervio se puede quemar impunemente el dedo, pues la parálisis es completa. Se ha logrado hasta determinar el tiempo que la impresión emplea para ir de un punto cualquiera del cuerpo al cerebro, y se sabe que la velocidad de este movimiento es de unos veintiocho metros por segundo. Desde ese momento se ha referido la sensación al cerebro; pero así y todo, se han parado en el camino.

» El cerebro es materia como el dedo, y no una materia estable y fija. Y es una materia esencialmente mudable, que varía rápidamente y que no forma una identidad.

» No existe ni puede existir en toda la masa encefálica un solo lóbulo, una sola celda, una sola molécula que no cambie. Una suspensión de movimiento, de circulación, de transformación, sería una sentencia de muerte. El cerebro no subsiste y no siente más que bajo la condición de experimentar como todo el resto del cuerpo, las transforma-

ciones incesantes de la materia orgánica, que constituyen el circuito vital.

» De modo que nuestra personalidad, nuestra identidad, nuestro yo individual, nuestro yo que adquiere y conserva un valor personal, científico y moral, valor que aumenta con el estudio, nuestro yo que es y se siente responsable de sus actos realizados hace un mes, un año, diez, veinte, cincuenta años, durante los cuales *ha cambiado* multitud de veces el agrupamiento molecular, todo eso no reside, no puede residir en una materia cerebral, en una agrupación de moléculas.

» Los fisiólogos que afirman que el alma no existe, se parecen á sus antepasados que creían sentir el dolor en el dedo ó en el pie. Distan sin embargo algo menos de la verdad, pero al detenerse en el cerebro y al hacer residir el ser humano en las impresiones cerebrales, se paran en mitad del camino. Esta hipótesis es tanto menos admisible que los mismos fisiólogos mencionados saben perfectamente que la sensación personal viene siempre acompañada por una modificación de la substancia. En otros términos, el yo del individuo no subsiste sino en el caso de que la identidad de su materia no persista.

» Nuestro principio de sensibilidad no puede ser, por tanto, un objeto material; aquél se encuentra

en relación con el universo por medio de las impresiones cerebrales, por las fuerzas químicas que se desprenden en el encéfalo como efecto de combinaciones materiales; pero es otra cosa que esto.

» Y perpetuamente se transforma nuestra constitución orgánica, bajo la dirección de un principio psíquico.

» Tal ó cual molécula, que se encuentra incorporada hoy á nuestro organismo, va á salir de él, por la espiración, la transpiración, etc., quedarse en la atmósfera durante tiempo más ó menos largo, y entrar luego en otro organismo, planta, animal ú hombre. Las moléculas que constituyen actualmente su cuerpo de V., no estaban ayer en él todas, y ninguna de ellas lo estaba hace meses. — ¿Dónde se encontraban? — En el aire ó en otro cuerpo. Todas las moléculas que forman ahora sus tejidos orgánicos, sus pulmones, sus ojos, su cerebro, sus piernas, etc., han servido antes para constituir otros tejidos orgánicos... Todos nosotros somos muertos resucitados, hechos con el polvo de nuestros mayores. Si todos los hombres que han vivido hasta hoy resucitaran, habría cinco por cada pie cuadrado en la superficie de los continentes, y tendrían que subirse en hombros unos de otros; pero no todos podrían resucitar integralmente, pues multitud de moléculas han servido sucesivamente á

distintos cuerpos. Análogamente, nuestros órganos actuales, divididos un día en sus últimas partículas, se encontrarán incorporados á nuestros sucesores.

» De manera que cada molécula de aire pasa eternamente de vida en vida y sale de éstas por medio de muertes sucesivas, siendo ya viento, ya ola, tierra, animal ó flor, pues sucesivamente ha estado incorporada á la substancia de innumerables organismos. El aire es, no sólo la fuente inagotable donde cuanto existe toma alientos, sino también un depósito inmenso al cual envia su postrer hálito todo cuanto muere: mediante su absorción, nacen para perecer luego, los diversos organismos, vegetales y animales. La vida y la muerte están igualmente en el aire que respiramos y se suceden perpetuamente una á otra gracias al cambio continuo de moléculas gaseosas; la de oxígeno que esa antigua encina exhala va á colocarse en los pulmones del niño que se encuentra en la cuna; los últimos suspiros de un moribundo, van á tejer la brillante corola de la flor ó difundirse como una sonrisa sobre la verde pradera; y así, mediante un encadenamiento infinito de muertes parciales, la atmósfera alimenta incesantemente la vida universal que se extiende por la superficie del mundo.

» Y si se le ocurre á V. alguna objeción más,

añadiré aún que nuestros vestidos están compuestos, lo mismo que nuestros cuerpos, de substancias primitivamente gaseosas. Tome V. este hilo y tire de él ¡qué resistencia! ¡Cuántos tejidos de batista, de seda, de hilo, de algodón, de lana, ha formado la industria gracias á estas tramas y cadenas! Sin embargo, ¿qué es este hilo de lino, de cáñamo ó de algodón? Una serie de glóbulos de aire yuxtapuestos y que sólo se sostienen gracias á su fuerza molecular. ¿Qué es el hilo de seda ó de lana? Otra yuxtaposición de moléculas. Convenga V., concluí diciendo, en que nuestros mismos vestidos son aire, gas, substancias extraídas de la atmósfera, oxígeno, nitrógeno, carbono, vapor de agua, etc.

— Veo con gusto, replicó el pintor, que el arte no está tan lejos de la ciencia como algunos creen. Si su teoría es para V. puramente científica, para mí es arte, y del mejor. Además, ¿acaso existen en la naturaleza todas estas distinciones? No: en ella no hay ni arte, ni ciencia, ni escultura, ni pintura, ni decorado, ni música, ni física, ni química, ni meteorología, ni astronomía, ni mecánica. Vea V. ese cielo, mire esa mar, esas estribaciones de los Alpes, esas rosadas nubes de la tarde, esas lumi-

nosas perspectivas que se extienden en dirección de Italia; todo eso es lo mismo. Todo es uno. Y puesto que la física molecular nos demuestra que ya no hay cuerpos, que aun en una barra de acero ó de platino no se tocan los átomos, que nos quedan por lo menos las almas: nadie perderá en ello nada.

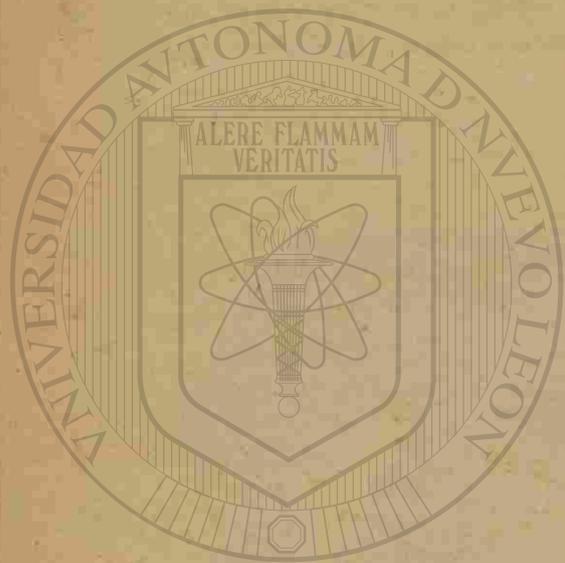
— Si, este es un hecho contra el cual no pueden nada las preocupaciones: los seres vivos son almas vestidas de aire... Compadezco á los mundos privados de atmósfera. »

Después de un largo paseo por las orillas del mar, habíamos vuelto casi á nuestro punto de partida; pasábamos delante de la pared almenada de una casa de campo, yendo de Beaulieu hacia el cabo Ferraf, cuando tropezamos con dos señoras muy elegantes. Eran la duquesa de V.... y su hija, que habíamos visto el jueves anterior en el baile de la Prefectura. Saludámoslas y echamos por los olivares. La joven se volvió para vernos, como inconsciente hija de Eva, y entonces me pareció que súbito rubor encendía su rostro; era sin duda el reflejo del sol poniente.

— Tal vez se figura V., dijo el artista volviéndose también, que ha disminuído mi admiración por la belleza. ¡Pues bien, no! Ahora la aprecio mejor, saludo en ella la armonía, y, voy á confe-

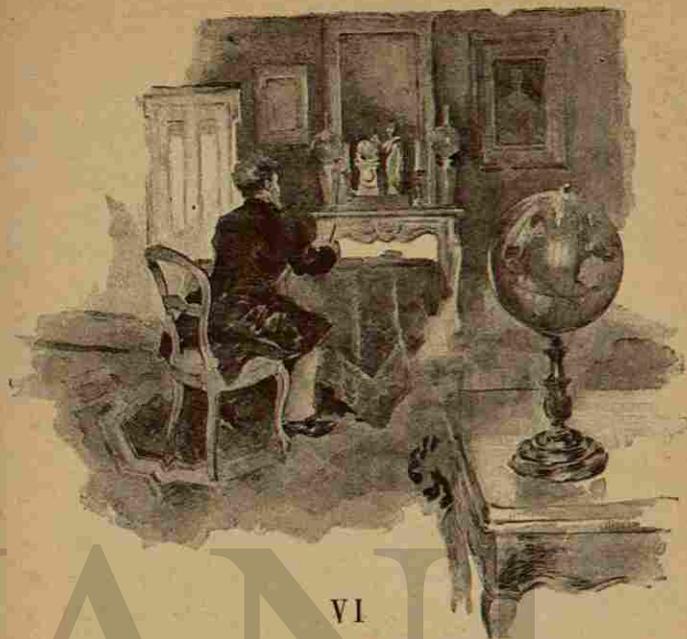
sarlo, considerando al cuerpo humano como la manifestación sensible de un alma directora, me parece que tiene más nobleza, más belleza y más brillo. »





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI

AD VERITÁTEM PER SCIÉNTIAM.

Hallábame en mi biblioteca haciendo un estudio sobre las condiciones de la vida en la superficie de los mundos regidos é iluminados por varios soles de magnitudes diferentes, cuando al levantar la vista, me chocó la expresión, casi diré la animación del rostro de mi querida Urania. Era la misma llena de gracia y vivacidad que en otro tiempo — ¡oh, cuán de prisa gira la Tierra, y qué corto es un cuarto de siglo! — que en otro tiempo (y me parece que era ayer), que en otro tiempo, repito, en los días de adolescencia tan pronto transcurri-

dos, había seducido mi pensamiento é inflamado mi corazón. Sin pensarlo ni quererlo volví á mirarla y á fijar en ella la vista. La verdad es que era tan bella como antes y mis impresiones no se habían modificado. La musa me atraía, como la luz al insecto. Levantéme de mi mesa para contemplar una vez más el singular efecto de la luz sobre su movediza fisonomía, y pronto me encontré junto á ella, olvidando por completo mi trabajo.

Su mirada parecía vagar á lo lejos, aunque sin embargo se animaba y se fijaba. ¿En qué? ¿en quién? Parecióme que la estatua veía verdaderamente, y siguiendo la dirección de aquella mirada fija, inmóvil, solemne, aunque no severa, mis ojos tropezaron con el retrato de Spero, que estaba colgado de la pared, entre dos estantes.

¡Urania lo miraba fijamente!

De pronto, el retrato se desprendió y cayó, rompiendo su marco.

Corrí á recogerlo, y lo vi sobre la alfombra; el dulce rostro de Spero estaba vuelto hacia mí. Al alzarlo del suelo, descubrí un papel grande, amarillento, que ocupaba toda la extensión del marco, y que estaba escrito por ambas caras de letra de Spero. ¿Cómo es que nunca me había fijado en semejante papel? Es cierto que había podido quedar oculto entre el marco y el retrato, oculto por la ta-

bla de la parte posterior. En efecto, cuando traje de Cristianía aquella acuarela, no se me ocurrió examinarla con atención. ¿Pero quién había tenido la singular idea de colocar allí dicha hoja? Con viva extrañeza conocí la letra de mi amigo y recorrí aquellas páginas. Todo me inducía á creer que habían sido escritas el último día de la vida del joven pensador, el día de su ascensión durante la aurora boreal, y era probable que el padre de Iclea había querido conservar con mayor seguridad aquellos últimos y supremos pensamientos poniéndolos en el mismo marco que el retrato de Spero. Sin duda olvidó decírmelo cuando me regaló como recuerdo aquella querida imagen, al ir yo en peregrinación á la tumba de los dos amantes.

Sea de ello lo que quiera, coloqué la acuarela encima de mi mesa, y mi ser se conmovió todo entero al examinar los detalles de aquella querida fisonomía: eran los mismos ojos, tan suaves y profundos, siempre enigmáticos; la misma frente ancha, y en apariencia tan tranquila; la misma boca fina y de reservada sensualidad; el mismo color claro del rostro, del cuello y de las manos. Sus miradas me seguían, fuera cual fuese el lado hacia donde volviese el retrato, dirigiéndose también á Urania y á los distintos puntos del cuarto. ¡Singular idea del artista! Entonces no pude menos de pensar

en los ojos de la diosa, que me habían parecido acariciar dolorosamente la imagen de su joven adorador. Y así como el crepúsculo cubre repentinamente de sombras un día sereno, así se extendía por todo aquel noble rostro una tristeza divina.

Examiné el misterioso papel. Estaba escrito con letra clara, precisa, sin enmienda ninguna. Voy á transcribirlo aquí tal como lo encontré, sin quitarle ni una palabra, ni una coma, pues parece la conclusión completamente natural de los distintos relatos que se incluyen en esta obra.

Helo aquí, pues, textualmente.

Este es el testamento científico de un espíritu que aun cuando vivía en la Tierra realizó todos los esfuerzos que pudo para librarse del peso de la materia, y que espera hallarse exento de él.

Quisiera consignar, en forma de aforismos, el resultado de mis meditaciones. Creo que no se puede alcanzar la verdad más que por medio del estudio de la naturaleza, ó lo que es lo mismo, de la ciencia. Hé aquí las inducciones que á mi entender se fundan en este método de observación.

I

El universo visible, tangible, ponderable y que está en movimiento incesante, se compone de átomos invisibles, imponderables é inertes.

II

Estos átomos están regidos por fuerzas, cuando se trata de constituir los cuerpos y de organizar los seres.

III

La Fuerza es la entidad esencial.

IV

La visibilidad, la tangibilidad, la solidez, la dureza y el peso son propiedades relativas, y no propiedades absolutas.

V

Lo infinitamente pequeño :

Los experimentos hechos con el laminado de las hojas de oro prueban que en un milímetro pueden entrar diez mil de ellas. — Se ha llegado á dividir un milímetro, en una lámina de vidrio, en mil partes iguales, y hay infusorios tan pequeños que si se coloca su cuerpo entre dos de estas divisiones, no llega á ellas; los miembros y órganos de estos seres están compuestos de celdas, las celdas de moléculas, y las moléculas de átomos. — Veinte centímetros cúbicos de aceite echados sobre las aguas de un lago, llegan á cubrir así 4.000 m. c.

de superficie, de manera que la capa de aceite no tiene más que un doscientos milésimos de milímetro de grueso. — El análisis espectral de la luz revela la presencia de un millonésimo de miligramo de sodio en una llama. — Las ondas de la luz están comprendidas entre 4 y 8 diez milésimos de milímetro, desde el violado al rojo. Para llenar un milímetro se necesitan 2.500 de esas ondas. El éter que transmite la luz ejecuta en un segundo setecientos mil miles de millones de oscilaciones, cada una de las cuales se define matemáticamente. — El olfato percibe $\frac{1}{0.04 \ 0.000 \ 0.000}$ de miligramo de mercaptán en el aire respirado. — La dimensión de los átomos debe ser inferior á un millonésimo de milímetro de diámetro.

VI

El átomo, intangible, indivisible, que apenas puede ser concebido por nuestro espíritu, acostumbrado á los juicios superficiales, constituye la sola materia real, y lo que nosotros llamamos así, no es sino un efecto producido en nuestros sentidos por los movimientos de los átomos, es decir, una posibilidad incesante de sensaciones.

De esto resulta que la materia, como todas las manifestaciones de la energía, no es sino un modo de movimiento. Si éste se parase, si la fuerza pudiera ser aniquilada, si la temperatura de los cuerpos se redujera al cero absoluto, la materia, tal como nosotros la conocemos, dejaría de existir.

VII

El universo visible se compone de cuerpos invisibles. Lo que se ve está hecho con cosas que no se ven.

No hay más que una sola clase de átomos primitivos; las moléculas constitutivas de los diferentes cuerpos, hierro, oro, oxígeno, hidrógeno, etc., no se diferencian más que en el número, manera de agruparse y por los movimientos de los átomos que las componen.

VIII

Lo que nosotros llamamos materia se desvanece cuando el análisis científico cree llegar hasta ella. Pero hallamos como sostén del universo y principio de todas las formas, la fuerza, el elemento dinámico. Si quiero, puedo alterar el curso de la Luna.

Los movimientos de todo átomo en nuestra Tierra, son la resultante matemática de todas las ondulaciones etéreas que le llegan, con el tiempo, desde los abismos del espacio infinito.

IX

El ser humano tiene como principio esencial el alma. El cuerpo es aparente y transitorio.

X

Los átomos son indestructibles.

La energía que mueve los átomos y rige el universo es indestructible.

El alma humana es indestructible.

XI

La individualidad del alma es reciente en la historia de la Tierra. — Nuestro planeta ha sido nebulosa, luego sol y después caos: entonces no existía ningún ser terrestre. La vida empezó por los organismos más rudimentarios, progresando de siglo en siglo hasta llegar á su estado actual, que no es el último. La inteligencia, la razón, la conciencia, lo que nosotros llamamos facultades del alma, son modernas. El espíritu ha ido desprendiéndose poco á poco de la materia; como, permítase la comparación, como el gas se desprende de la hulla, el perfume de la flor, la llama del hogar de la chinaea.

XII

La fuerza psíquica empezó á tomar cuerpo hace unos treinta ó cuarenta siglos, en las esferas superiores de la humanidad terrestre; su acción empieza, está en su aurora

Las almas, conscientes de su individualidad, ó todavía inconscientes, están, por su propia naturaleza, fuera de las condiciones de espacio y tiempo. Después de la muerte de los cuerpos, lo mismo que durante la vida, no ocupan lugar ninguno. Algunas de ellas van tal vez á vivir en otros mundos.

Únicamente las que se han desprendido de los lazos de la materia tienen conciencia de su existencia extracorporal y de su inmortalidad.

XIII

La Tierra no es más que una provincia de la patria eterna; forma parte del Cielo; *éste es infinito*, y todos los mundos forman parte de él.

XIV

Los sistemas planetarios y siderales que constituyen el universo se encuentran en distintos grados de organización y de adelanto. La extensión de su diversidad es infinita; los seres están en todas partes en relación con el estado de los mundos.

XV

No todos los mundos están habitados en la actualidad. La época actual no tiene mayor importancia que las anteriores ó que las venideras. Ciertos mundos fueron habitados en el pasado, hace miles de millones de siglos;

otros lo serán en lo porvenir, dentro de miles de millones de siglos. Un día no quedará nada de la Tierra y hasta perecerán sus ruinas.

XVI

La vida terrestre no es el tipo de las demás. En el universo reina ilimitada variedad. Hay moradas en que la gravedad es grande y desconocida la luz, donde no hay más sentidos que el tacto, el olfato y el oído, y en que todos los seres son ciegos, porque allí no se ha formado el nervio óptico. En otros apenas se siente la gravedad, y los seres son tan ligeros y tenues que los ojos terrestres no podrían verlos; esos seres poseen sentidos de exquisita delicadeza, que revelan á sus privilegiados espíritus sensaciones que la humanidad terrestre no puede conocer.

XVII

El espacio que existe entre los mundos difundidos por el inmenso universo no los aísla unos de otros. Todos se encuentran en mutua comunicación perpetua, mediante la atracción, que se ejerce instantáneamente á través de todas las distancias, y que establece indisoluble lazo entre todos los mundos.

XVIII

El universo forma una sola unidad.

XIX

El sistema del mundo físico es la base material del moral ó espiritual. Por consiguiente, la astronomía debe ser base de toda creencia filosófica y religiosa.

Todo ser pensante lleva en sí el sentimiento acompañado por la incertidumbre de la inmortalidad. Esto sucede así porque somos los engranajes microscópicos de un mecanismo desconocido.

XX

El hombre es el autor de su propio destino; y se eleva ó cae, según sean sus obras. Los seres apegados á los intereses materiales, los avaros, los ambiciosos, los hipócritas, los embusteros, los hijos de Tartufo, moran como los perversos en las zonas inferiores.

Pero la creación está regida por una ley primordial y absoluta: la del Progreso. Todo se eleva en lo infinito. Las faltas son caídas.

XXI

En la ascensión de las almas tienen las cualidades morales tanta parte como las intelectuales. La bondad, la abnegación, el sacrificio purifican el alma y la elevan, lo mismo que el estudio y la ciencia.

XXII

La creación universal es una inmensa armonía de

que la Tierra no forma sino un fragmento insignificante, basto y mal construido.

XXIII

La naturaleza es un perpetuo *llegar á ser*. El Progreso es la ley. La progresión es eterna.

XXIV

La eternidad de un alma no sería bastante para visitar el infinito y para saberlo todo.

XXV

El destino del alma es irse desprendiendo paulatinamente del mundo material, y pertenecer definitivamente á la *vida uránica superior*, donde domina la materia y deja de sufrir. El fin supremo de los seres es la aproximación perpetua á la perfección absoluta y á la felicidad divina.

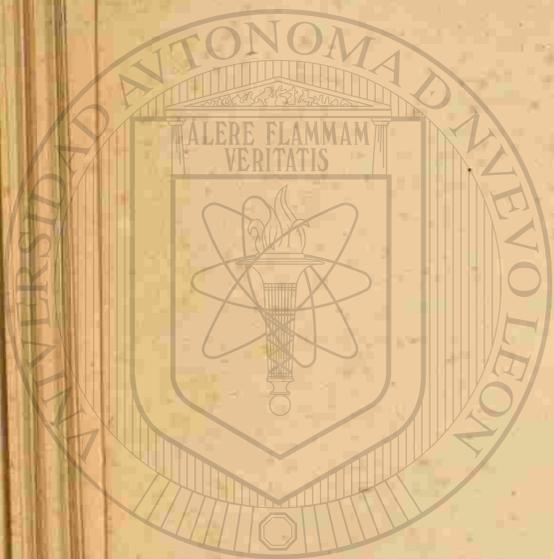
Tal era el testamento científico y filosófico de Spinoza. ¿No es verdad que parece dictado por Urania en persona?

Las nueve musas de la antigua mitología eran hermanas. Las concepciones científicas modernas tienden á su vez hacia la unidad. La astronomía ó conocimiento del mundo, y la psicología ó conocimiento del ser, se unen hoy para sentar la única

base en que puede alzarse el edificio de la filosofía definitiva.

P. S. — Los episodios que preceden y las meditaciones y reflexiones que los acompañan van reunidos aquí en una especie de *Ensayo*, destinado á contribuir á la solución del mayor de los problemas que pueden interesar al espíritu humano. Este es el principal título que tiene la presente obra para interesar á aquellas personas que algunas veces y « en medio del camino de la vida » de que habla el Dante, se detienen para preguntarse dónde están y qué son, y para meditar, pensar y soñar.





ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

LA MUSA DEL CIELO.

I. Sueño de adolescencia	1
II. La Musa del Cielo. Viaje por los Universos y los Mundos. Las humanidades desconocidas.	11
III. Variedad infinita de los seres. Las metamorfosis.	29
IV. El Infinito y la Eternidad. El Tiempo, el Espacio y la Vida. Los horizontes celestes	37
V. La luz del pasado. Las revelaciones de la Musa.	51

SEGUNDA PARTE.

JORGE SPERO.

I. La Vida. Las investigaciones. El Estudio	65
II. La Aparición. Viaje á Noruega. La antelia. Un encuentro en el cielo.	79
III. To be or not to be. ¿Qué es el ser humano? La Naturaleza. El Universo.	95
IV. Amor. Ictea. La atracción.	117
V. La Aurora boreal. Ascensión aerostática. En pleno cielo. Catástrofe	137
VI. El progreso eterno. Sesión de Magnetismo	149

TERCERA PARTE.

CIELO Y TIERRA.

- I. Telepatía. Lo desconocido de ayer. Lo « Científico ».
Las apariciones. Fenómenos no explicados. Las facultades psíquicas. El alma y el cerebro . . . 157
- II. Iter extáticum caeleste 205
- III. El planeta Marte. Aparición de Spero. Las comunicaciones psíquicas. Los habitantes de Marte . . 225
- IV. El punto fijo en el universo. El dinamismo . . . 255
- V. Alma vestida de aire. 277
- VI. Ad Veritatem per scientiam. Testamento científico de Spero 299

20078. — IMPRENTA DE CH. BOURET
25, rue Visconti, Paris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA
MUSEO